MANUEL Y ANTONIO MACHADO

UNIV. OF ARIZONA
862.59 M14a mn
Machado, Manuel/Las adelfas, La Lola se
3 9001 03984 4165

FAS

LA LOLA SE VA A LOS PUERTOS

TEATRO COMPLETO.—VOLUMEN II

COMPAÑIA IBERO-AMERICANA DE PUBLICACIONES (S. A.)
RENACIMIENTO
Puerta del Sol, 15 MADRID
Ronda de la Universidad, 1 BARCELONA
Florida, 251 BUENOS AIRES

Tom C. Hudspeth
Mexico City
July '32

TEATRO COMPLETO

MANUEL Y ANTONIO MACHADO

LAS ADELFAS

LA LOLA SE VA A LOS PUERTOS

TEATRO COMPLETO.-VOLUMEN II

COMPAÑÍA IBERO-AMERICANA DE PUBLICACIONES (S. A.)
RENACIMIENTO
Puerta del Sol, 15 MADRID
Ronda de la Universidad, 1 BARCELONA
Florida, 251 BUENOS AIRES

ES PROPIEDAD

Queda hecho el depósito qu
marca la ley.

Copyright by Renacimiento, 193

Compañía General de Artes Gráficas.—MADRID

LAS ADELFAS

Esta obra se estrenó en Madrid, en el teatro del Centro (hoy "Calderón"), el 22 de octubre de 1928, con el siguiente

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Araceli, duquesa de Tormes.	Lola Membrives.
Rosalía, esposa de Daniel Bernar	Guadalupe M. Sampedro,
Raquel, hija del primer matrimonio de Daniel Bernar.....	C. Alonso de los Ríos.
Carlos Montes.....	Manuel Soto.
Salvador Montoya.....	Luis Rosez.
Don Agustín, marqués de Torresalbas	Luis de Llano.
Daniel Bernar.....	Manuel Aragonés.
Enrique, conde de Montevelo.	Guillermo Grases.
Pablo, criado.....	Marco Davó.

ACTO PRIMERO

La escena representa un salón de recibir en la intimidad en casa de la duquesa Araceli. Puertas laterales y una grande al fondo que da a una antesala con espejos. Muebles lujosos y de buen gusto. A la derecha del espectador una mesa con teléfono.

ESCENA PRIMERA

Araceli y Pablo (criado).—Al levantarse el telón Araceli examina una carta. Toca el timbre y aparece en la puerta Pablo.

ARACELI. Pablo.
PABLO. Señora duquesa.
ARACELI. Dime, ¿tú sabes quién trajo esta carta?
PABLO. El señor conde de Montevelo hace rato estuvo aquí; preguntó por la señora. "A las cuatro —le dije—salió. Es posible que vuelva pronto." "La aguardo" —me contestó—; pero a poco marchóse. Después no ha entrado nadie en la casa.
ARACELI. Bien. Vete.

(Vase Pablo.)

ESCENA II

Araceli, sola.—En el momento de ir a abrir el sobre, suena el timbre del teléfono, y Araceli acude al aparato y en él habla.

ARACELI. *(Mirando el sobre.)*
Es su letra.
(Al teléfono.)
... ¿Con quién hablo?
... Enrique.
No. Todavía
está sin abrir.
... ¿No la abro?
¿Por qué?
... ¿De palabra? Entonces
¿por qué no esperaste?
... ¡Ah, vamos!
Que el tiempo es oro.
... Y te fuiste
a jugar al *golf*, dejando
la carta escrita.
... Te escucho.
... ¿En serio?
... ¿Tú enamorado?
¿De quién?
... Eres un imbécil.
... No hay de qué.
... La haré pedazos
ahora mismo.
... Bueno. Ven
cuando te plazca.
(Cuelga el aparato, rompe la carta y la tira al cesto de los papeles.)

ESCENA III

Araceli y Pablo (en la puerta del foro). Después, Carlos.

PABLO. Don Carlos
Montes.
ARACELI. Que pase.
(Vase Pablo.)
ARACELI. Doctor.
CARLOS. *(Mirando a Araceli con cierta extrañeza.)*
Araceli.
ARACELI. Te he llamado
como médico... Perdona.
CARLOS. Es mi oficio; no me enfado.
ARACELI. Pues siéntate.
(Carlos se sienta en una silla, lejos de Araceli.)
No..., más cerca.
(Carlos se sienta más cerca.)
Así.
(Carlos aproxima algo más la silla a Araceli.)
Bien está.
CARLOS. Esa mano.
(Araceli retira la mano instintivamente.)
El pulso, mujer...
(Tomándole el pulso.)
Un poco
desigual, algo agitado.
(Pausa.)
¿De apetito?...
ARACELI. Mal.
CARLOS. ¿De sueño?...
ARACELI. ¿De sueño?... Siempre soñando
cosas tristes y durmiendo
poco.
CARLOS. Un doctor austriaco
dice que el sueño es guardián

del dormir, que es su contrario.
Pero ¿en qué sueñas?

ARACELI. ¡Curioso!

CARLOS. ¿Conmigo?

ARACELI. No. Del teatro
de mis sueños no eres tú
persona.

CARLOS. Tal vez lo sea
alguna vez.

ARACELI. ¿Sí?

CARLOS. Los sueños
son cajitas de sorpresa
más que teatro. Y advierte
que el preguntarte en qué sueñas
no fué de curioso, sino
de médico a la moderna.
(Araceli lo mira con cierta extrañeza.)
Sí, ya los sueños pasaron
de manos de los poetas
a las del médico; ahora
ya no es culto, sino guerra
a los sueños. Hoy se tratan,
se estudian y hasta se operan,
llegado el caso.

ARACELI. ¿Y se curan?

CARLOS. Con la divina asistencia
algunas veces.

ARACELI. Entonces
huelga tu saber.

CARLOS. No huelga
del todo, porque no todo
es farsa en la nueva ciencia
del psicoanálisis. Hay
una verdad, aunque vieja,
indudable en ella: el alma
puede enfermar. Cuando enferma,
de achaques, lacras y cuitas
del cuerpo puede ser ella

también la causa. Acudamos
por la vía más directa
a curarla.

ARACELI. ¿Cómo?

CARLOS. Hay una
erotemática (1) nueva,
un arte de partear
espíritus, que es maiéutica
más sutil que la del sabio
Sócrates, si no tan bella,
y consiste en alumbrar
no las divinas ideas,
esas verdades de todos
y nadie, sino las nuestras,
las que cada cual al fondo
sin fondo del alma lleva.
En zonas del alma donde
el candil de la ciencia
—o antorcha o sol si te place—
no luce ya o luce apenas,
donde el poeta imagina
el trajinar de colmena
de un mundo creador, nosotros
pensamos que está la negra
mansión de los sueños malos
o el antro donde se engendran.
Deseos que no han podido
cumplirse, turbias y feas
visiones: un mundo inválido
de fracasos y miserias.
Toda una flora malsana,
toda una fauna perversa;
cuanto tachó el rojo lápiz
de la moral, o a la excelsa
luz de los sagrados tópicos

---

(1) *Erotemática*, erotein = preguntar: arte de dialogar.

de la razón se avergüenza,
allí está, azorado, inquieto,
emboscado entre maleza.
Nuestra misión es sacarlo
a la luz.

ARACELI. ¡Qué impertinencia!

CARLOS. A la propia luz del alma
del enfermo..., de la enferma
en este caso: una cura
de sol como otra cualquiera.

ARACELI. ¿Y no será más piadosa
y hasta más sana la venda
o la penumbra? Mi esposo
pensaba así.

CARLOS. Alberto era
un romántico; su oficio,
ver turbio, confuso, a medias.
Un poeta...

ARACELI. *(Con interés.)* ¿Sí?...

CARLOS. A su modo,
ya trasnochado. Su tema
fué el crepúsculo, un deseo
del día cuando se echa
la noche encima, nostalgia
de la noche cuando empieza
a lucir el sol. Alberto
era un demente... ¿En qué piensas,
Araceli?

ARACELI. Oh, nada... ¿Dices
que era un loco?

CARLOS. Sí.

ARACELI. ¿Un poeta,
un apasionado? Yo
nunca lo vi así.

CARLOS. ¿Y sospechas
que el no haberlo visto fuese
la causa de su tragedia,
y eso te entristece?

ARACELI. No;
es algo peor.
CARLOS. ¿Te apena
pensar que tú no pudiste
ser la causa?
ARACELI. La certeza
casi de no haberlo sido.
CARLOS. ¿Tú sabes?...
ARACELI. Tengo la prueba.
Que su muerte fué un suicidio,
no un accidente, ya es vieja
sospecha mía. Mintió
por borrar la última huella
de su vida y conservar
su misterio, por vergüenza
o arrepentimiento súbito
de su acción, por lo que fuera...
Mintió cuando lo encontraron
sangrando y tendido en tierra,
con el pecho herido por
la bala de su escopeta.
CARLOS. Araceli, muy segura
lo dices. Nadie penetra
sin amor un alma. ¿Tú
lo amaste?
ARACELI. *(Con decisión.)*
No..., que yo sepa
al menos.
(Atenuando su negativa, influída por la doctrina de Carlos.)
Fué nuestro enlace,
por parte mía, obediencia
a mis padres; por la suya...,
aun no lo sé.
(Como hablando consigo misma.)
Alberto era
más rico que yo, tan noble
como yo. Gastó su hacienda,

y comprometió la mía
muy pronto. Su vida entera
fué un misterio, que yo no
quise penetrar. ¿Soberbia
de mujer que el desdén quiere
pagar con igual moneda?
¡Quién sabe! Yo sospechaba
en Alberto un alma inquieta;
mas nunca le pregunté
¿qué tienes? Tácita guerra
de orgullos fué nuestra vida;
el arma, la indiferencia.

CARLOS. Arma ficticia: entre hombre
y mujer sólo pelean
odio o amor.

ARACELI. Para mí
su muerte fué una sorpresa,
más por su verdad oculta
que por su falsa apariencia.
Y ahora, si he de confesarte...
lo inconfesable, mi pena
halló su alivio pensando
que la amargura secreta
de Alberto fué mi desvío.

CARLOS. Y acaso...

ARACELI. No. En la gaveta
de su escritorio encontré
varias cartas.

CARLOS. ¡Ya!

ARACELI. De letra
desconocida.

CARLOS. ¿Y firmadas?

ARACELI. Con un nombre de novela:
Oriana, algunas; otras,
con nombre arcádico: Flérida.
Mas escritura y estilo
los mismos y un mismo tema
en todas, cartas de amor

triviales de una coqueta
que se divierte jugando
con una pasión sincera.
Se alude a citas, a encuentros
en mi finca de Alcolea,
en Los Adelfos, y a chismes
y a cuentos con clave, y cuentas
del joyero y del modisto.
En la última, de fecha
doce de abril—la desgracia
fué el quince—... ¿Quieres leerla?
Juzga tú mismo.

(Saca una carta del secrétaire *y se la da.)*

Aquí está.

(Carlos lee para sí con gran interés la carta, mientras Araceli lo observa.)

CARLOS. Esta frase me interesa.

(Leyendo.)

"Ya el çorazón no se estila."
Es gracioso.

ARACELI. Sigue.

CARLOS. Y ésta,
sobre todo: "No me place
ser heroína de tragedia.
No es gloria que yo ambicione..."
¿Qué dice aquí?

(Dándole a leer la carta.)

ARACELI. *(Leyendo.)*

"Ni merezca."

CARLOS. ¡Ya!... La letra de esta carta...

ARACELI. ¿Qué te parece?

CARLOS. Insincera,
artificial.

ARACELI. La que todas
aprendimos en mi época
en los colegios de monjas,
calco de una firma regia.

CARLOS. Es verdad. Pero el estilo

no es de una niña... La Ella
de este drama... Di, Araceli
—te habla el médico—, ¿recuerdas
ahora tus sueños? Los sueños
dicen de nuestras sospechas
más de lo que sospechamos
despiertos.

ARACELI. Por una senda
de Los Adelfos, mi finca
de Andalucía, que apenas
conozco, aunque allí nacimos
tú y yo, y jugamos en ella
de niños, camino en sueños
tantas veces... Las adelfas
dan su olor, una fragancia
extraña que el sueño inventa
o reproduce. Yo voy
buscando a Alberto.

CARLOS. ¿Y lo encuentras?

ARACELI. Siempre en los mismos lugares
del sueño, donde clarea
el agua, entre los arbustos,
delante de mí se aleja
con una mujer.

CARLOS. ¿Que es siempre
la misma?

ARACELI. Fina y esbelta
—su cara no he visto—; nunca
vuelve hacia mí la cabeza.
La misma.

CARLOS. ¿Quién?

ARACELI. No lo sé.

CARLOS. Es extraña la insistencia
de una figura enigmática
en sueños.

ARACELI. Ellos conversan;
ella ríe...

CARLOS. ¿Y no conoces
su voz?
ARACELI. Aunque te parezca
absurdo, la voz en sueños
se escucha, pero no suena.
No puede ser conocida
por el timbre.
CARLOS. Acaso sea
eso verdad.
ARACELI. Cuando se oye
voz sonora, se despierta
al punto.
CARLOS. Es cierto. Mas dime,
esa extraña silueta,
creación de tus celos, a alguien
te ha de recordar. Recuerda
no tus sueños, sino todo
tu pasado: que en la rueca
de nuestro soñar se hilan
copos de la vida entera.
ARACELI. ¿Recordar...?
CARLOS. Esa figura
que la placa te revela
de tus sueños, a la luz
de tu vigilia, ¿no aciertas
a conocer?
ARACELI. No.
CARLOS. Tú dices
que es siempre la misma. En ella
algo encontrarás que te
permita reconocerla.
ARACELI. El odio con que la veo.
CARLOS. ¿No más?
ARACELI. Y el color violeta
de su traje.
CARLOS. ¿Sí?
ARACELI. Es el mismo
que usaba una compañera

de colegio, amiga mía,
hoy casada, rica y bella.
Siempre en el colegio hablábamos,
con la atrevida inocencia
de los pocos años, yo
del novio esperado y ella
de un amante que podría
—así me dijo perversa,
una vez, nunca lo olvido—
ser mi esposo.

CARLOS. Por las señas
no es otra.

ARACELI. De esa mujer,
de esa niña, en sueños mezcla
de niña y mujer, jamás
celosa estuve despierta.
Alberto la conocía,
nos visitó con frecuencia
¿Tú sabes quién es?

CARLOS. Acaso
Rosalía.

ARACELI. Sí. Sospechas
no tuve—las tengo ahora—
de esa mujer. Su presencia
fué sólo en sueños. ¿Qué dices,
doctor?

CARLOS. Que aunque nada prueba
un sueño de lo que ha sido
o será—verdad de fuera
se busca por otros medios—
ya sabes de quien recelas,
que es algo...

ESCENA IV

Dichos y Pablo (en la puerta).

PABLO. Señora.
ARACELI. Pablo...
(A Carlos.)
Quede aplazado este tema
para luego.
PABLO. Los señores
de Bernar.
ARACELI. Que pasen.
(Vase Pablo.)

ESCENA V

Araceli y Carlos.

CARLOS. ¿Ella?
ARACELI. Con su esposo, un millonario,
y con su hijastra, a quien lleva
pocos años. Don Daniel
quiere comprarme mi hacienda
de Andalucía. Mi tío
me ha aconsejado la venta.
También lo espero.
CARLOS. El marqués
es siempre fiel a su media
hora de retraso.
ARACELI. Y siempre
—según él—por culpa ajena.

ESCENA VI

Dichos, Bernar, Rosalía y Raquel.

BERNAR. Duquesa.
(Saludándola y besándole la mano.)
ARACELI. Bernar... Raquel,
¡qué guapa!, y tú, Rosalía,
más hermosa cada día.
CARLOS. Señora...
(A Rosalía que le da a besar la mano.)
ROSALÍA. Carlos...
(Aparte a Araceli.)
¿Es él?
ARACELI. ¿Qué dices?
(Con extrañeza y cierto disgusto.)
ROSALÍA. ¿No? ¿Todavía?
BERNAR. Doctor...
(Dándole la mano a Carlos.)
CARLOS. La palabra admito,
como no venga detrás
consulta...
ROSALÍA. *(Interrumpiendo.)*
Mi maridito
vende salud.
(A Araceli.)
Pues verás
(Aparte.)
(Dame la razón.)
(Alto.)
Venimos
en familia a consultarte
un caso en que disentimos
sobre... materias de arte,
Daniel y yo.
RAQUEL. *(Interviniendo.)*
Y yo.

ARACELI. *(En tono de broma y de simpatía por la muchacha.)*
Raquel,
¿tú con quién estás?
RAQUEL. *(Decidida y contundente.)*
Yo tengo
mi opinión, y no me avengo
a la de ella ni a la de él.
BERNAR. *(Con afectuosa sumisión a Rosalía.)*
Echaremos por delante
que, si te empeñas, haré
lo que tú quieras.
ROSALÍA. *(Segura y dominante.)*
Lo sé.
CARLOS. *(A Rosalía, conciliador.)*
Pues entonces...
ROSALÍA. *(Con impertinencia.)*
No es bastante.
ARACELI. *(Cortando el tiroteo.)*
Y ¿el caso...?
RAQUEL. Es una *tournée*
des grands Ducs.
ROSALÍA. *(Contrariada por la intervención atrevida de su hijastra.)*
De ningún modo.
Un trozo de vida.
BERNAR. Airada.
ROSALÍA. De realidad ignorada
en nuestro mundo.
BERNAR. Con todo...
un espectáculo feo
el de esa gente perdida.
La intimidad de una vida
espantosa...
ROSALÍA. *(Tenaz y voluble.)*
No lo creo;
debe ser muy divertida.
BERNAR. Nunca comprendí ese afán

de ir a visitar el hampa
en sus tugurios.

RAQUEL. *(Despectivamente.)*
No es plan.

BERNAR. Y hay hasta peligro...

RAQUEL. Hay trampa.

ROSALÍA. ¿Es tu opinión?

(Como diciendo ¿quién te la pide?)

RAQUEL. *(Implacable.)*
Bah. ¿La mía?
Todo el mundo sabe que
esas excursiones se
hacen con la policía.

ARACELI *(Conciliadora y en cierto modo curiosa.)*
Pues a mí me ha interesado
la idea.

ROSALÍA. ¡Estupenda! Ven
con nosotros.

ARACELI. *(Que no quería ir tan lejos.)*
Pero... bien...

ROSALÍA. *(Cogiéndole la palabra, decidida y dominante.)*
Nada, asunto terminado.

ARACELI. Tú, doctor, ¿qué piensas?

CARLOS. *(Comprendiendo la curiosidad de Araceli.)*
Bueno.
Si la cosa te distrae...

ARACELI. No lo sé; pero ello cae
en tus teorías de lleno;
en esa curiosidad
por las miserias del fondo.
Asomarse a lo más hondo
del alma de la ciudad...

ROSALÍA. *(Abundando y animándose.)*
Ver, conocer a esos seres
que a la ley se sustrajeron,
los hombres que...

ARACELI. *(Mirando a Rosalía y a Carlos.)*
Y las mujeres
por las que ellos se perdieron.
ROSALÍA. ¿Tú imaginas?
ARACELI. Está claro:
¿Quién es ella?
ROSALÍA. ¡Disparate!
Hoy quien se pierda o se mate
por una mujer es raro.
ARACELI. *(Mira a Carlos mientras prosigue este diálogo, excitando a hablar a Rosalía.)*
¿No hay hombres, en tu opinión,
capaces de enloquecer?
ROSALÍA. Lo que no hay es la mujer
que inspire tanta pasión.
No es tan corriente llegar
a heroína de una historia
de amor y muerte..., ni es gloria
que se deba de envidiar.
Créeme, nena.
ARACELI. *(Cambiando una rápida mirada con Carlos.)*
Tú... ¿lo sabes?
ROSALÍA. *(Escurriéndose como la que teme haber dicho demasiado.)*
De oídas... Pero olvidamos
a esos señores y estamos,
(Volviéndose al marido y alzando la voz.)
¡Daniel!..., demasiado graves.
(Vuelve a bajar la voz para dirigirse a Araceli.) (Alto para todos.)
Se ha decidido que vamos.

ESCENA VII

Dichos y Don Agustín, que llega demudado y jadeante, sin ver a nadie, y cae, lleno de agitación, en su sillón acos-

tumbrado. Al verle así, todos, más o menos inquietos, se dirigen a él y lo rodean, interrogándole casi a la par.

ARACELI. ¡Tío!...
BERNAR. ¡Marqués!...
ROSALÍA. ¡Don Agustín!
CARLOS. ¡Qué agitación!
(Yendo a tomarle el pulso.)
D. AGUSTÍN. *(Rechazándolo medio atontado.)*
¡Ah, señores!...
ARACELI. *(Con cariñosa broma, viendo que la cosa no parece grave.)*
¿Un discurso?...
D. AGUSTÍN. *(Indignado e importante.)*
¡Un accidente!...
RAQUEL. ¿Accidente?
(Acostumbrada a ellos, como buena deportista.)
D. AGUSTÍN. De automóvil.
ROSALÍA. ¿A quién?
D. AGUSTÍN. A mí.
ARACELI. *(Con cierta sorna.)*
¿No quedamos
en que siempre ibas en coche
de caballos?
D. AGUSTÍN. ¡Claro está!
ARACELI. Pues ¿entonces?...
D. AGUSTÍN. Pues entonces...
Esas malditas bocinas,
esos berridos feroces.
RAQUEL. Le pedirían a usted
paso.
(Acostumbrada y conocedora.)
D. AGUSTÍN. No sé... Juan se pone
—mi cochero—algo engreído
con el braceo y el trote
de sus caballos; verdad
que los dos están de nones.

ARACELI. *(Con afectuosa burla. Luego se acerca y le examina solícita.)*
Un par sin par. ¿Daño?
D. AGUSTÍN. *(Tranquilizándola y no queriendo que le interrumpa.)*
No.
ARACELI. Sigue.
D. AGUSTÍN. Un rugido disforme
de esas condenadas máquinas
los espantó, y si mi hombre
no llega a tener los puños
que tiene, estrellan el coche,
ya dentro del encintado,
entre acacias y faroles.
ARACELI. ¿Y a eso llamas, tío Agustín,
accidente de automóvil?...
D. AGUSTÍN. *(Que más sereno ya se da cuenta de quiénes le rodean y se levanta para ir saludándolos.)*
Bernar... Usted me comprende.
(Da la mano a Bernar.)
Y usted, señora.
(Besa la mano a Rosalía, y repara en Carlos.)
¡Hola, hombre!
¿Tú, no sé...
(Volviéndose a Araceli.)
Mas, tu marido...
(Dirigiendo un saludo a Raquel.)
Raquel... El único joven
que no renegó jamás
de lo bello y de lo noble
por moda ninguna.
RAQUEL. *(Con cierta chunga incrédula.)*
¿No?
D. AGUSTÍN. *(Volviéndose siempre a Araceli.)*
Perdóname que remoce
recuerdos..., aunque...
(Este "aunque" responde, como se verá luc-

go, a la poca seguridad que el tío tiene en la pena de la sobrina.)

ARACELI. No. Sigue.
Alberto sus automóviles
usaba.

D. AGUSTÍN. Usaba, no digo...
Pero gustaba de un coche
con un buen tronco ¡y sabía
guiarlo!

ROSALÍA. ¡Sí!

D. AGUSTÍN. *(Recordando, entusiasmado.)*
¡De primer orden!
Era un español castizo
—ya hay pocos—; sus diversiones,
los caballos y los toros,
la caza...

TODOS.. *(Queriendo disimular la inoportuna alusión.)*
¡Ah!...

D. AGUSTÍN. *(Sin arrepentirse de su indiscreción y queriendo razonarla.)*
Sí. Sí. Conformes,
le costó caro. Es que Dios
a sus criaturas mejores
las llama pronto, y Alberto
era de ellas... Aquel hombre
llegó demasiado tarde
a este mundo de deportes
y bolcheviques.

CARLOS. Marqués...
(Como indicándole que renueva la pena de Araceli.)

ARACELI. Me gusta oírle.
(A Carlos, por el tío.)

D. AGUSTÍN. *(Fuerte, con el asenso de Araceli.)*
Este Hipócrates
de salón...
(Por Carlos.)
Usted, Bernar,
lo trató mucho.

BERNAR. *(Reservado.)*
En cuestiones
de intereses, y por medio
de sus administradores
casi siempre. Un poco altivo,
pero muy cortés. Un noble
a la antigua usanza, que
ignoraba los valores
financieros, como un niño...
D. AGUSTÍN. *(Siempre entusiasta de su sobrino.)*
Generoso hasta el derroche,
sin contar y sin contarlo.
ARACELI. Verdad.
(Recordando la reserva de su marido y lo poco que ella supo nunca de él por él mismo.)
D. AGUSTÍN. Los hechos mejores
suyos se han averiguado
después de su muerte.
ROSALÍA. *(Involuntariamente.)*
¿Sí?
ARACELI. ¿Los mejores?
(Con cierta ironía.)
BERNAR. *(Curioso.)*
Diga.
D. AGUSTÍN. ¡Claro!
Se vió a mucha gente rica
por él y a él casi arruinado.
BERNAR. Descuidos...
D. AGUSTÍN. *(Protestando siempre en favor del sobrino.)*
¡Desprendimiento!
BERNAR. Un soñador...
D. AGUSTÍN. Un romántico,
todo corazón.
ARACELI. *(A boca de jarro.)*
¿Qué piensas
tú, Rosalía?
ROSALÍA. *(Algo turbada, pero rehaciéndose pronto.)*
Yo, ¿acaso
puedo saber?... Es decir,

no ignoras que nos tratábamos
relativamente poco,
y él era tan reservado...

ARACELI. *(Secundando los golpes.)*
¿Contigo también?

ROSALÍA. *(Un poco sobresaltada.)*
¡Conmigo!...
¡Y con todos!...

ARACELI. *(Insiste.)* Aquel año
de su muerte lo veías
—nos veías—, sin embargo,
a menudo, y siempre Alberto
te distinguió.

ROSALÍA. *(Con irresistible curiosidad.)*
¿Qué? ¿Te ha hablado
de mí alguna vez?

ARACELI. Algunas.
Y en Los Adelfos cazando...

BERNAR. *(A Don Agustín, al oír mentar la finca.)*
A propósito, marqués...

D. AGUSTÍN. *(A Bernar, señalando la carpeta sobre la mesa.)*
Sí, sí, aquí tengo los planos.

ARACELI. *(Siempre dirigiéndose a Rosalía.)*
Estuviste varias veces
con él, con nosotros, vamos.
Y si no estabas allí
cuando él se mató...

CAR. y ROS. *(A la par.) (En un movimiento de sobresalto, que en Carlos es temor de que Araceli se declare demasiado, y en Rosalía, extrañeza y miedo de que lo sepa todo.)*
¡Eh!

ARACELI. *(Mirando a Carlos fijamente y luego a Rosalía.)*
Sí, Carlos.
Cuando se le disparó
la escopeta. Habías estado
el día antes.

ROSALÍA. *(Protestando con demasiada viveza.)*
No, dos días
antes.
ARACELI. *(Mirando a Carlos.)*
Es lo mismo.
ROSALÍA. *(Que se vendía, comprende.)*
Claro.
BERNAR. *(Dirigiéndose a Araceli.)*
Yo conservo a aquella finca,
a que una vez fuí invitado
por el pobre duque, afecto
muy especial, y me ufano
de que usted quiera cedérmela.
ARACELI. *(Que vacila, cada vez menos propicia a vender Los Adelfos, un poco enojada por la presunción del banquero.)*
Aun no es seguro...
BERNAR. *(Suplicante y temeroso de que se deshaga el asunto.)*
El contrato
debe extenderse en seguida,
si no ha desautorizado
a su tío, que mañana
viene conmigo el notario.
ARACELI. *(Entre resignada y burlona.)*
Vaya, Bernar, cuando usted
quiere una cosa...
BERNAR. Sí, cuando
quiero algo, yo también
lo doy todo sin reparo.
ARACELI. Poder del dinero, ¡qué
felices los millonarios!
BERNAR. *(Mirando fijamente a Araceli.)*
Usted no cree, duquesa,
lo que dice.
RAQUEL. *(Temerosa de que su padre se declare demasiado.)*
¡Padre!

ARACELI. *(Queriendo hacer hablar a Bernar.)*
Vamos,
que el oro lo compra todo.

BERNAR. *(Con dolorosa convicción.)*
Casi todo, sí... Lo malo
es que hay cosas que no pueden
venderse, aunque quiera su amo
enajenarlas, y el que
las compra... las compra en falso,
por decirlo así.

RAQUEL. Y está
muy bien dicho.

ROSALÍA. *(Con cierta burla impertinente.)*
¡Ah!... Y usted, Carlos,
¿qué opina de lo que opina
mi marido?

CARLOS. Que es un sabio.
Para ciertas cosas, el
dinero es nocivo.

ROSALÍA. *(Un poco para sí.)*
¡Acaso!...

RAQUEL. Oiga usted...
(A Carlos.)

ESCENA VIII

Dichos y Pablo (anunciando desde la puerta.)

PABLO. El señor conde
de Montevelo.

RAQUEL. *(Por Enrique.)*
¡Gaznápiro!...

ARACELI. *(Al criado.)*
Pase adelante.

PABLO. *(Acercándose a Araceli y explicando.)*
Ahora viene.
Es que dice que ha olvidado
algo en el coche y no quiso
que yo bajara a buscarlo.

"En seguida subo; mientras,
váyame usted anunciando",
me dijo...
(Al verlo entrar.)
Aquí está.

ESCENA IX

Dichos y Enrique (marqués de Montevelo). Aparece sonriente en la puerta del foro, abrazado a un bosque de flores y produciendo la hilaridad de todos. (Pablo se va.)

RAQUEL. *(Riendo. Por Enrique.)*
¡Es un tiesto
de flores!

ENRIQUE. *(Avanzando hacia su prima.)*
¡Celi!

ARACELI. *(Contemplándolo, burlona.)*
¡Fantástico!

ENRIQUE. *(Deja caer las flores en el sofá, al lado de Araceli. Ya desembarazado, comienza a saludar a todos.)*
A tus pies. ¡Ah!... Rosalía.
(A Raquel, dándole un fuerte apretón de manos.)
¡Quelucha!

RAQUEL. *(A Enrique.)*
¡Ricote!

ENRIQUE. Carlos,
tío Agustín.

D. AGUSTÍN. *(Entre burlón y malhumorado. No simpatiza con estos chicos de ahora.)*
¡Tío!... No coge
nuestro parentesco un galgo.

ENRIQUE. *(Sin tomar—ingenuo y bonachón—en cuenta el despego del tío.)*
Bah. Pero usted es el tío
universal. No es casado,
no tiene hijos. Murieron

sus padres y sus hermanos,
pero sus sobrinos somos
infinitos, aunque vagos.

D. AGUSTÍN. Y tú, el más vago de todos,
gran truhán.

ENRIQUE. ¡Yo! Si no paro
un minuto. ¿Me perdonas,
Araceli?...
(Cariñoso, a su prima.)

ARACELI. Perdonado,
con tal de que no repitas
la gracia.

ENRIQUE. ¿Cómo? ¡Al contrario!
Vengo a verte para...

ARACELI. Para.
La prisa te está matando.
(Siguen hablando. Se comprende que Enrique insiste en quererse declarar y ella no se presta a oírle.)

BERNAR. *(Que examina con el tío Agustín los planos de Los Adelfos, en la mesita del centro.)*
Son tres millones.

D. AGUSTÍN. Bernar,
Los Adelfos valen cuatro,
sobradamente.

BERNAR. Mas...

D. AGUSTÍN. *(Interrumpiéndole y adelantándose a sus razonamientos.)*
Sé
que nadie daría tanto,
y teniendo que vender...

BERNAR. *(Con cierta dignidad, a pesar de su vehemente interés por comprar la finca.)*
Si usted cree que me valgo
de...

D. AGUSTÍN. No, señor, y si al fin
da mi sobrina el sí ansiado,
mañana...

ROSALÍA. *(Que hablaba con Carlos, volviéndose al grupo de Araceli y Enrique y llamando a éste.)*
Enrique.

ENRIQUE. *(Sin separarse de Araceli, contesta con un saludo evasivo.)*
Señora...

ARACELI. *(Para quitarse de encima a Enrique.)*
Hombre, atiéndela.
(Pero Enrique se desentiende y sigue dando la matraca a Araceli. Rosalía habla con Carlos un momento, Raquel calla y se separa un poco del médico, hasta que Rosalía, atraída por la conversación de Don Agustín y Bernar sobre el plano de Los Adelfos, forma grupo con ellos en la mesita.)

ROSALÍA. Usted, Carlos,
¿cree en la telepatía?

CARLOS. Yo creo en todo y en algo
que aun no se sospecha. Nada
me sorprenderá.

D. AGUSTÍN. *(En su aparte con el banquero y sobre los planos de la finca.)*
En el plano
está indicada la parte
que todo el río a lo largo
cubren las adelfas, los
adelfos, como llamamos
también en la tierra a estos
arbustos bellos y malos.
Fué aquí...
(Señalando en el plano.)

ENRIQUE. *(A Araceli.)*
¿La prisa? La prisa
te demuestra en todo caso
mi deseo de llegar
a verte. Ni me he cambiado
de ropa; hecho un ladrón vengo,
lleno de polvo, sudando,

y con unas rodilleras
chanchullo... Cerca del Pardo
estaba jugando al *tennis*
a las seis, y son y cuarto,
(Mirando el reloj de pulsera.)
y he tenido que pararme
por las flores; pero el auto
que voy a comprar ahora
se traga que es un encanto
las leguas; ¡chica, es un Roll
que monda! ¿Quieres probarlo
conmigo? Una vueltecita
y por el camino hablamos...

ARACELI. ¡Estás loco!

ENRIQUE. Sí. Por ti.

ARACELI. ¿No lo dije? Trabucazo.
Ya batiste un nuevo *récord*.
Tres veces te has declarado:
por carta, por el teléfono
y de palabra. Entretanto
has perdido la ocasión
de hablarme a solas un rato.

ENRIQUE. Yo tenía...
(Queriendo disculparse con sus ocupaciones deportivas.)

ARACELI. Como siempre
has corrido y te has pasado.
Verdad es que para tí
llegar es lo secundario.

ROSALÍA. *(Que con irresistible curiosidad se ha unido al grupo de Bernar y Don Agustín, inclinándose sobre el plano de Los Adelfos.)*
¿Y fué aquí?

D. AGUSTÍN. Sí. Aquí. A esta parte
de la glorieta hay un banco,
junto al estanque...

ARACELI *(A Enrique, que insiste en su tema.)*
¿Crees tú
que es ahora momento?...

(Toca el timbre y aparece Pablo.)
Pablo,
llévese usted esas flores,
que las pongan en el patio
o en la *serre*. ¡Cómo apestan
a gasolina!

ENRIQUE. *(Oliendo las flores, asustado.)*
¡Diablo,
es verdad, las he traído
en el *baquet*, ¡soy un ganso!
Pero fué por no perderlas
de vista.

ARACELI. Y se te olvidaron,
y tuviste que volver
a bajar por ellas.

ENRIQUE. ¡Claro!
Con el ansia de decirte...

ARACELI. *(Cortando definitivamente el asunto.)*
Mira, ahora estamos hablando
de otras cosas.

ROSALÍA. *(A Don Agustín.)*
¿Lo que él dijo
usted lo recuerda exacto?

D. AGUSTÍN. Dijo que, sin saber cómo,
se le había disparado
la escopeta en el momento
de dejarla sobre el banco.
(Exaltándose, en una mezcla de sentimiento real y afectado patetismo declamatorio con el recuerdo de Alberto.)
¡Si me parece mentira;
si han pasado ya seis años
y todavía me creo
que voy a verlo, ¡tan guapo,
tan ágil, tan diligente,
saltar del coche, arrojando,
con aquel gesto tan suyo,
las bridas a su lacayo!...
¡Si aun me ocurre muchas veces

evocar su rostro pálido
y sereno, la sonrisa
que sombreaba su largo
bigote, fino y sedoso;
su rubio pelo ondulado!
¡Su descuidada elegancia
incopiable y aquel algo
que no era de aquí en aquellos
ojos azules y claros!
Pero voy a entristecer
a ustedes.

ARACELI. *(Con vivo interés.)*
Di. Te escuchamos.

CARLOS. *(Con tono de amable reconvención.)*
Araceli...

ARACELI. Deja. Quiero
que me hablen de él.

D. AGUSTÍN. *(Prosiguiendo su tema.)*
Sin embargo,
yo puedo decir que Alberto
vino a morir en mis brazos.
Extraña cosa... No sé
por qué, al oír el disparo
que nos alarmó, al salir
de casa con los criados,
seguí la senda de adelfos,
hasta dar en el rellano
de la laguna; tendido
en tierra, cerca del banco,
estaba Alberto; humeante
la escopeta a pocos pasos.
"¿Qué tienes, qué ha sido?"—grito—;
y él, sonriendo y señalando
el arma: "Al ir a dejarla
—responde—se ha disparado.
En mujer y en escopeta..."
No habló más. Todos, llorando,
por la vereda de adelfos
a la casa lo llevamos

ya entre sombras. Nunca he visto
un anochecer más rápido.
Al llegar, ya estaba yerto.
(La emoción y el llanto le cortan la palabra. Araceli se le acerca cariñosa.)

ARACELI. ¡Tío!

BERNAR. Marqués.

ARACELI. Vamos, vamos...

ROSALÍA. Se emociona.

CARLOS. *(Incrédulo.)*
Y además
es un excelente trágico.

ARACELI. Si yo...

D. AGUSTÍN. Tú jamás supiste
lo que habías perdido.

ARACELI. Acaso...
Alberto no vivió nunca
para mí. Pero ahora..., Carlos,
"en mujer y en..."
(Llamando la atención de Carlos sobre la frase de Alberto.)

ROSALÍA. *(Queriendo explicar la frase de Alberto quitándole intención directa.)*
Es la copla...

ARACELI. ¿La copla?

ROSALÍA. Un cantar gitano
que aconseja no fiarse
de escopetas ni...

ARACELI. Por cuanto
tú lo conocías.

ROSALÍA. *(Evasiva.)*
Yo...
lo oí una vez, en el campo,
a un trabajador...

ARACELI. Alberto
era muy aficionado
a la poesía del pueblo.
¿Tú también?

ROSALÍA. Yo... también... algo.

D. AGUSTÍN. *(A Bernar, respondiendo a insinuaciones especiales de éste.)*
No, no, ni por pienso; él era
a todo el mundo simpático,
y no tenía enemigo
ninguno.

BERNAR. *(Insistiendo.)*
Mas...

D. AGUSTÍN. *(Con gran convicción.)*
Al contrario,
mucha gente que por él
matar se hubiera dejado.

BERNAR. *(Insinuando la idea del suicidio.)*
Una locura...

D. AGUSTÍN. *(Vehemente, protesta.)*
Tampoco.
Alberto era un buen cristiano
y no tenía motivos
para eso, en todo caso...
(Con amarga convicción.)
Desgracia, fatalidad;
que estaba escrito.

ENRIQUE *(Acercándose el último al grupo que ya forman todos en torno a la mesa.)*
Temprano
o tarde, a todos nos llega
la última *panne*, ¡qué diablo!

ROSALÍA. *(Aparte.)*
Daniel, insiste en la compra.

BERNAR. *(Aprovechando las circunstancias.)*
Sólo recuerdos amargos
para ustedes esa finca
conserva. Para mí, en cambio...

ESCENA X

Dichos y Pablo.

PABLO
Señora, este caballero
quiere verla.

(Le entrega una tarjeta en una bandeja de plata.)

ARACELI. ¿A mí?
(Leyendo con extrañeza.)
¡Qué raro!
No lo conozco...

PABLO. Ya ha dicho
que, en efecto, nunca ha hablado
a la señora duquesa;
pero que es urgente el caso
que lo trae y, además,
sumamente reservado.

ARACELI. *(Volviendo a leer la tarjeta.)*
Salvador Montoya. No
lo conozco.

D. AGUSTÍN. Ni yo.

ROSALÍA. *(A Daniel Bernar, disimulando su sobresalto.)*
Vámonos.

CARLOS. Tampoco yo.

ENRIQUE. Ni yo.
(La tarjeta ha ido de mano en mano.)

ARACELI. Bien.
(A Pablo.)
Dile que pase al despacho,
y perdónenme un instante.

BERNAR. No. Nosotros nos marchamos.

ARACELI. Diga a ese señor, entonces,
que entre aquí.

ROSALÍA. *(A Araceli.)*
¿Vendrás?

ARACELI. *(Preocupada.)*
Acaso.

ENRIQUE. *(A Araceli, aludiendo al desconocido anunciado.)*
Yo no me voy, por si el tipo...

CARLOS. *(Aparte, a Araceli, en el mismo sentido.)*
Me quedaré...

ARACELI. *(Indicándoles la puerta.)*
No, al contrario.

ESCENA XI

Dichos y Salvador Montoya, que aparece en la puerta con una gran cartera bajo el brazo. Viste con elegante corrección.

ARACELI. Pase usted, señor...
(Sin recordar el apellido.)
SALVADOR. Montoya.
(Entra y se coloca a la extrema derecha, junto al secrétaire, *lejos del grupo que todos los demás forman a la puerta.)*
ARACELI. Un momento...
(A Salvador, indicándole que espere mientras despide a sus amigos.)
BERNAR. En fin, quedamos
en que Los Adelfos son
míos. Mañana, al notario.
ARACELI. ¡Qué prisa! ¿No se podría...?
D. AGUSTÍN. Sobrina, es preciso...
ARACELI. *(Al tío, resignada y entristecida.)*
Hazlo
sin que yo me entere.
BERNAR. *(Besándole la mano por despedida con efusiva gratitud.)*
Oh, gracias.
ENRIQUE. *(Dice mirando a Salvador.)*
Debe ser el empleado
de una agencia.
ARACELI. Adiós, Raquel.
RAQUEL. Duquesa...
(Despidiéndose.)
ROSALÍA. *(Desde la puerta.)*
¿Viene usted, Carlos?

(Ya han salido al vestíbulo Bernar, Raquel y el tío Agustín.)

SALVADOR. *(Aparte, por Rosalía.)*
¡Esta mujer!

ROSALÍA. *(Mirando a Salvador con mezcla de sorpresa y disgusto.)*
¡Este hombre aquí!

CARLOS. *(Insistiendo en quedarse, acercándose a Araceli y junto a la puerta.)*
Araceli...

ENRIQUE. *(Insistiendo también.)*
Yo...

ARACELI. *(Empujándolos hacia la puerta de salida.)*
¡Andando!

ESCENA XII

Araceli, Salvador y Don Agustín.

ARACELI. *(Desde la puerta, dirigiéndose a Salvador.)*
Puede usted hablar, caballero.
(Montoya permanece callado. Araceli comprende el motivo, y dirigiéndose a su tío.)
Tío Agustín, en el despacho
está la titulación
de la finca; si el contrato
ha de firmarse mañana,
conviene darle un vistazo,
por si no tenemos tiempo
esta noche.

D. AGUSTÍN. *(Comprendiendo.)*
Entiendo, claro.
(A Araceli, en voz baja.)
¿Pero te vas a quedar
a solas con un extraño?

ARACELI. *(Aparte, al tío.)*
¡Bah! Nunca lo será más
que los conocidos.
(Don Agustín tiene un gesto de extrañeza y no se resuelve a salir hasta que Araceli, impaciente, le dice.)
¿Vamos?

D. AGUSTÍN. Si me necesitas, sabes,
en el salón inmediato...
(Vase mirando con desconfianza a Salvador. Este se inclina.)

ESCENA XIII

Araceli y Salvador.

SALVADOR. Al fin solos.

ARACELI. Caballero,
es de un buen gusto dudoso
esa frase y...

SALVADOR. Para mí
quiere decir: al fin solos;
y no tiene otro sentido,
de momento, entre nosotros.

ARACELI. Vamos a ver. Usted viene
para hablarme de negocios.

SALVADOR. No, señora.

ARACELI. *(Sorprendida.)*
Pues entonces,
¿qué quiere usted?

SALVADOR. Nada y todo.

ARACELI. ¡Frases de teatro, no!
Esa cartera...

SALVADOR. Respondo
a usted de que está vacía.
(La abre, la vuelve, para que se vea claramente que no contiene nada, la deja sobre la mesa y se cruza de brazos.)

ARACELI. Pero...
(Entre sorprendida y divertida.)
SALVADOR. Es el medio más cómodo
para despejar un sitio
de frívolos y de ociosos.
Barruntan ferroprusiatos,
planes, cifras, repertorios,
catálogos, en fin, cosas
serias, y huyen como corzos.
Ya ha visto usted.
ARACELI. *(Pensando en el trabajo con que ha echado a Enrique y Carlos.)*
Si supiera
usted...
SALVADOR. Perfecto. No ignoro
que el conde de Montevelo
la adora.
ARACELI. Pues, hombre, ¿cómo...?
SALVADOR. Basta verlo, si no fuera
bastante verla.
ARACELI. ¿Piropo?
SALVADOR. No osaría. Observación.
Por lo demás, es tan lógico.
ARACELI. ¿Piensa usted?
(Halagada en el fondo.)
SALVADOR. Bondad, belleza,
talento, fortuna, todo.
Y por si faltara algo,
el encanto delicioso
de una mujer que no sabe
el valor de esos tesoros.
ARACELI. ¿Que no sabe?
SALVADOR. Que no afecta
saberlo.
ARACELI. Gracias. Supongo
que usted viene, sin embargo,
a asunto más... perentorio,
y le suplico que entremos

en materia... Por el pronto
yo desearía saber
¿quién es usted?

SALVADOR. Soy... el otro.

(Con perfecta solemnidad y recalcando mucho esta explicación de su personalidad.)

ARACELI. Pirandellismo...

SALVADOR. Al contrario.
Habrá usted observado, a poco
fijarse, que en muchos casos
de la vida—en casi todos—
interviene un personaje
ajeno a nuestros propósitos,
que nos ignora y que, a veces
ignorado de nosotros,
es, sin embargo, la causa
providencial del trastorno
que origina la comedia,
o el drama, o el paso cómico.
Ejemplo: Juan quiere a Juana;
pero Juana quiere a *otro*.
Otro vendimia la viña
que éste cuida; tal negocio
se hizo para que lograse
otro el lucro; el matrimonio
de aquellos se descompuso
porque ella se fué con *otro*.

ARACELI. Es verdad...: el *otro*..., la *otra*...,
tiene usted razón. Con todo,
no responde a mi pregunta.

SALVADOR. Si usted repasa en el fondo
de su conciencia el asunto
que la preocupa, no es poco
decirle, para explicarle
—quién soy yo, que soy el... *otro*.

ARACELI. Empiezo a ver. Pero quiero
que me hable sin circunloquios,
¿es usté...?

SALVADOR. He sido: el amado
de la amada de su esposo.
ARACELI. ¿El amado?
(Con cierta expresión de burla ante la palabra amado.)
SALVADOR. *(Muy serio.)*
Exactamente.
Me dejé querer. Conozco,
sin embargo, que he tenido,
aunque involuntaria, un poco
de culpa en el desastrado
fin de Alberto, y, ante todo,
quiero que usted me perdone
esa culpa. Le respondo
de que ha sido la lealtad
mi gran pecado.
ARACELI. No logro
comprender...
SALVADOR. No pensé nunca
en un afecto tan hondo
por parte de él y, queriendo
evitarle el oprobioso
papel de engañado, hice
que ella, en un arranque impropio
de su doblez bien hallada
con aquel juego irrisorio,
se decidiese por uno
de los dos. ¿Tuve yo solo
por móvil tan noble idea?
¿Quise, tal vez, de ese modo
librarme de ella esperando
que me prefiriera el oro
del pobre duque?—Cariño,
ni a él, ni a mí, ni a nadie—. ¿Cómo
saber? Ella abandonó
a Alberto, y Alberto, loco,
se mató. Perdón si avivo
un recuerdo doloroso;

pero creo preferible
que conozca usted el fondo
de esa tragedia de que
conoce los hechos sólo.
¿No es verdad?

ARACELI. Posiblemente;
pero, dígame usted, ¿cómo
supuso que yo sabía?...

SALVADOR. Es deducción de psicólogo
bien barata. La mujer
aquella me inició pronto
en el carácter de usted,
y creo que la conozco
bien. Mas, si esto no bastara,
ahora, al hablar yo del *otro*,
usted ha mentado a la *otra*,
y ya dudar era tonto.

ARACELI. Es verdad..., y, sin embargo,
por qué camino hediondo
ha llegado a usted la idea
de mi...

SALVADOR. Como el agua al pozo,
por las venas de la tierra,
pura y limpia; como el oro
entre la arena del río;
como el diamante, en el fondo
de la cantera.

ARACELI. ¿Poeta?

SALVADOR. A ratos. Pero muy cortos.

ARACELI. Y esa mujer, por lo visto,
me conoce.

SALVADOR. Sí... Supongo
que a través de él.

ARACELI. No es verdad;
y yo también la conozco.

SALVADOR. Es muy posible.

ARACELI. ¿Usted quiere
ser mi amigo?

SALVADOR. Bien.
ARACELI. Pues todo
lo que sabe ha de contarme,
por duro, por doloroso
que sea para mí. ¿El objeto
de esta visita?
SALVADOR. Lo ignoro
yo mismo. Confieso a usted
que, al venir, no tuve otro
deseo que el conocerla;
pero ahora...
ARACELI. Por el pronto
el nombre de esa mujer.
SALVADOR. No importa.
ARACELI. A mí sí.
SALVADOR. Es lo solo
que yo no puedo decirle.
ARACELI. Yo se lo diré.
SALVADOR. Es ocioso;
pues que los dos lo sabemos
callemos los dos a coro.
ARACELI. ¡Y no ve usted que el problema
de mi vida ya no es otro
que reconstruir la historia
terrible; que mi amor propio,
si no mi amor, quiere ver
de esa tragedia en el fondo
los resortes, las pasiones
que matan, el venenoso
encanto de la mujer
que a Alberto... Escúcheme.
SALVADOR. Oigo.
ARACELI. Oiga y comprenda.
SALVADOR. Comprendo.
Lo que usted quiere, ante todo,
es... conocer el secreto
de esa mujer... No lo tiene.
ARACELI. Para usted.

SALVADOR. Para mí al menos...
y naturalmente...
ARACELI. ¿Usted
la quiso?
SALVADOR. Yo. ¡Ni un momento!
Me divertía al principio;
al cabo de un mes, ni eso.
ARACELI. Es guapa.
SALVADOR. Sin duda.
ARACELI. Tiene
un gran atractivo.
SALVADOR. Eso
depende de la persona
sobre quien lo ejerza.
ARACELI. Pero
su mismo afán... Ella acaso
lo quiso a usted.
SALVADOR. No lo creo.
Todas las coquetas son
de quien no las toma en serio.
ARACELI. En toda mujer hay algo
de coqueta.
SALVADOR. Mucho.
ARACELI. Bueno...
entonces...
SALVADOR. Entonces, ¡ay
del que se enamora!
ARACELI. Pero
¿usted no se ha enamorado
nunca?
SALVADOR. Nunca. Yo profeso
que es consagrarse a una sola
ser infiel a todo el sexo.
Falta de galantería
imperdonable. Y... temiendo
caer en ella, con la venia
de usted saludo y me ausento.
ARACELI. Sin decirme a lo que vino...

SALVADOR. ¿Se empeña usted en saberlo?
ARACELI. Naturalmente.
SALVADOR. Pues bien:
a decirla que la quiero.
ARACEL. ¿Desde cuándo?
SALVADOR. Desde siempre.
ARACELI. ¿A mí sola?
SALVADOR. Sí. Poseo
el don de contradecirme...
¿Se ríe usted?
ARACELI. Qué remedio.
De otro modo...
SALVADOR. Usté ha perdido
un esposo. Yo me ofrezco
a reemplazarle. Usté ignora
qué es amor. Yo se lo enseño.
Usted tuvo una rival
detestable. Yo la vengo
de esa rival. Usted mira
al pasado. Yo la llevo
al porvenir. En la muerte
encuentra usted un misterio
interesante; la vida
tiene otro, que no lo es menos,
y más alegre. Usted toma
mi brazo y vamos a verlo.
ARACELI. Es increíble. No salgo
de mi asombro.
SALVADOR. Bueno, bueno...
Me quiere usted o no me quiere.
Pero no se asombra. Eso
no es digno de usted, que tiene
además mucho talento...
La gente se asombra, o hace
que se asombra, para luego
acabar diciendo: "vaya
pues no era tan raro..."; pero
usted no es así.

ARACELI. No. ¡Claro!
Yo sin tratarlo, sin verlo
más que una vez, debo...
SALVADOR. Amor
es saeta, no correo.
¿Qué motivos tiene usted
para no quererme?
ARACELI. Aquellos
que tengo para quererle.
Ninguno.
SALVADOR. ¿Ninguno?... Creo
que exagera.
ARACELI. ¿Eh?
SALVADOR. ¿Soy yo acaso
bizco, jorobado, tuerto,
tonto? ¿Mi cara es tan rara?
Y la cara es el espejo
del alma. Pues ya que soy
simpático, amable y bueno,
hay que quererme.
ARACELI. ¿De veras?
SALVADOR. ¿No lo cree usted?
ARACELI. No.
SALVADOR. Lo siento,
porque es la primera vez
que me enamoro, que veo
en la mujer la persona:
un alma bella en un cuerpo
delicioso, convertido
en realidad un ensueño.
Porque soñé con usted
tanto y...
ARACELI. Basta, caballero.
SALVADOR. Pero...
ARACELI. Señor de Montoya,
las bromas tienen un término.
SALVADOR. Basta, pues usted lo manda.
Pero... ¡qué ocasión perdemos

tan bonita! ¡Esto iba a ser
un encanto!

ARACELI. ¿Qué?

SALVADOR. Lo nuestro.

ARACELI. He dicho que basta.

SALVADOR. Bien.
Perdone el atrevimiento
de ofrecerle a usted mi vida
sin ambages ni rodeos.
Usted me hizo hablar. Ahora
me hace callar. Obedezco.
Porque es tan grande mi amor...

ARACELI. ¡Vaya!

SALVADOR. Como mi respeto.

ARACELI. *(Divertida y halagada a pesar suyo.)*
Pero, hombre, ¡si es usté un loco!
¿A quién se le ocurre?... Bueno
yo le perdono, si no
vuelve usted a hablarme de eso.
Y aun le ofrezco mi amistad.

SALVADOR. ¿Para qué perder el tiempo?

ARACELI. ¿Quiere usted o no que seamos
amigos?

SALVADOR. Si no hay remedio...
Pero conste que yo aspiro
a más. No tengamos luego
aquello de se vendía
como amigo y...

ARACELI. ¿Sabrá serlo
en todo caso?

SALVADOR. No sé.
No es mi fuerte. Probaremos...

ARACELI. ¿Me permite todavía
una pregunta?

SALVADOR. La espero.

ARACELI. Usted piensa que soy rica,
¿no es verdad?

SALVADOR. Así lo creo.

ARACELI. Pues se ha equivocado usted.
SALVADOR. Duquesa...
ARACELI. De medio a medio,
porque estoy casi arruinada.
SALVADOR. ¿De veras? ¡Vaya! Me alegro.
ARACELI. ¡Hombre!
SALVADOR. Porque así podré
demostrarle a usted mi afecto
ayudándola.
ARACELI. ¿Y supone
—es fantástico— que puedo
aceptar de usted la más
leve cosa?
SALVADOR. Sí... Un consejo.
ARACELI. ¿Del amigo?...
SALVADOR. Ni siquiera
del amigo.
ARACELI. ¿Pues?
SALVADOR. Del técnico
de los negocios.
ARACELI. Escucho.
SALVADOR. Véase con el banquero
y dígale usted que ya
no le vende Los Adelfos.
Sé que lo hará usted.
ARACELI. ¿Por qué?
SALVADOR. Porque es el propio deseo
de usted. Gracias a lo cual
va usté a duplicar el precio
de la finca.
ARACELI. ¿El doble?
SALVADOR. ¿No
ve usted que es doble el empeño
de comprar?
ARACELI. *(Indignada, pensando en Rosalía.)*
Acaso. ¡Y nunca
he de consentir!...
SALVADOR. Soberbia.

El *bluff* sólo cuando no es
tal *bluff* resulta perfecto.
(Pausa.)
Vea usted mi pobre cartera
todo lo que traía dentro:
el amor y la fortuna.
Hay para pensar en ello.
Pero ahora adiós; aquí tiene
mis señas y mi teléfono.
Usted irá a buscarme, o bien
me llamará.

ARACELI. No lo creo.
Mas... Salvador.
(Llamándole como para decirle algo.)

SALVADOR. *(Se vuelve inmediatamente, y con el mismo acento dice.)*
Araceli.

ARACELI. Adiós... Nada.
(Desistiendo de hablarle.)

SALVADOR. Sus pies beso.
(Al decir esta frase, ya en la puerta, Salvador hace a Araceli una reverencia tan distinguida como profunda y grave; una de esas reverencias que convierten en reina a una mujer cualquiera. Araceli contesta con una ligera inclinación de cabeza y permanece de espaldas al público viendo ir a Salvador. Al volver la cara hacia la sala es preciso que en ella se lea la impresión de alegría y simpatía que le ha producido la presencia de aquel hombre extraño, gracioso y amable, inesperado y sorprendente como la vida. Quizá sea ésta una pretensión excesiva de los autores. Tal vez no es posible expresar con el rostro sentimientos tan complejos. Haga, sin embargo, la actriz, un esfuerzo en este sentido. Piense que ante la pantalla cinematográfica se vería obligada a esta expresión

muda. Ayúdese, además, si quiere, con el ges
to. Una ojeada al espejo, un movimiento d
los labios que pronuncian un nombre, un
palabra que no se oye; un gesto instintiv
de alegría... Todo ello con mucha sobrieda
mientras cae el

TELON

ACTO SEGUNDO

Decoración del acto anterior.

ESCENA PRIMERA

Carlos y Pablo.

PABLO. ¿Le anunciaré a la señora
duquesa?
CARLOS. Sí. Que la espero,
mas sin prisa, por si tiene
algo que hacer...
PABLO. De ella tengo
orden de avisarle.
CARLOS. Aguarda.
¿Y el señor marqués?
PABLO. Lo vemos
poco en la casa. A la hora
de retirarse a su lecho.
Come en el casino.
CARLOS. ¡Ya!
PABLO. También el señor...
(Hace un gesto que indica chifladura.)
CARLOS. No entiendo.
(Para que se explique.)
PABLO. Que anda también destemplado.
(Recalcando el también.)
CARLOS. ¿También?
PABLO. Sí, doctor, los nervios

de la señora duquesa...
Ya sabe usted...

CARLOS. Sí.

PABLO. Un infierno
es esta casa, que fué
el paraíso terreno
de la servidumbre. Y todo
por causa del caballero
de la cartera, es decir
de lo que llevara dentro
de la cartera. Bien dijo
quien dijo: "sin documentos
vivió Adán, que ni tenía
bolsillos donde meterlos,
muy ricamente". ¡Qué Dios
nos libre del papeleo,
señor doctor! Yo me digo,
¿que traería ese sujeto
en la cartera?

CARLOS. ¡Quién sabe!
¿Y el señor de Montevelo?

PABLO. Otro que tal. Veinte veces
al día llama al teléfono.
La señora al aparato
se pone: "Eres un zopenco",
"no me aburras", "mamarracho",
"no vengas", "vete a paseo..."
y algo peor.

CARLOS. ¿Los señores
de Bernar?

PABLO. Tampoco han vuelto
que yo sepa.

CARLOS. Bien está.
Avisa.

PABLO. Voy al momento.
(Vase por la puerta lateral.)

ESCENA II

Carlos y Araceli.—Carlos examina los objetos que están sobre la mesa, y repara en el retrato de Alberto.

CARLOS. Araceli...
ARACELI. Mediquito...
CARLOS. Siempre hermosa.
ARACELI. Y tú tan feo
como de costumbre. Estoy
furiosa contigo.
CARLOS. ¿Y eso?
ARACELI. Porque sois unos farsantes.
CARLOS. ¿Quienes?
ARACELI. Tú y los de tu gremio.
CARLOS. Gracias en nombre de todos.
ARACELI. Charlatanes, embusteros...
Hidroterapia: con agua
se sana de todo; helio-
terapia: donde entra el sol
hace milagros; los nervios
se entonan con nerviosina,
el nombre es casi un remedio;
homeopatía: un granito
de anís y te pones nuevo;
alopatía: dos onzas
de ruibarbo y tres de arsénico;
naturismo: nueces, dátiles,
naranjas, y siempre en cueros.
¡Viva la ciencia! Y un día
os desembozáis diciendo:
todo se cura buscando
del alma en los recovecos
el morbo fatal, y a fuerza
de conversar. Pues charlemos,
señor doctor.

CARLOS. Hoy estás
muy inspirada.
ARACELI. ¿Y no es cierto
cuanto digo?
CARLOS. No.
ARACELI. Pues dime
entonces qué sois los médicos.
(Carlos le da un cigarrillo y se lo encienda
CARLOS. Testigos...
ARACELI. Impertinentes.
CARLOS. Confesores de los cuerpos.
ARACELI. ¿Y de las almas?
CARLOS. En cuanto
las almas hablan por ellos.
ARACELI. ¡Pillines!... Y estáis de moda,
que es lo peor.
CARLOS. No lo creo.
El hombre de moda es hoy
el deportista.
ARACELI. Por eso
no ejerces tú.
CARLOS. Ejerzo sólo
como *entraineur* para el juego
de la vida.
ARACELI. Linda frase.
Al fin, charlatán. En serio,
Carlos, estoy mala.
CARLOS. Cásate.
ARACELI. ¿Otra vez?
CARLOS. Es mi consejo.
ARACELI. ¿Contra quién?
CARLOS. Contra quien sea.
Aquí todos te queremos.
Contra mí.
ARACELI. No me convienes.
CARLOS. ¿Por qué?
ARACELI. Porque si te acepto

como esposo, dime tú
con quién charlo.

CARLOS. ¿Y Montevelo?...
Es el perfecto marido
para un enlace eugenésico.

ARACELI. Puede ser. Pero estos hombres
tan deportivos y atléticos
son, a su manera, fatuos,
engreídos y al espejo
se miran más que conviene;
y desde que han descubierto
la belleza masculina
tampoco me fío de ellos.

CARLOS. Pues otro elige, son tantos...
"Marcela o cuál de los ciento".
¿Quién te vió que no te quiera,
Araceli?

ARACELI. Te confieso
que si no he elegido estoy
para elegir.

CARLOS. ¡Hola! ¿Y puedo
saber quién es?...

ARACELI. Adivina.

CARLOS. Adivinar, no; sospecho...

ARACELI. A ver. ¿De quién?

CARLOS. De un buen mozo,
alto, delgado, moreno,
con su cartera.

ARACELI. No es ése.
Ese es... el otro.

CARLOS. No entiendo.

ARACELI. Un hombre extraño. La vida
tiene también sus muñecos
de sorpresa, inopinados
y algo absurdos, aunque luego
—como en las comedias—, todo
se explica. Ese caballero...

CARLOS. De industria.

ARACELI. Tal vez. La industria
no es, a mi juicio, demérito
en el hombre. Fué el amante
de Rosalía. Completos
están ya los personajes
del drama, y en el proceso
que sigo encartados. Ese,
causa quizá del evento
dramático, es complicado
y sencillo, hondo y ligero.
Sobre todo, interesante
y amable. Tiene el misterio
de la vida; sorprendente
a primera vista, luego
tan natural... No te oculto
que me agrada y le agradezco
sus visitas...

CARLOS. ¿Sí?

ARACELI. —De amigo—.
Por dos motivos: primero
porque su presencia fué
un talismán contra necios.
Salvador, que así se llama,
los ahuyentó sin quererlo.

CARLOS. ¿Segundo?

ARACELI. Por ser el otro.
¿No te he dicho que pretendo
elegir? Para elegir
se necesitan dos términos;
pues éste es el otro.

CARLOS. Bien.
Mas ¿quién es el uno?

ARACELI. Alberto.

CARLOS. ¿Quién ha de ser?
Araceli...
perdóname, no comprendo,
lo que dices. Rosalía
tuvo a elegir dos sujetos

que el uno y el otro eran
amantes de carne y hueso:
tu marido y Salvador;
pero entre un vivo y un muerto
ya no hay elección posible.

ARACELI. Claro.

(Mirando a Carlos con expresión burlona.)

¡Que te crees tú eso,
mediquito!

CARLOS. Explícate.

(Suena el teléfono.)

ARACELI. Este maldito teléfono
es el bufón de la casa.
(Se pone al aparato.)
¿Con quién hablo?
... ¡Ya!
...No puedo,
Enrique.
... Porque estoy mala.
... Sí, la cabeza, los nervios,
el corazón, los pulmones.
... ¿Conmigo? ... Carlos, el médico.
... ¿Un pelma? Pero no tanto
como tú.
... Dale recuerdos
a la sierra.
... No.
... ¿Raquel
contigo? ¡La compadezco!
... Que os divirtáis.
... Bueno, adiós.

(Cuelga el aparato.)

(A Carlos.)

Aguza, Carlos, tu ingenio.
Cabe elegir.

CARLOS. Nuevas nupcias
o viudez.

ARACELI. Ya diste en ello,
talentazo.
CARLOS. Si eso es todo...
ARACELI. No es todo; porque yo quiero,
si elijo viudez, que sea
como un matrimonio nuevo
con Alberto... Escúchame,
tú eres mi amigo; eres bueno,
inteligente; si, a ratos,
no te hablo con el respeto
que mereces, no lo achaques
a desestima.
CARLOS. Yo acepto
gustoso el oficio de
pararrayos de tus nervios,
Araceli.
ARACELI. Pues ahora
soy yo quien llama a tu afecto
fraternal; nos conocimos
de niños.
CARLOS. Verdad. Adelfos
yo también. Mi madre fué
tu nodriza.
ARACELI. Yo te ruego
que me hables de él. *(De Alberto.)*
CARLOS. Araceli,
¡qué ingrato tema!
ARACELI. Recuerdo
que fuiste tú, quien un día
me lo presentó.
CARLOS. Sí...
ARACELI. Luego,
cuando nos casamos, tú
nos abandonaste.
CARLOS. Cierto,
salí para Londres.
ARACELI. Dime,
¿lo recuerdas bien?

CARLOS. Lo veo
cerca de ti.
ARACELI. *(Con sobresalto.)*
¿Dónde?
CARLOS. *(Sonriéndose.)*
En ese
retrato.
ARACELI. ¡Bah!
CARLOS. ¡Pobre Alberto!
Sólo al pensar que pudiera
estar aquí sientes miedo,
tú, la esposa, yo, el amigo...
Araceli: Que los muertos
descansen bajo la tierra
en paz, no los evoquemos.
ARACELI. Tú no lo quisiste nunca,
¿verdad, Carlos?
CARLOS. Hubo un tiempo,
cuando estudiábamos juntos
en Berlín, que fuimos buenos
amigos.
ARACELI. ¿Después?
CARLOS. Después,
cuando os casasteis, confieso
que llegué a odiarle.
ARACELI. ¿Por qué?
CARLOS. A qué mentirte, por celos.
ARACELI. ¿Por celos?
CARLOS. Sí, por envidia
erótica, mal veneno.
ARACELI. Pero a ti te habrá curado
de esa enfermedad tu método
psicoanalítico.
CARLOS. Eso es
dar cuchillada al maestro.
Me curó. Pero es difícil
que encuentres en mí el espejo
del Alberto que tú buscas.

ARACELI. ¿Y en quién?
CARLOS. En nadie. Tu excelso
tío, el marqués, hasta ahora
es su apologista: bello,
generoso, desprendido,
era tu esposo un modelo
de señores, un romántico
todo corazón. Camelos
interesados. Tu tío...
ARACELI. Tampoco lo quiso.
CARLOS. Y muerto
lo venera. Claro está,
mientras conserve el gobierno
de tu hacienda...
ARACELI. ¿Y Rosalía?
CARLOS. Rosalía, mucho menos
te podrá decir; ¡qué sabe
la mar de sus marineros!
Si le preguntas al otro,
te dirá que era un perfecto
caballero, y para sí
dirá: un tonto.
ARACELI. ¡Pobres muertos!
CARLOS. Morir, Araceli, es irse
cada cual con su secreto.
ARACELI. Tú sabes de Alberto más
que dices, no eres sincero.
CARLOS. No, Araceli; como todos,
yo no sé más, sino menos
de lo que digo. También
pensando en él, fantaseo.
Un loco, un apasionado,
un poeta... Sí, recuerdo
haber querido explicar
lo inexplicable de un hecho
con palabras.
ARACELI. Oye, Carlos,
lo que he soñado.

CARLOS. ¡Otro sueño!

ARACELI. Breve y sencillo. Una tarde
y en este cuarto. Es invierno;
luz de Madrid, gris y plata;
en ese rincón, el fuego
encendido, como ahora,
y en este sillón, Alberto,
donde tú estás. Yo una niña,
a su lado; hastío y miedo.
De pronto, Alberto: "¿qué fué
de Carlos Montes, tu médico?",
me dice; yo le respondo:
"En Londres." "Vamos a verlo",
replica, y abre el balcón
de par en par. Londres lejos,
un Londres imaginado
y absurdo, que es un revuelto
montón de casas, y luces,
humo, barcos y un muñeco
extraño, una especie de
Neptuno con catalejos.
Alberto dice: "Allí está
cierra el balcón." Yo lo cierro;
y el sueño cambia. Otra vez
es la vereda de Adelfos,
y Alberto con su pareja
del traje cárdeno; luego
es Rosalía y el otro;
después, otra vez Alberto,
pero solo, caminando
hasta perderse en el sueño
cerca del agua. Después
suena un disparo y despierto.
Adivina, adivinanza.
¿No me explicarás?

CARLOS. No veo...
¿Pero por qué no procuras
olvidar?

ARACELI. Porque no puedo.
Ya es la razón de mi vida
el saber. Hoy mismo tengo
propósito de forzar
la indagatoria. Veremos.
Ayúdame tú.
CARLOS. ¿Yo?... Yo
¿qué tengo que ver con eso?
Allá tú.
ARACELI. ¡Hombre! No te enfades.

ESCENA III

Dichos y Pablo.

PABLO. Señora, ese caballero...
ARACELI. ¿Quién dices?
PABLO. Aquel señor...
(Haciendo ademán de llevar una carter
como Salvador.)
ARACELI. Acaba.
PABLO. Don Salvador.
ARACELI. Que pase ¡Habrá majadero!
(Por el criado.)
Apunta un dato curioso:
siempre que mengua una casa,
como en el teatro, pasa
el racionista a gracioso.
CARLOS. Lo apunto y me voy.
ARACELI. Espera.
CARLOS. Tengo que hacer.
ARACELI. Un momento
nada más y te presento
al otro.
CARLOS. ¿Al de la cartera?
Gracias.

ARACELI. ¿Que no aguardarás
un minuto, Carlos?
CARLOS. No.
ARACELI. ¿Por qué?
CARLOS. Porque aquí soy yo
el otro... que está demás.
Abur.
(Vase, saludando al salir a Montoya.)
ARACELI. Adiós.

ESCENA IV

Araceli y Salvador.

SALVADOR. Otra vez
a solas.
ARACELI. Es coincidencia
fatal, y la impertinencia
repetida candidez
arguye, porque ya no
surte efecto. Lo he llamado
para algo muy serio.
SALVADOR. Yo
para algo muy serio he entrado.
ARACELI. ¿Serio usted? No lo diría
nadie viéndole con esa
cartera al brazo.
SALVADOR. *(Con gravedad.)*
Duquesa,
esta vez no está vacía.
ARACELI. Son trucos algo triviales
los suyos, Montoya. Ahora,
si no es caja de Pandora
repleta de fieros males,
muéstreme su contenido.
SALVADOR. No todo.
ARACELI. Perfectamente.

SALVADOR... Lo que le atañe. Expediente
de Los Adelfos. Oído,
y atención. Este es el plano
de la finca.
(Saca un papel de la cartera.)
ARACELI. Lo tenemos
en casa.
SALVADOR. De eso hablaremos.
Vea usted: verdecito el llano,
porque es prado; azul el río;
amarillos los trigales;
bermejos los naranjales,
y cándido el caserío.
ARACELI. No está mal.
SALVADOR. Un ayudante
del Catastro me enseñó
a trazarlo. También yo
soy un poco delineante.
En el plano que usted tiene
no hay sombra de grano o fruta;
sólo lo que no tributa:
agua y matorral.
ARACELI. Conviene,
sin embargo, que se citen
los adelfos.
SALVADOR. Como quiera;
los arbustos de ribera
por lo general se omiten.
(Saca de la cartera un montón de papeles y va destacándolos a medida que se refiere a ellos.)
Ahora: clasificación
de las tierras. Detallado
estudio de lo labrado
y en renta. Tributación
efectiva. Campos que
pudieran fertilizarse
con riegos y triplicarse

en su valor. Lo que se
pierde por no trabajar.
Relación de mañas viejas;
otra de industrias anejas
que se pudieran crear.
Los abonos adecuados
a las tierras...

ARACELI. *(Interrumpiendo.)*
¡Salvador,
basta!

SALVADOR. Falta lo mejor.
Abrigos para el ganado.
Ya viene lo interesante.
Lo *que se debiera hacer,*
al vender o al no vender,
alternativa importante,
a dos columnas; primera:
la venta. Compra un judío,
Daniel Bernar Donadío.
Se hace una historia somera
de la raza de Israel
con todos sus herederos,
sus profetas y usureros
hasta llegar a Daniel.
En esta carpeta. Ahora
la influencia en el negocio
se estudia que tiene el socio
impelente: la señora.
Retrato de Rosalía;
lo que empuja una coqueta
unida con un profeta
se aprecia, y la plusvalía
que la finca ha de alcanzar
por otros no despreciables
factores imponderables
difíciles de anotar.
Ya ve usted que no he empleado
mal mi tiempo.

ARACELI. Puede ser.
¿Y el caso de no vender?
SALVADOR. En la columna de al lado...
ARACELI. ¡En blanco!...
SALVADOR. Para apuntar
en toda ella una sola
palabra poco española
y castiza: trabajar.
¿Qué piensa usted?
ARACELI. Le confieso
que me agrada su labor
y me conforta ese humor
regocijado y travieso;
pero...
SALVADO. Sí, que usted me llama
para oficio más ingrato
—me lo dice ese retrato
de Alberto—, que me reclama
para algo triste.
(Suena el teléfono.)
ARACELI. *(Contrariada.)*
¡Otra vez
ese pelma! Salvador,
póngase usted, por favor,
al aparato. ¡Es la pez!
SALVADOR. *(Al aparato.)*
¿Quién? Diga.
(A Araceli.)
Es el señor conde
de Montevelo.
ARACELI. ¡Ya ya!
SALVADOR. *(A Araceli.)*
¿Que quién soy yo?
ARACELI. Usted sabrá.
SALVADOR. *(A Araceli.)*
Digo ¿qué se le responde,
señora?
ARACELI. Lo que usted quiera.
SALVADOR. *(Al aparato.)*

Agente, administrador
de rentas y tasador
de inmuebles... ¿Con mi cartera?
El mismo. *(A Araceli.)*
Que salga usted.

ARACELI. *(A Salvador, en voz baja.)*
No estoy en casa.

SALVADOR. *(Al aparato.)*
... No está.
... Sin burlas... ¿Eh...? No será
tan feroche. ... Esperaré.
(Cuelga el teléfono.)
Su primo me desafía:
me propone un *match* sin guante.
Es algo bruto.

ARACELI. Bastante.

SALVADOR. Y un buen muchacho.
(Prosiguiendo su conversación.)
Decía
que entiendo cómo esta vez
soy llamado... No, llamado
no es la palabra: citado
por un mandato de juez.

ARACELI. ¡No tanto!

SALVADOR. Y humildemente,
si usted quiere interrogar,
yo me obligo a contestar
lo más verídicamente
que se pueda.

ARACELI. *(Mostrándole el retrato de Alberto.)*
Salvador,
¿lo recuerda usted?

SALVADOR. Alberto,
sí, su marido; por cierto
que él era mucho mejor
que ese retrato.

ARACELI. Lo vivo
vale más que lo pintado.

SALVADOR. Y que lo fotografiado,
que es malo en superlativo.
Si usted quiere la figura
de su marido evocar
guarde esa mala pintura
que es buena para olvidar.
¿No piensa que acaso diese
el pobre Alberto en suicida
por no encontrar en su vida
mejor retrato que ése?

ARACELI. ¿Cree usted?

SALVADOR. Que fué en cartón
toda su iconografía,
y él, acaso, la quería
pintada en un corazón.
No digo yo que así fuera,
sino que así pudo ser.

ARACELI. ¡Quién sabe!

SALVADOR. Va usted a ver
el fondo de mi cartera.
Lea usted, Araceli:
(Saca de la cartera un manuscrito.)

ARACELI. *(Leyendo.)*
"Asunto
de un drama por escribir:
Matarse por no morir
o resucitar difunto."
¡Vaya título! "*El teatro*
representa unos boscajes
en Los Adelfos. Son cuatro
y medio los personajes."
¡Cuatro y medio!

SALVADOR. Es un decir.
El medio es un confidente,
cuya misión es oír
la voz de lo subconsciente.

ARACELI. *(Leyendo.)*
"El argumento: Una dama

"se casa con un señor
"rico y bello, a quien no ama,
"porque aun no sabe de amor.
"El marido, un engolado
"entre Narciso y Don Juan,
"noble y poeta, ha soñado
"ser otro Chateaubriand;
"el grande hombre que adoran
"las duquesas de rodillas,
"y cuyo favor imploran
"las bellas, siempre en cuclillas.
"El en sus sueños fracasa
"porque la propia mujer,
"la bella que tiene en casa,
"no se digna comprender."

SALVADOR. *(Interrumpiéndola.)*
Quizá el medio personaje
—perdón—, traidor inocente,
turbó un poco aquel menaje
psicoanalíticamente.
Tome nota, que esta vez,
el autor
habla al público y al juez.

ARACELI. Explíqueme, Salvador.

SALVADOR. Siga, siga.

ARACELI. "Rosalía
"viene a complicar la trama..."

SALVADOR. *(Explicando.)*
Es el diablejo que lía
y mueve y anima el drama.

ARACELI. "Se propone echar el guante
"al grande hombre ignorado;
"como el empeño es bastante
"sencillo, lo ve logrado.
"De ella también es el fuerte
"la romántica pasión,
"razones del corazón,
"amor que vence a la muerte...

"Ella también es modelo
"de amantes... Una coqueta
"es espejo y espejuelo,
"y toda red, toda anzuelo,
"si es algo pez su poeta."
(Dejando de leer y muy disgustada.)
Salvador, guarde el boceto,
de ese estúpido dramón.
Arguye poco respeto...
al arte de Calderón
tanta bufonada y tanto
mal gusto que hace reír
con los motivos del llanto.

SALVADOR. Siga.

ARACELI. No quiero seguir.
(Indignada.)
Me apesta el pirandelismo.
Ya se acabó la lectura.

SALVADOR. Queda la cuarta figura.

ARACELI. Si es usted, hable usted mismo,
pero sin burlas; no es dado
hacer chistes so color
de un hombre que se ha matado
—aprenda usted—por amor.
El Alberto que yo quiero
conocer no es un fingido
personaje, es mi marido,
que fué un hombre verdadero.

SALVADOR. Y, sin embargo, usté ignora
quién era ese hombre.

ARACELI. Sí.

SALVADOR. Usted que fué su señora,
y ¡me lo pregunta a mí!

ARACELI. Pues hable de Rosalía,
con verdad, esa mujer
del infierno algo tendría,
algo tiene que tener
que yo no tengo: hermosura,

ángel, gracia, garabato,
perversidad, travesura,
un cierto imán en el trato...
Usted lo sabrá. No cabe
para el caso juez mejor
que usted. Si usted no lo sabe
¿quién lo sabrá, Salvador?

SALVADOR. ¿Y usted no la ha conocido
ha tiempo?

ARACELI. De colegiala,
de niña.

SALVADOR. ¿Y ya dió al olvido
cómo era?

ARACELI. Perversa, mala;
mas con maldad infantil
que no explica...

SALVADOR. Lo comprendo.
¿Y si, ahora, yo la defiendo?

ARACELI. Diré que es usted tan vil
como ella.

SALVADOR. Pues doblemos
la página y a otra cosa.
¿Ve usted? No nos entendemos.

ARACELI. ¿Por qué?

SALVADOR. Porque usted, curiosa,
pregunta...

ARACELI. Curiosidad
muy justa.

SALVADOR. Y, al fin, mujer,
todo lo quiere saber,
todo, menos la verdad.
Usted tiene ya forjada
la historia en su fantasía
de Alberto y de Rosalía.
Es la leyenda dorada
de los celos. Siempre son
los amores de los otros,

con celos, los que en nosotros
despiertan más ilusión.
A Alberto, a su pobre Alberto,
que en vida le importó nada,
lo ama usted después de muerto,
a causa de esa endiablada
mujer que es su pesadilla.
Alberto tuvo que ser
un Abelardo, un Marsilla;
ella, el propio Lucifer.
Y porque yo he señalado
cuanto su esposo de huero
tenía y de trasnochado
y de ella todo el pecado:
rendirse a un amor ligero,
me insulta. Sí, usted espera
que vuelva Alberto a la vida,
y es ver lo que usted quisiera
si por usted se suicida.

ARACELI. Muy mala soy, Salvador.
Y usted, el aprovechado
parásito del amor,
que, sin amar, es amado;
¿qué es usted?

SALVADOR. ¿Yo?... El que se va

ARACELI. ¡Montoya!

SALVADOR. Porque me ha puesto
de mal humor.

ARACELI. Bien está.
Váyase, sí, lo detesto.

SALVADOR. Duquesa...
(Saludando y recogiendo la cartera.)

ARACELI. Adiós... Óigame.

SALVADOR. Usted dirá.

ARACELI. El expediente
se queda aquí.

SALVADOR. ¿Para qué?

ARACELI. Curiosidad solamente...
O lléveselo.
(Con mal humor.)

ESCENA V

Dichos y Pablo.

PABLO. Señora.
ARACELI. Pablo.
PABLO. ¿Si puede pasar
la señora de Bernar?
(Con malicia.)
ARACELI. *(Con decisión.)*
Que pase al momento.
(Vase Pablo.)
Ahora
yo no lo voy a esconder
a usted y, al salir de aquí,
ella lo tiene que ver.
Pues siéntese usted ahí.
(Señalando un sillón enfrente de la mesa.)
SALVADOR. ¡Araceli!
ARACELI. ¡Salvador!
SALVADOR. Me asigna un papel grotesco.
ARACELI. No; para un hombre tan fresco,
como es usted, el mejor.

ESCENA VI

Araceli, Salvador y Rosalía.

ROSALÍA. Araceli... ¡Ah!...
(Reparando en Salvador.)
Caballero...
¿Estorbo?

SALVADOR. No.
ARACELI. ¿Qué supones?
¿Qué temes?
ROSALÍA. ¿Yo? Nada. Espero...
ARACELI. Te suplico que perdones
el haberte hecho venir
y el recibirte en presencia
de... Salvador. En conciencia,
te lo he debido advertir.
Perdóname.
ROSALÍA. No... Si yo,
desde que lo vi aquel día
entrar aquí, ya debía
sospechar... ¿Es cierto?
ARACELI. No.
ROSALÍA En fin, ¿qué quieres de mí?
Supongo que tu llamada...
ARACELI. ¿Es tuya esta letra?
(Enseñándole la carta de Alberto.)
ROSALÍA. Sí.
Ya lo sabes todo.
ARACELI. Nada.
ROSALÍA. ¿Cómo nada?
ARACELI. Escúchame
tranquila. No voy a hacerte
reproches, ni a convencerte
de culpas. Las perdoné
si las hubo. El corazón
no delinque. No hay sanciones
para el amor. Las pasiones
desafían la razón.
Conformes. Vuestro pecado
lo fué sólo para mí,
y yo lo absuelvo—cuidado—
con una condición.
ROSALÍA. Di.
ARACELI. ¿Quién era Alberto?
ROSALÍA. ¡Quién era

Alberto!
(Con asombro ante la pregunta.)

SALVADOR. Sí, Rosalía.
ROSALÍA. Mas tú...
ARACELI. Si yo lo supiera
no te lo preguntaría.
No temas. No queda en mí
rencor; es curiosidad
solamente. La verdad:
¿quién fué Alberto para ti?
ROSALÍA. Yo nunca pensé que fuese
más que un amigo. No sé
como sucedió lo que...,
lo que...
ARACELI. Lo que sucediese,
Rosalía. No te pido
la relación detallada
del caso. Ni mi marido,
ni tú, me importabais nada
cuando ocurrió vuestra historia;
pero esa historia acabó
con un suceso que no
se aparta de mi memoria
ni logro representarme
claro tampoco. Es lo cierto
que yo no conocí a Alberto,
y ustedes van a ayudarme
a recordarlo, de suerte
que yo sepa cómo fué
en la vida el hombre que
se me reveló en la muerte.
¿Tú crees que se mató
por ti?
ROSALÍA. ¡Así no lo creyera!
ARACELI. Hay quien supone que no.
ROSALÍA. Ojalá lo supusiera
con razón. ¿Y quién es?
SALVADOR. Yo.

ROSALÍA. ¿Usted, que en este proceso
es el juez adjunto?
SALVADOR. Punto.
Yo, como usted, estoy preso,
complicado en el asunto.
Pero es tan bueno esta vez
nuestro juez, que no pretende
condenar; un juez que entiende
nada más es este juez.
ARACELI. Exacto. Nada te obliga.
(Rompe las cartas y las echa al fuego.)
Ya ves.
ROSALÍA. Ah, ¡qué buena eres!
¡Siempre lo fuiste! ¿Y qué quieres
ahora que yo te diga?
ARACELI. ¿Tú amaste a Alberto?
ROSALÍA. Pensé
amarlo.
ARACELI. ¿Y te equivocaste,
y por eso lo engañaste
con... el otro?
ROSALÍA. Lo dejé
sencillamente. Yo no
me he solido equivocar,
ni engaño; no sé engañar.
ARACELI. ¿Fué Alberto quien se engañó?
ROSALÍA. Tampoco. Él me deseaba
tan mala como yo era.
Recuerdo que me llamaba
—perdona—su Petenera.
ARACELI. ¿La perdición de los hombres?
ROSALÍA. Justo. En las coplas vulgares
buscaba ejemplos y nombres.
Gustaba de esos cantares
donde se pulsa el bordón
de la muerte; y un relato
de amores de perdición

acompañan a rebato,
campanas del corazón.
(A Araceli, que mira el retrato de Alberto.)
Deja esa fotografía.
No es Alberto. El no sabía
posar para retratarse;
tu calumniado Narciso
ni pretendía mirarse
al espejo: sólo quiso
espejo donde borrarse.
El que se quiere perder
—recuerdo que me decía—
busca siempre a la mujer.
Gracias, Petenera mía.
Era humilde, a su manera,
mi pobre Alberto. ¿Y el tuyo,
Araceli?

ARACELI. El mío era
desdén, frialdad, orgullo.
¡Ya ves! ¿Y usted, Salvador,
qué dice ahora?

SALVADOR. Que es raro
el asunto y no veo claro.
Pregúntele a su doctor.
Hace falta mucha ciencia
para poder descubrir
cómo se llega a morir.
A mí me falta experiencia
y vocación. Si algún día
lo averiguo, volveré
para explicárselo a usted;
entretanto...

ARACELI. Rosalía,
¿fué Alberto quien te buscó?

ROSALÍA. Acaso...

ARACELI. Mas tú también...

ROSALÍA. ¡Quién sabe! En amores no
preguntes quién busca a quién.

ARACELI. Tú, de niña, ya esperabas
un amante.
ROSALÍA. Mi destino
veía.
ARACELI. ¿Lo adivinabas?
ROSALÍA. ¡Claro! Y ya ves cómo vino.
Dicen que todo es casual
en amor. Tirso asegura
que amor todo es coyuntura.
Yo digo: todo es fatal.
¿Recuerdas? Me conociste
de niña, de colegiala.
Ya, por entonces, tú fuiste
la buena; yo era la mala.
Araceli y Rosalía,
dos capullos de mujer.
De Araceli se decía:
¡qué noble esposa ha de ser!
De Rosalía: no es bella,
pero es traviesa, inquietante
y sugestiva. ¡Qué amante
tan deliciosa hay en ella!
Así, de niña, veía
la suerte que me esperaba,
todo el mundo me quería
al par que me despreciaba.
Yo he sido fiel a mi sino;
que es un modo de elegir,
acaso el mejor, seguir
hacia adelante el camino.
Perdona, pues, si no puedo
llegar a ti atribulada,
llena de vergüenza y miedo.
No es mi estilo.
ARACELI. Tu mirada
me da frío. Eres cruel.
ROSALÍA. Yo, Araceli...

ARACELI. El te quería;
tú fuiste mala con él.
ROSALÍA. Le di cuanto me pedía.
Y tú, Araceli, ¿tú has sido
fiel a tu horóscopo? Di.
Alberto fué tu marido;
¿por qué se mató por mí?
¿Fuiste, acaso, la mujer
dulce, maternal, piadosa;
fuiste su esposa, la esposa
que yo no podía ser?
Di, Araceli.
ARACELI. ¿El no te habló
nunca de mí?
ROSALÍA. Nunca hablaba
de ti.
ARACELI. ¡Nunca!
ROSALÍA. Cuando yo
alguna vez te nombraba,
su cara se ensombrecía,
en su ceño
se veía
como un esfuerzo que hacía
para despertar de un sueño.
ARACELI. ¿No les asaltó el temor
de la tragedia jamás,
Rosalía, Salvador?
SALVADOR. *(Resueltamente.)*
A mí, no.
ARACELI. ¿Y a ti?
ROSALÍA. *(Con vacilación.)*
Quizás.
ARACELI. ¿No estás segura?
ROSALÍA. No estoy
segura. Probablemente
es en el espejo de hoy
donde veo claramente

el ayer. Alberto era,
cuando me encontró, un suicida.

ARACELI. ¿Tú fuiste el arma homicida
que eligió?

ROSALÍA. Su Petenera;
justo.

(Pausa larga. Todos se miran y callan un momento, hasta que Salvador rompe el silencio.)

SALVADOR. Se acabó el careo
y estamos demás los dos.

ROSALÍA. Sí.
(A Salvador en voz baja.)
Ven conmigo, deseo
hablarte.

SALVADOR. *(A Araceli.)*
Señora, adiós.
(Cogiendo la cartera y el sombrero.)

ARACELI. Usted no.
Tú, Rosalía,
si te llamo...

ROSALÍA. ¿Todavía
necesitarás de mí?
(A Salvador, que ha dejado de nuevo su cartera y sombrero en la mesa.)
Yo creí que usted saldría
conmigo.

SALVADOR. Pues no es así.
(Vase Rosalía.)

ESCENA VII

Araceli y Salvador.

ARACELI. Montoya...

SALVADOR. Mando.

ARACELI. ¿A qué hora
sale el tren de Andalucía?
SALVADOR. Hay varios trenes, señora.
Puede tomar todavía
el correo.
ARACELI. ¿No hay exprés?
SALVADOR. Sí, pero no se detiene
en Los Adelfos; no es
el tren que a usted le conviene.
ARACELI. ¿Supone usted...?
SALVADOR. Que usted va
a Los Adelfos buscando
a quien acompaña ya.
ARACELI. ¿Y usted?
SALVADOR. Estaba dudando
si a Chile o al Canadá.
Los negocios...
ARACELI. ¡Ah! Por cierto
que ya tenía olvidado...
SALVADOR. ¿Qué?
ARACELI. Que estoy en descubierto
con usted por lo actuado
hasta ahora.
SALVADOR. No hay que hablar
del asunto.
ARACELI. De ese modo...
SALVADOR. Quien no lo supo ganar
todo, que lo pierda todo.
Señora duquesa, adiós.
ARACELI. ¡Señora duquesa!...
SALVADOR. Aquí
ya está Alberto entre los dos;
se impone el respeto. Si
asuntos de mi carrera
lo exigen, vendré algún día...
Ahora, se quedó vacía
y hay que llenar la cartera.

Adiós.
(Con firmeza.)

ARACELI. *(Después de vacilar un momento.)*
Adiós.
(Vase Salvador.)
(Araceli, sola, se encamina un momento hacia la puerta; después vuelve al centro de la escena, mira al retrato de Alberto y expresa con un gesto de angustia que el retrato no le recuerda a su esposo. Luego mira al fuego encendido y a la ventana iluminada por el crepúsculo de invierno.)
¡Esta hora!...
(Quiere decir: esta fué la hora del suicidio de Alberto y esta la hora también evocada en el sueño.)
¿Qué? ¿Quién?
(Araceli ha creído oír su nombre.)
(Con angustia.)
Voy.
¡Pablo!
(Llamando al criado, al ver que nadie le responde.)

ESCENA VIII

Araceli y Pablo.

PABLO. *(Apareciendo en la puerta.)*
Señora duquesa.

ARACELI. ¿Vino mi tío?
(Esta pregunta acusa un deseo de explicarse su alucinación.)

PABLO. No.

ARACELI. *(Con acongojada extrañeza.)*
¿Quién habló?

PABLO. *(Sorprendido.)* ¿Cuándo?
ARACELI. Ahora.
PABLO. Nadie. Estoy solo.
ARACELI. ¡Dios mío!
(Pausa larga, después con decisión.)
¡Pablo!
PABLO. Señora.
ARACELI. Esta noche
nos vamos a Andalucía.
Di que preparen el coche
de viaje.
PABLO. Como hacía
el señor duque.
ARACELI. ¿Él también
ordenaba de repente
la marcha?
PABLO. O tomaba el tren
sin avisar a la gente
de la finca. Él caía bien
dondequiera que llegaba.
ARACELI. ¿Lo querían?
PABLO. ¡A perder!
¡Si sólo con lo que él daba...!
Vuecencia había de ver,
como los he visto yo,
hombres muy hombres llorando
como unos chiquillos cuando
el señor duque murió.
Si hubo quien después de verlo
muerto no se convencía...
¿Qué digo? ¡Si todavía
hay quien no quiere creerlo!...
Soñaba el ciego que veía...
ARACELI. Soñaba...
PABLO. Perdón, señora
duquesa... Pero he oído...
ARACELI. ¿Qué?

PABLO. Que se habían vendido
Los Adelfos.

ARACELI. ¡Pues ahora
responde tú ¡que han mentido!

TELON RAPIDO

ACTO TERCERO

La escena representa una glorieta de la gran finca Los Adelfos, en Alcolea (Córdoba). Se ven tres macizos de adelfas en flor, rosas y blancas. Uno de los macizos está en medio del arco que debe formar la glorieta sobre el suelo. Este arco se entiende que está en sentido contrario al que forma la sala de los espectadores y como abarcando ésta. Entre el macizo central y los otros dos laterales, derecha e izquierda, se ven dos sendas, ambas perfectamente practicables. La senda de la izquierda del espectador debe ser tortuosa y sombría, quedando un poco cerrada—aunque siempre practicable—por el entrelazado de las ramas de las adelfas de uno y otro lado a una altura mayor que la del actor. La senda de la derecha se pierde alegremente hacia la casa, que debe estar algo alejada. Por encima del macizo de adelfas de la derecha del espectador se eleva un soberbio eucalipto, que se interpone entre la casa.

El horizonte de esta decoración debe estar muchísimo más alto de lo que acostumbran a ponerlo los pintores escenógrafos. Por encima de los macizos de adelfas ya citados se debe ver una gran extensión de campo—toda ella pintada en la decoración del fondo—con el adelfar, que se pierde a lo lejos, acompañando siempre la cinta de plata del río, y diseminados aquí y allá pueblecillos de la campiña de Córdoba. A la derecha del espectador, y ocupando próximamente el tercio de la decoración del fondo, se verá la casa—no de frente—, con grandes ven-

tanas, que en el momento de llegar la noche deben iluminarse. El cielo en ese momento debe tener un color azul oscuro muy intenso y en él brillar las estrellas. Es una noche de pleno verano. Como es precisamente la noche de San Juan, se deben ver brillar las tradicionales hogueras, diseminadas por el campo. Finalmente, sobre el macizo de la izquierda se verá un trozo de laguna, misterioso y sombrío. En el fondo de esta glorieta, y hacia la izquierda, se pondrá un banco.

ESCENA PRIMERA

La escena permanece durante algún tiempo sola, recordando al espectador el sitio y la hora en que, allí mismo, junto a aquel banco, se mató Alberto. Don Agustín y Carlos vienen del brazo por la senda de adelfas, paseando y hablando. Al llegar, hay todavía otro silencio, que rompe Carlos.

CARLOS. ¿Aquí?
(Fijándose en la glorieta y señalando al banco de la izquierda.)
D. AGUSTÍN. Aquí. Siempre te tuve
por inteligente..., pero
¿cómo lo has adivinado?
CARLOS. Marqués, cien veces lo menos
le oí describir a usted
la hora, el sitio y el hecho.
D. AGUSTÍN. ¡Claro! Lo tengo tan fijo
que, sin querer...
CARLOS. Por supuesto
pasará usted por aquí
tanto...
D. AGUSTÍN. ¿Quién? ¿Yo? ¡No por cierto!
¿A qué renovar?... No, no.
No paso, doy un rodeo
siempre que... Es ella la que,

cuando llega este momento,
viene aquí todas las tardes.

CARLOS. ¡Ah, ya!...

D. AGUSTÍN. Sin falta. Por eso
te he traído. Tú la encuentras
como el que está de paseo
por la finca... recordando...

CARLOS. Muy bien.

D. AGUSTÍN. Los antiguos tiempos,
entretenido y sin prisa
por verla a ella. Con eso
pensará que es el amigo,
¿has comprendido?, no el médico
el que viene a visitarla.
Charlando, observas su aspecto.
Al darle la mano notas
si hay fiebre.

CARLOS. Bien.

D. AGUSTÍN. Por supuesto,
todo sin que se percate
de nada, ¿vas comprendiendo?

CARLOS. Es usted el hábil político
de siempre.

D. AGUSTÍN. Sabe por viejo
el diablo... Claro, después,
si es preciso, pero luego,
ya puedes tomarle el pulso,
auscultarla y... si, en efecto,
encuentras que el mal pudiera
ser grave... se llama a un médico.

CARLOS. ¡Bravo!

D. AGUSTÍN. Algún especialista
eminente. Yo no tengo
en el mundo más que a ella,
y no podré, si la pierdo,
vivir.

CARLOS. ¡Es claro!... Acudamos
entonces a lo primero.

D. AGUSTÍN. Eso. No hablemos de mí,
sino de ella.
CARLOS. Bien. Sentémonos.
(Hace intención de sentarse en el banco.)
D. AGUSTÍN. ¡Aquí no, aquí no!... Si acaso
aquí.
CARLOS. Es lo mismo. ¡Ah, ya! Bueno.
¿Qué nota usted en Araceli
concretamente?
D. AGUSTÍN. La veo
triste, demacrada, pálida,
como si un dolor interno
o una obsesión... No me gusta,
Carlos; estoy muy inquieto.
¿Qué piensas tú?
CARLOS. Por las señas
no es el amigo ni el médico
quien la salvará. ¿No piensa
en casarse?
D. AGUSTÍN. *(Muy convencido.)*
Nada de eso;
ella es fiel a la memoria
de nuestro llorado Alberto,
demasiado fiel.
CARLOS. Y usted
tiene mucha culpa en ello;
quiera Dios que no le pese.
D. AGUSTÍN. Oye tú, que yo no... Bueno,
a mí me parece bien
que ella adore su recuerdo,
¡porque hombres como aquel hombre...!
CARLOS. Sí, sí, ya, conformes.
D. AGUSTÍN. Pero
de eso a enterrarse aquí en vida...
Ya tú ves, el veraneo
va a comenzar.
CARLOS. ¡Ah, diablo!
Me ha llamado usted por eso.

D. AGUSTÍN. Hombre, ¡no! Quisiera yo
que, sin llegar al extremo
de casarse otra vez, ella
se distrajera a lo menos.
Sobre todo que saliese
de aquí. Y no perdono medio.
Ayer le avisé a Bernar
a Córdoba. De momento
él ha enviado por delante
a su hija Raquel, sabiendo
que es persona grata. No
es nada tonto el banquero.
Ella está ahí con Araceli
y con Enrique. Si al menos
él la divirtiera con
sus tonterías. Pero ni eso...

CARLOS. ¿No ha venido por aquí
un joven, un caballero...
Montoya?

D. AGUSTÍN. No, ¿quién? ¡Ni falta!
¿El fantástico sujeto
de la cartera? Si desde
que estuvo en casa yo observo
el malestar de Araceli
y su afán por Los Adelfos.

CARLOS. ¿Fué desde que estuvo o desde
que se fué cuando usted ha hecho
esa observación?

D. AGUSTÍN. ¿Qué quieres
decir? ¡Estaría bueno
que mi sobrina...!

CARLOS. No digo
nada. Preguntas de médico
in partibus.

D. AGUSTÍN. Un pelgar,
un quídam...

CARLOS. No hay nada de eso.

¿En qué mundo vive usted?
¿No lee siquiera?

D. AGUSTÍN. *(Amoscado.)*
No leo...

CARLOS. Ese Salvador Montoya
es hoy el héroe del vuelo
Madrid-Singapur. El amo
de un ferrocarril eléctrico
en Aragón. Propietario
de saltos de agua en el Bierzo,
y condueño, con Bernar,
de unas minas, no recuerdo
el punto fijo, aquí cerca.
Pregunte usted por el crédito
y el capital de Montoya.

D. AGUSTÍN. ¡Por lo visto, un gran talento.
práctico!
(Con un principio de admiración a Montoya.)

CARLOS. Un gran capitán
de industrias a lo moderno.

D. AGUSTÍN. Bueno, bien... En todo caso,
lo seguro es que no ha vuelto
y que olvidamos el tema
principal.

CARLOS. ¿Cuál?

D. AGUSTÍN. Tu consejo
a Araceli: a todo trance
hay que vender Los Adelfos.
Aquí hay algo que la mata
y a todos. Yo te confieso
que vivo apesadumbrado
aquí, azorado e inquieto.
Siempre que miro a ese banco
y a esa vereda...
(Señalando.)

CARLOS. Comprendo.

D. AGUSTÍN. *(Con sobresalto.)*
¿Oyes? Pasos... ¡Ah! Araceli
(Tranquilizándose.)
con Raquel y ese mastuerzo.
(Por Enrique.)

ESCENA II

Dichos, Araceli, Raquel, Enrique.

ARACELI. ¡No es posible!
(Contemplando a Carlos con fingido asombro.)
CARLOS. Sí es posible.
ARACELI. ¿Quién te ha llamado?
ENRIQUE. ¡Hola, médico!
D. AGUSTÍN. Yo te aseguro, Araceli...
ARACELI. De eso tratas, ya lo creo,
de asegurarme la vida.
(Dirigiéndose al médico.)
¿Cómo me encuentras?...
CARLOS. Te encuentro.
No vengo a ver, sino a verte.
ARACELI. Galantísimo galeno,
¿y eso no se te ha ocurrido
en los seis meses y medio
que llevo aquí? Ya era hora...
¡En fin, qué más da! Agradezco
tu visita.
CARLOS. Raquel.
(Saludándola.)
RAQUEL. Carlos
(Saludándole.)
ARACELI. Te quedarás, por supuesto,
unos días. Tío Agustín...
RAQUEL. *(Aparte a Carlos y con vivo interés.)*
No sabe lo que me alegro
de verle aquí. Es necesario

que entre todos la salvemos.
Mírela usted.

CARLOS. Usted cuenta
conmigo.

RAQUEL. Gracias. La quiero
como a una hermana; yo soy
así: o adoro o detesto.
Ayúdeme usted a que salga
de aquí.

D. AGUSTÍN. *(En su conversación con Araceli.)*
Habitación...

RAQUEL. *(A Carlos.)*
No es eso
todo.

CARLOS. Sin embargo...

RAQUEL. Sí,
pero el mal está muy dentro.

CARLOS. *(A Araceli.)*
¿No quieres saber noticias
de la corte?

ARACELI. No apetezco
saber nada. Vivo así
tranquila, es decir, me siento
ajena a todo, alejada...;
ésa es la palabra, lejos.

CARLOS. Pero lejos... de la vida.

ARACELI. Después de todo, ¿qué es eso...
la vida?...

CARLOS. El único bien,
Araceli, que tenemos.

D. AGUSTÍN. ¡Te parece!

ARACELI. ¿Un bien?... ¿Un mal?...

D. AGUSTÍN. Sobrina, no te consiento
que hables así. Se diría
que quieres morir.

ARACELI. No quiero
morir... ni vivir.

D. AGUSTÍN. Me voy

por no oírte. No es por eso;
voy a mandar que preparen
habitación y cubierto
a este mozo. ¿Has visto?
(A Carlos.)

CARLOS. He visto.
D. AGUSTÍN. Si sigue aquí...
CARLOS. Sí.
D. AGUSTÍN. Hasta luego.

ESCENA III

Dichos, menos Don Agustín.

CARLOS. No te conozco, Araceli.
ARACELI. Ya. Desde que no nos vemos...
Además, los caracteres
sostenidos son un hecho
en el teatro; en la vida
el asunto es más complejo.
CARLOS. Escúchame... Es el amigo,
el hermano. Lo primero,
lo necesario, lo urgente
es salir de aquí.
ARACELI. No quiero.
Tal vez no puedo... Dejadme...
CARLOS. No. ¡Es absurdo!
ARACELI. No lo niego,
pero me domina el vicio
de respirar los adelfos.
RAQUEL. Venenosos.
ARACELI. ¿Quién distingue
de medicina a veneno?...
Además... Ya yo he luchado
también... A veces protesto
caprichosa de este halago,
de este como abrazo lento
de la soledad que al fin

me rinde. Sí, hay, en efecto,
algo aquí que me sujeta
que me absorbe, un sortilegio...
¡Qué cara pones, Enrique,
de bobo!

ENRIQUE. Porque me acuerdo
de lo que a mí me gustaban
los cuentos de encantamiento
cuando era chico.

ARACELI. Pues algo
así debe de ser esto.
El caso es que me separa
de la vida por completo,
y me acerca a otras regiones
imaginarias... Un miedo
y una esperanza se mezclan
en mi espíritu... No puedo
resistir a su atractivo,
aunque quisiera..., ni quiero.
Yo desearía explicarlo
gráficamente, y no acierto.
Es como el cielo en el fondo
de un pozo, vamos, un cielo
enterrado, que me diera
a la par descanso y vértigo.

CARLOS. Es la fiebre, el conceptuoso
galimatías enfermo
del delirio.

ARACELI. Vaya, vaya...

CARLOS. Tú, Enrique, ¿qué piensas?

ENRIQUE. Pienso
en largarme. Para mí
es muy sutil todo eso,
me hago un taco. Yo la vida
puedo perderla en un vuelco
a ciento veinte por hora,
pero la quiero, la quiero
la mar. ¡Cómo estará ahora,

tú, París, con el gran premio!
Montoya me ha prometido
llevarme de pasajero
en su avioneta.

RAQUEL. ¡Cuidado!

ENRIQUE. Con él de aquí allá en un vuelo.

RAQUEL. Ahora que no es tu enemigo...

ENRIQUE. Cállate, que aun me avergüenzo.
Verdad que las amistades
buenas empiezan riñendo...

ARACELI. ¿Riñendo?...

ENRIQUE. La tarde aquella
que me habló por el teléfono
de tu casa. Le esperé y...

ARACELI. Es un falso, un embustero.
Me prometió no reñir
contigo.

ENRIQUE. Y trató de hacerlo
así. Pero yo, que soy
mucho más bruto, aunque menos
fuerte, me empeñé y luchamos...
hasta que me dió un directo
impecable a la barbilla
y me dejó satisfecho
y *knock-out*.

RAQUEL. ¡Pobre Enrique!

ARACELI. En qué situación me has puesto
con... el otro.

ENRIQUE. ¡Yo!

ARACELI. Sí. ¡Tú!

ENRIQUE. ¿Con Montoya?

RAQUEL. *(Interviniendo.)*
No lo creo,
Araceli.

ARACELI. ¿Es que tenías
tú el más mínimo derecho?...

ENRIQUE. De sobra sabe él que no.
¡Pues no entiende poco de eso

también! El me hizo ver claro
que yo para ti no puedo
ser más que un primo... en el buen
sentido... Además, y eso
hace que mi plancha fuera
doble, Montoya no ha vuelto.

ARACELI. No ha vuelto, no, imbécil. ¿Para
qué iba a volver?

ENRIQUE. Ya lo veo,
y con lo cerca que anda
de aquí. En fin, lo que hoy yo siento
es que mis celos de entonces
no hubieran salido ciertos.

RAQUEL. ¿De veras?

ENRIQUE. ¿Cómo de veras?
¿Sé yo mentir?

RAQUEL. ¡Choca!

ENRIQUE. Bueno...

ARACELI. No quiero que se hable más
de ese hombre. ¡Lo aborrezco!

ENRIQUE. ¡Araceli!...
(Queriendo defender a Salvador.)

RAQUEL. *(Aparte a Enrique.)*
¡Calla, bobo!

ARACELI. *(A Raquel.)*
Ya sé que ahora de acuerdo
anda con tu padre en varios
negocios.

RAQUEL. Y todos buenos.

ARACELI. ¿Para quién?

RAQUEL. Para mi padre.

ARACELI. Acaso no es el dinero
lo que le interesa, acaso...
(Con cierta sospecha por Rosalía.)

RAQUEL. No. No. Duquesa... comprendo
por dónde va, y desde ahora
le digo a usted que no es cierto
lo que supone. Al contrario,

gracias a él... Yo le debo
una gratitud sincera
porque...

ARACELI. ¿Por qué?

RAQUEL. Ya hablaremos.
Ahora mientras se hace hora
de comer doy un paseo
en "auto".

ARACELI. ¿Adónde?

RAQUEL. Es cuestión
de media hora. A estos pueblos
a ver los preparativos
que en todos se están haciendo
para esta noche: ¡la noche
de San Juan! Venga

ARACELI. No puedo.
Ya sabes que tengo gente.

RAQUEL. ¿A quién espera?

ARACELI. No espero
más que a tus padres.

RAQUEL. *(Rectificando.)* Mi padre
y Rosalía.

ARACELI. Sí... Un beso.

RAQUEL. ¿Y a nadie más?

ARACELI. No, no. A nadie.

RAQUEL. Hasta lueguito.

ARACELI. Hasta luego.

ENRIQUE. *(A Raquel.)*
Te acompaño.

RAQUEL. No.

ENRIQUE. Sí.

RAQUEL. No.

ENRIQUE. ¡Sí, sí!

RAQUEL. Yo conduzco.

ENRIQUE. Bueno,
me vas a estrellar.

RAQUEL. Te aguantas.

ENRIQUE. ¡Claro!

RAQUEL. Obedece.
ENRIQUE. Obedezco.
(Se van.)

ESCENA IV

Araceli y Carlos.

CARLOS. Y ahora... ¿Por qué me has llamado?
ARACELI. Porque necesito...
CARLOS. ¿Al médico
o al amigo?
ARACELI. A los tres.
CARLOS. ¿Cómo?
ARACELI. Quizás también al enfermo.
¿Tú cómo estás?
CARLOS. ¿Yo? Mejor
que nunca.
ARACELI. Señor galeno,
la mano...; el pulso, doctor.
CARLOS. ¿Qué notas?
ARACELI. Cierto temblor.
Mediquito, no estás bueno.
CARLOS. Yo, Araceli...
ARACELI. Puede ser
tu mal en lo subconsciente,
y eso lo vamos a ver
psicoanalíticamente.
¿De sueños?
CARLOS. Nada anormal.
ARACELI. ¿Pasas toda de un tirón
la noche?
CARLOS. Como un lirón
durmiendo.
ARACELI. No es natural.
No estás bueno.
CARLOS. Yo...

ARACELI. Las señas
son mortales. Tú investigas
de tus clientes y amigas
los sueños, pero no sueñas
con esos sueños.

CARLOS. No.

ARACELI. Y di,
¿hay derecho a analizar
sueños sin saber soñar?
Respóndeme.

CARLOS. Tal vez sí.

ARACELI. Explícamelo.

CARLOS. La ciencia,
Araceli, es experiencia
y observación de lo ajeno.

ARACELI. Pues tú me dijiste un día
que no era en psicología
eso verdad. No estás bueno,
créeme, Carlos; te flaquea
la memoria.

CARLOS. No es extraño,
fumo un horror...
(Tira el cigarrillo.)

ARACELI. Pues el daño
que empieza por la azotea
para un doctor es fatal.
No quisiera preocuparte,
pero... tienes que cuidarte;
mediquito, tú estás mal.
Siéntate. Hablemos, y no
te asombre mucho si, ahora,
soy la que pregunta yo,
pregunta quién más ignora;
¿no es cierto?

CARLOS. No te creía
tan maestra en ironía;
porque el fingir ignorar
para averiguar después,

ciencia socrática es.
No es de tontos preguntar.
Pregunta pues, que decimos
los sabios.

ARACELI. ¿Qué tiempo va
desde que nos conocimos?

CARLOS. Mucho..., es decir..., algo ya;
casi desde que nacimos.
Tu madre, una santa, aquí
te dió a luz, cuando tenía
yo seis meses; yo nací
también en esa alquería.
Eran administradores
vuestros mis padres, al par
que medianos labradores
de otras tierras de olivar.

ARACELI. Lo sé. Pero ¿cómo fué
que, niños, juntos vivimos
y como hermanos crecimos,
Carlos?

CARLOS. Te lo explicaré.
Tu noble padre quería
que tu madre te criara
a toda costa; él decía,
con Fray Luis: madre avara
de sí misma que hurta el pecho
al hijo, debe perder
hasta de madre el derecho.
Ella bien quería ser
madre perfecta y te daba
su pecho; pero enfermó
al par que se desmedraba
su Araceli. Se buscó
con atropellada urgencia
un ama en la serranía;
la propia salud venía
para criarte. Apariencia
nada más. Se trajo, luego,

otra nodriza de Osuna,
y otra, más tarde, de Priego,
y tantas con tal fortuna,
que fué poco Andalucía
trocada en ubre a nutrir
la muñeca que tenía
la voluntad de morir.
¿Cómo fué el milagro? Un día
en que tu madre lloraba,
la mía te arrebató
a tu nodriza, a quien dió
el niño que ella criaba,
ya robusto, y que era yo.
Fué trueque santo. Natura,
sabia o loca, dió en hacer
su más perfecta criatura
en un botón de mujer.
Yo, con dos madres crecía,
que eran la tuya y la mía,
pues de tu madre hizo Dios
que, porque tuya no fuera
tanto como ella quisiera,
lo fuese para los dos.
Tal es el firme cimiento
de nuestra fraternidad,
Araceli.

ARACELI. Siga el cuento.
CARLOS. ¿Te gusta?
ARACELI. Por ser verdad.
CARLOS. Hasta aquí nuestra prehistoria;
es decir, lo que tenemos
de oídas en la memoria...
ARACELI. Ahora de lo que podemos
recordar...
CARLOS. Pregúntame
lo que quieras.
ARACELI. ¿Cómo fué
que el hermano puso tierra

por medio, me abandonó
y ni una letra escribió
más tarde desde Inglaterra?
¿Cómo fué que fué el hermano
quien sólo el ceño fruncía
—tú lo confesaste—el día
que Alberto pidió mi mano?
Explica este hecho no más:
antes que Alberto surgiera
entre nosotros, jamás
me diste a entender que hubiera
la más leve pretensión
en ti de esposo. En efecto,
fuiste el hermano dilecto,
como por libre elección
de tu papel. Y a la muerte
extraña de mi marido
yo volví, Carlos, a verte,
y fué el hermano querido
quien, otra vez fiel a nuestro
estilo de platicar,
vino a enseñarme, maestro,
el arte de preguntar.
Di, ¿cómo fué esa tormenta
de tu vida?

CARLOS. Si tú quieres
lo sabrás.

ARACELI. Sí, Carlos. Cuenta.

CARLOS. Sois curiosas las mujeres;
y es vuestra curiosidad
la que hace al hombre saber;
si es que la misma verdad
no es un ardid de mujer.
Fué Alberto buen compañero
y un buen amigo. Le tuve
un día afecto sincero.
Con él por Europa anduve
viajando. Recuerdo ahora

de dos almas juveniles,
que por los mismos carriles
lleva una locomotora
de campo en campo, visiones,
propósitos e ilusiones
en doble imaginería,
y el vértigo de alegría
que suman dos corazones.
Nuestro cuarto de estudiantes
de Berlín, en donde Alberto
tuvo siempre el piano abierto;
los libros en los estantes;
del reloj la blanca esfera,
el microscopio dorado,
todo, como si lo viera,
¡cuántas veces lo he soñado!
Tras de la doble vidriera,
Berlín y su nieve fuera;
y junto al fuego encendido,
Alberto y yo. La memoria
purifica nuestra historia,
con ayuda del olvido
que es, como hermano mayor,
suyo y más sabio, el que poda
del árbol del tiempo toda
rama sin fruto ni flor.
Y ahora, si he de recordar
lo que tú quieres...

(Reparando en Araceli, que mira hacia el fondo del escenario.)

¿Qué miras?

ARACELI. El campo y las rojas piras
que comienzan a brillar.
Mas, sigue, te escucho.

CARLOS. Un día,
cuando hacia Madrid volvía
con Alberto—él, ingeniero;
médico, yo—, y el viaje

ya era a través del paisaje
de Guadarrama severo,
yo hablé por la vez primera
de ti a Alberto, y le enseñé
un retrato nuestro que
llevo siempre en la cartera.
Este.

(Saca un retrato.)

Araceli, una niña,
y Carlos, en la campiña
de Córdoba. El reparó
de la pareja infantil
—¡claro!—en la niña gentil,
que largo rato admiró
en silencio.

ARACELI. ¿Sí?

CARLOS. "Es preciosa
esta niña, y ha de ser,
como mujer, linda cosa;
porque hoy será una mujer",
me dijo. "Y va para diosa",
le respondí. El sonreía,
y, al observar mi rubor:
"Muy callado lo tenía
—me dijo—el sabio doctor".
Yo que entonces ni soñaba
lo que Alberto sospechaba,
tal vez para castigar
su malicia, o porque holgaba
explicación, di en callar.
Mas recuerdo que pasé
toda la noche soñando
contigo, y analizando
sueños que pronto olvidé.
Nunca ya de ti me habló;
pero él esperaba el día
de conocerte. Y llegó.
Conmigo en tu casa entró;

yo mismo te lo traía.
Tu viejo padre, afligido
por su viudez, y rendido
casi a la muerte, anhelaba
para Araceli un marido.
Alberto, de noble cuna,
joven, bello, ya heredado
de una cuantiosa fortuna,
era el esposo esperado.
Yo... Mi conducta perfecta
fué con Alberto y contigo:
para la hermana dilecta,
la mano del buen amigo.
Hice más, pues rogué a Dios
—Él me castigue si miento—
que os entendierais los dos.
Pero después...

ARACELI. Siga el cuento.

CARLOS. Después..., con asombro mío
—perdona, todo ha pasado—,
sentí como desbordado
en el alma un turbio río.
No quiso Dios que yo fuera
noble hasta el fin; consintió
que la envidia me mordiera,
y la lúbrica pantera
de los celos despertó.
Araceli, sí, es celoso
amor por alto que sea,
el mismo amor a la idea
sueña título de esposo,
de elegido. Al otro día
de vuestra boda yo hablé
a Alberto palabras que
casi olvidadas tenía,
mas que tú me has obligado
a traer a la memoria
para explicar lo soñado

en un sueño que era historia.
"Tuya es Araceli ya
—dije a Alberto—, y, ahora, adiós,
felicidad a los dos."
"¿Qué? ¿Nuestro amigo se va?",
dijo Alberto. De la oscura
región de bienes y males
donde ata siete chacales
una cadena insegura,
surgió el rencor: "¡Nunca más
saber quisiera de ti!
Y ruega a Dios que jamás
ella se acuerde de mí."
Aun viendo estoy la mirada
de Alberto cuando sintió
esta flecha envenenada.
Todo un infierno pasó
de mi corazón al suyo.
"¿Araceli te quería?"
"Sí. Ruega a Dios que sea tuyo
su cuerpo como fué mía
su alma", respondí. Ya el mal
hecho me asustó. Fué en vano
quererlo enmendar. La mano
piadosa es también puñal.
Luego...

ARACELI. No sigas; ya sé
cuanto saber pretendía.
CARLOS. Mi culpa...
ARACELI. Mentir. La mía...
acaso más grande fué.
CARLOS. ¡Oh, no, Araceli!
ARACELI. Callar,
indiferente al dolor,
por no saber que, en amor,
el no saber preguntar
es el pecado mayor.
CARLOS. Ese pecado fué el suyo.

Él, callaba por orgullo;
tú, sólo por ignorancia.

ARACELI. Sí; pero Alberto pagó
con su vida...

CARLOS. El agrandó
con su desdén la distancia
entre dos almas. Si, luego,
por los azares de un juego,
en que ganar es perder
logró acortar su camino,
no fué tu pecado, sino
su voluntad de caer,
quien hizo el mal. Él llevaba
rosas y adelfas, y olía
la flor que le envenenaba:
era la que él prefería.
No, Araceli, tú no has sido
culpable. Si culpa ha habido,
es la que yo he confesado.
Ahora sólo queda olvido
y perdón a lo pasado.
Conque ya lo sabes.

ARACELI. Sí...
Que Alberto no se mató
por ella...

CARLOS. No. Ni por ti.
Alberto sólo se amó
a sí mismo. Y malogrado
ese amor, que era su vida,
él mismo fué el homicida
de su don Juan fracasado.
Esta es la dura verdad
que, inconsciente, perseguía
más que tu piedad tardía
tu insana curiosidad.

ARACELI. Curiosidad, ¿no es cruel
esa palabra?

CARLOS. Es leal.

Ni él te quiso ni tú a él;
huyamos, hermana, del
tópico sentimental.
Sal de aquí.

ARACELI. Carlos, no puedo.

CARLOS. Podrás. Para ti la vida
va a empezar.

ARACELI. No. Me da miedo.

CARLOS. Miedo, Araceli querida;
¡quién dijo miedo! La mano.

ARACELI. ¿Al médico o al amigo?

CARLOS. No—pongo a Dios por testigo—;
es, otra vez, al hermano.
Muy pronto estarás salvada;
porque esta noche la flor
de la adelfa envenenada
dicen que no tiene olor.

ARACELI. ¿Sí? ¿Quién lo dice?

CARLOS. Un cantar.
Esta noche se adormece
todo el adelfar que crece
hasta cerca de la mar
por ese Guadalquivir;
pero despierta a la aurora
del nuevo día. Hay que huir
antes que llegue esa hora.

ARACELI. Sí, vamos, Carlos.

CARLOS. No, espera;
queda la noche.
(Araceli se estremece al sentir que se mueven las adelfas.)
Es el viento
de la tarde en la ribera;
hay que aguardar un momento.
Tú amas... No hay que renunciar
a ese amor que no te quieres
a ti misma confesar.

ARACELI. Pero, acaso...

CARLOS. Tus deberes
ahora son vivir y amar.
Salvador...
ARACELI. ¿Qué dices?
CARLOS. ¡Si
sólo al escuchar su nombre
ya eres otra! ¡Si ese hombre
es la vida para ti!
ARACELI. La vida... Pero hoy es tanta
mi angustia, que ni pensar
puedo en la vida. Me espanta
todo...
CARLOS. ¿Qué haces?
ARACELI. Escuchar.
Carlos, ya es la hora en que
murió Alberto.
CARLOS. No; aquel día
—era en abril—ya no habría
sol a esta hora. Antes fué.
ARACELI. En ese banco...
CARLOS. Sí...; pero
en la noche de San Juan
no es el fúnebre viajero
el que tus ojos verán.
ARACELI. Vamos, Carlos. ¿No has sentido
que el adelfar se ha movido?
CARLOS. Será quizá que bosteza,
antes de quedar dormido,
ahora que la noche empieza.

(Carlos y Araceli quedan silenciosos. Pasado un momento se oye una detonación lejana. Araceli se estremece al oírla.)

ARACELI. ¿Has oído?
CARLOS. Sí.
ARACELI. ¡Qué horror!
¡El tiro!
CARLOS. Un tiro... Miedosa,
un cazador...

ARACELI. ¿Cazador
a esta hora?
CARLOS. ¿Y qué otra cosa?
(Se oyen risas y voces alegres, dominando la de Raquel. Aparece Salvador seguido de los demás por la vereda de adelfos.)

ESCENA V

Salvador, Raquel, Enrique, Bernar, Rosalía y el tío Agustín.

SALVADOR. ¡Araceli!
ARACELI. ¡Salvador!
ENRIQUE. *(A Raquel.)*
Tú siempre con avería.
RAQUEL. Pero llego a tiempo.
ARACELI. *(Abrazando a Raquel y mirando a Salvador.)*
¡Oh, sí!
ENRIQUE. Nuestro pinchazo se oiría
aquí.
CARLOS. Como un tiro. Así
todo ahora se explica.
SALVADOR. Aquí
no es como en infantería.
ARACELI. *(Presentando a Carlos y Salvador.)*
Carlos Montes. El señor
Montoya.
CARLOS. Me lo presenta
a medias. ¿No es Salvador?
Pues más hace aquí a la cuenta
el nombre.
SALVADOR. Gracias, doctor.
ROSALÍA. Se empeñó, y...
(Dirigiéndose a Araceli, por su marido.)
ARACELI. Bernar.
(Saludándole.)

BERNAR. Duquesa.
ENRIQUE. ¡Qué manera de apretar,
Quelucha!
(Por el paso que han traído en el auto.)
D. AGUSTÍN. Tiempo hay de hablar.
La cena aguarda. A la mesa.
Vamos andando. Adelante.
A la guere comme à la guerre!...
Por si alguno quiere ver
su habitación un instante...
¡Rompan filas! Don Daniel
esta vez creo conseguido...
(Aparte, a Bernar.)
BERNAR. Sí...
(Y emparejado con Don Agustín, se dirige con él hacia la casa.)
ENRIQUE. Soy tan tonto, Raquel,
que hasta hoy no había caído
en que te quiero, y, no creas,
te quiero mucho.
RAQUEL. Tampoco
pensé yo, para que veas,
que también te quiero... un poco.
¡Circula!
ENRIQUE. Claro, serán
los prodigios que decía
Salvador.
RAQUEL. Que se veía
en la noche de San Juan...
(Y se van también del brazo tras la pareja anterior.)
CARLOS. Salvada.
(Por Araceli.)
ROSALÍA. ¿Quiere usted darme
el brazo?
(A Carlos.)
CARLOS. ¡Amiga!...
ROSALÍA. Y cliente.

Ya hablaremos... Si el tratarme
psicoanalíticamente...
(Se van del brazo en seguimiento de los demás hacia la casa.)

ESCENA VI

Salvador y Araceli.

ARACELI. Y ahora...
SALVADOR. Y ahora...
ARACELI. No sé...
SALVADOR. ¿No sé? Yo sí. Adiós, señora.
ARACELI. *(Anhelante, dispuesta a caer en sus brazos.)*
No se vaya usted.
SALVADOR. ¿Por qué?
ARACELI. Porque..., porque...
SALVADOR. ¡Ya era hora!
Al fin solos. ¿Lo ve usté,
Araceli?
ARACELI. *(Abandonándose.)*
Salvador...
SALVADOR. ¿Cómo no querer la vida
cuando a nuestro alrededor
está la noche encendida
en una hoguera de amor?
Porque es amor todo eso;
no vaya usted a creer
que es otra cosa; es un beso
inmenso que empieza a arder,
un suspiro que se inflama;
en la noche de San Juan
todo vive, todo ama,
y es toda la tierra dama,
y todo el cielo galán.
ARACELI. ¡Noche de San Juan!...
SALVADOR. Ardiente

y clara noche estival
primera. Lecho nupcial
inmenso... Hoy—dice la gente—,
en las aguas entre flores
rostros queridos se ven,
y se anudan los amores
de los que se quieren bien.
Mire sobre esos ribazos
sus campesinos tejiendo
guirnaldas; las van haciendo
con las flores y los brazos.
Cada uno su cada una
tiene, y el himno de boda
—mañana canción de cuna—
invade la noche toda.
Y es imposible evitar
esa emoción, que yo mismo
quiero con tanto lirismo
barroco disimular.

ARACELI. ¡Sí!

SALVADOR. ¿Oye cantar? No se alcanza
lo que dice la canción.

ARACELI. No.

SALVADOR. Pero suena a esperanza,
a alegría, a confianza
y penetra el corazón.
Mejor que no sea oída
la letra, y quede perdida
en el viento, porque así
es el rumor de la vida
lo que nos llega hasta aquí.
Y es sonrisa y es cantar,
y delicia de mirar,
y suspiro, y luz, y beso,
y... ¡¡a ver quién puede encerrar
en palabras todo eso!!...

ARACELI. ¡Si supiera!...

SALVADOR. Si lo sé.

ARACELI. El horror, la angustia...
SALVADOR. Sí.
Pero ya pasó...
ARACELI. ¿Por qué?
SALVADOR. ¿Cómo? Porque estoy yo aquí.
Ea, ea, se acabó.
Oye, verás... Tú eras una
princesa encantada. Yo,
un soldado de fortuna
que a tu castillo llegó.
Era difícil la empresa;
mas como el rey otorgara
la mano de la princesa
al que la desencantara,
maté al dragón, y escapamos.
Nos persiguieron: dejaste
caer una cinta y formaste
un río. Nos alejamos,
y, para burlar su saña,
un peine de tus cabellos
caído, fué una montaña,
entre nosotros y ellos...
Pero aun tuviste que echar
de tu sal un buen puñado,
que se convirtió en el mar...
Nos habíamos salvado.
El rey—que era un buen señor—
su real palabra cumplía
y la princesa se unía,
¡claro, con su Salvador!
¿Te gusta? Y esto es no más
que un cuento de encantamiento...
Pues la vida es otro cuento
más bonito. Ya verás.
¡Y tú morir te dejabas!
ARACELI. Yo, Salvador, no creía
volverte a ver, y temía...
SALVADOR. Temías y me esperabas.

ARACELI. No; yo esperaba la muerte
resignada ya y vencida.
SALVADOR. No, nena.
ARACELI. Lo que es la vida
lo he sabido yo ahora al verte.
Lograste desencantar
la princesa que dormía,
y no sólo despertar:
para mí se hizo de día
cuando te he visto llegar.
Tú me has devuelto la calma
y convertido el dolor
que me mataba en amor.
SALVADOR. ¡Araceli de mi alma!
ARACELI. ¡Salvador, mi Salvador!
(Caen uno en brazos de otro y, después, separándose algo avergonzada.)
Pues ¿no era querer a una
ser infiel a las demás,
Salvador?
SALVADOR. Sin duda alguna.
Pero queriendo a una más,
¿qué importa ya otra ninguna?
¡Ah!... Me olvidaba, duquesa,
decirle a usted que la quiero,
oficialmente.
ARACELI. Sí; pero,
ahora, a la mesa.
SALVADOR. A la mesa.
(Cogidos del brazo y luego de la cintura, charlando como marido y mujer, se pierden por la vereda que va a la casa, cuyo comedor bajo, iluminado, se divisa a lo lejos. Al fondo, en el campo y en torno, la noche de San Juan arde. Hogueras y canciones de amor.)

TELON

LA LOLA SE VA A LOS PUERTOS

Esta obra se estrenó en Madrid, en el teatro Fontalba, el 8 de noviembre de 1929, con el siguiente

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
La Lola	Lola Membrives.
Rosario	Esperanza Ortiz.
Mercedes	Amparo Astort.
Paquita	Trinidad Carrasco.
Campesina primera	Africa P. Bernabé.
Campesina segunda	Concepción Blázquez.
Heredia	Ricardo Puga.
Don Diego	Manuel Aragonés.
José Luis	Luis Roses.
Paco	Fernando Montenegro.
Panza-Triste	José Marco Davó.
Don Narciso Gaierna	Fernando Montenegro.
Pato el Botero	Enrique Suárez.
Chipiona	José García.
El Niño del Arenal	Enrique Suárez.
Fernando	Reinaldo Asensio.
Juan	Juan P. Romeu.
Camarero	Alberto Gracián.
Señoritos primero y segundo.	N. N

ACTO PRIMERO

La escena representa la sala baja de un gran cortijo de Andalucía, con amplia portalada de arcos al fondo, que da a una galería abierta al jardín y al campo. Otras puertas y ventanas laterales. El mobiliario adecuado y una larga mesa donde está dispuesto el "lunch" con botellas y cañas en sus cañeros. El jardín llega hasta la misma casa, con sus rosales trepadores enredados a los pilares de la galería. En lontananza, grandes masas de olivar y monte.

ESCENA PRIMERA

Paco y Mercedes, caseros del cortijo, acabando de arreglar la mesa.

PACO. ¿La señorita Rosario
qué te dijo?

MERCEDES. Preguntaba
por su novio. Ella creía
que la juerga y la algazara
de esta noche...

PACO. ¿Sí?...

MERCEDES. Eran cosa
del señorito.

PACO. Me extraña.
Será el cariño, los celos...
Ya sabe que en esta casa

la cabeza más alegre
es la que peina más canas.
Así va el mundo.

MERCEDES. Yo dije
la verdad: coplas, guitarra
y fandango, todo ha sido
cosa del amo.

PACO. Él lo paga
y lo goza. ¡Si lo viera
desde el cielo aquella santa!

MERCEDES. Una santa y desde el cielo,
¿qué iba a decir?: "Tiene gracia
mi esposo; tan alegrito
siempre donde suenan palmas."

PACO. ¿Y se van hoy los artistas?

MERCEDES. Esta noche. De mañana
se fueron los invitados,
y ya no quedan en casa
más que la Lola y Heredia.

ESCENA II

Dichos, Don Diego y Heredia.

DON DIEGO. ¡Paco, Mercedes!

PACO. ¿Qué manda?

DON DIEGO ¿Está preparado todo?

MERCEDES. Dígame usted si algo falta.

DON DIEGO. Nada. Ya os podéis marchar.
Cuando esté Lola aviada,
decidle que la esperamos
para tomar una caña.

(Vanse Paco y Mercedes.)

ESCENA III

Don Diego y Heredia.

DON DIEGO. ¡Heredia!
HEREDIA. ¡Don Diego!
DON DIEGO. Toma.
(Le da un sobre con unos billetes.)
HEREDIA. ¿Qué me da usted?
DON DIEGO. Poco. Nada
que obligue. Como recuerdo
de un amigo y de una casa
que habéis honrado, dinero
para el camino y las gracias.
HEREDIA. Don Diego, ¡dos mil pesetas
a nosotros!
DON DIEGO. Te las guardas;
os las guardáis. Y no hablemos
de ello.
HEREDIA. Ni media palabra.
Manda Faraón y el polvo
obedece.
(Se mete el sobrecito en el bolsillo.)
DON DIEGO. ¿A qué hora pasa
el tren?
HEREDIA. A las seis y cuarto.
(Una pausa. Heredia y Don Diego se miran. Don Diego va a hablar de Lola y cambia de idea.)
DON DIEGO. Echemos la última caña.
HEREDIA. La penúltima.
(Llenan las cañas.)
DON DIEGO. Bien dices.
(Beben y permanecen algún rato en silencio suspirando.)
¡Ay, Heredia de mi alma!

HEREDIA. *(La exclamación con que Heredia responde a Don Diego quiere decir que comprende por qué suspira.)*
¡Don Dieguito de mi vida!
DON DIEGO. Tú sabes...
(Con interés.)
HEREDIA. Yo... de guitarra
un poquillo.
DON DIEGO. ¿Y de mujeres?
HEREDIA. Sólo sé que no sé nada,
que dicen que dijo el sabio
Salomón, que las trataba
de cerca.
DON DIEGO. ¿Qué piensas tú
de Lola?
HEREDIA. Que Lola canta.
DON DIEGO. Como los ángeles.
HEREDIA. No;
como la Lola. Si es ella
el mismo cante. No hay otra,
don Diego.
DON DIEGO. Conforme, Heredia;
pero ahora yo te pregunto
por la mujer.
HEREDIA. Por la hembra
juncal. Comprendido; usted
quiere saber...
DON DIEGO. Si chanela...
HEREDIA. Más que de coplas...
DON DIEGO. Si marcha...
HEREDIA. O no marcha.
DON DIEGO. Justo.
HEREDIA. Tenga
—y perdone—el sobrecito
con sus pápiros.
(Le devuelve el sobre.)
DON DIEGO. *(Rechazando el sobre con disgusto.)*
No aciertas

a comprender. Yo no compro
a mis amigos.

HEREDIA. Pues venga
otra cañita.

(Se guarda el sobre y Don Diego llena las cañas.)

Y ahora
¿escuchará la grandeza
de Andalucía el consejo
de una lombriz de la tierra?

DON DIEGO. Habla y no te achiques tanto.

HEREDIA. Don Dieguito, no se pierda
usté a sus años.

DON DIEGO. ¿Tan viejo
soy? ¿Cuántos años me echas?

HEREDIA. Para morirse, muy pocos;
para bailar de cabeza...
el hombre debe de ser
viejo desde que se afeita.
La Lola..., la Lola... ¿Ha dicho
usted la Lola? Usted piensa
que es una chavala...

DON DIEGO. Sí.

HEREDIA. Como otras muchas que ruedan
por el mundo... Una mujer...

DON DIEGO. Es claro...

HEREDIA. Pues no lo crea
usted, don Diego; la Lola
no es una mujer siquiera.

DON DIEGO. ¿Qué es entonces?

HEREDIA. Cante hondo
con faldas, la misma esencia
del cante, la cantaora,
la Lola. Aunque usted la vea
cerca de usted, y la escuche,
y la toque—si se deja—,
la Lola no es de este mundo.
Yo que voy siempre con ella

—soy su guitarra—lo sé,
don Diego, por experiencia.

DON DIEGO. Lola y tú...

HEREDIA. Pare usté el coche;
Lola y yo somos pareja
de flamenco. Ella es el cante;
yo, el toque.

DON DIEGO. ¿Y no más?

HEREDIA. *(Jurando.)*
¡Por éstas!
Entre Lola y yo no hay
más allá de: afina, templa...
Heredia, por soleares;
por seguidillas, Heredia..

DON DIEGO. Perdona, no te creía
tan serio.

HEREDIA. Siempre fué seria
nuestra profesión. La copla
y la guitarra flamenca
—usted lo sabe—no son
cosas de broma. La juerga
—se entiende con cante hondo—
tiene de función de iglesia
más que de jolgorio. No es
una diversión cualquiera,
donde se mete rüido
y se descorchan botellas.
Para alegrarse en flamenco
se ha menester mucha ciencia,
mucha devoción al cante
y al toque.

DON DIEGO. Nadie lo niega.
y ya sabes tú que yo
distingo.

HEREDIA. ¡Que usted diquela!
Si es usted el emperador
de la afición de esta tierra.

DON DIEGO. Favor, Heredia.

HEREDIA. Justicia.
¿Echo otras cañitas?
DON DIEGO. Sea.
¿Conque tú nunca pensaste?
La verdad...
HEREDIA. Por la cabeza,
don Dieguito, pasa todo;
importa lo que se queda.
Lola y yo nos conocimos
ella niña, yo un chavea.
Su padre fué mi maestro
de guitarra—una eminencia
en el toque señor Pepe
el herrero—; su maestra
de canto, mi hermana Trini.
DON DIEGO. ¿La Trini?
HEREDIA. ¡Que gloria tenga!
De niños nos separamos,
tres años pasé sin verla.
Y ahora, lo que usted quería
saber. Yo no soy de piedra.
DON DIEGO. ¡Claro! Un artista...
HEREDIA. Era Lola
ya una mocita. En Utrera
nos encontramos. Venía
ella con su madre de Ecija;
yo, del Puerto; hacia Sevilla
los dos: "¡Rafael!" Yo era
Rafael—que éste es mi nombre—
para Lola; hoy soy Heredia,
el tocador, su guitarra,
para un cartel siete letras.
"¿Quién eres, chiquilla?" Estuve
un rato sin conocerla
mirándola. ¡Qué milagros
hace la Naturaleza!
"¿No me conoces? La Lola."
"La insignificancia aquella

del señor Pepe—le dije
en broma—, ¿va a ser la reina
de Andalucía?" Don Diego,
¡qué transformación más seria!
¡Lo que hace Dios cuando está
de buen humor, y se esmera
una miajita en sus obras!,
y dice: ¡Allá va canela
con faldas! De la chiquilla
larguirucha, casi fea,
que yo conocí, con un
toquecito en las caderas
y otro en el pecho, y un poco
de carboncillo en las cejas,
y de candela en los ojos,
hizo una mujer de veras,
de las que dan al Altísimo
derecho a dormir la siesta.
Yo le dije..., no sé qué
le dije, una impertinencia,
porque la lengua del hombre
cuando no miente chochea.
Me miró de arriba abajo,
los ojos como dos piedras
de diamante: "Rafael,
que ya está bien. Lo que tengas
que decirme me lo dices
con la guitarra." "¿En tu reja?"
"No. En el palacio del duque
de los Moriles hay fiesta;
canta la Lola esta noche.
Si tú quieres, toca Heredia."
Y aquella noche fué Lola
el pasmo de la nobleza
de Sevilla. ¡Qué garganta!...
¿Otra cañita?

DON DIEGO. Y cincuenta.
HEREDIA. Cantó y bailó, don Dieguito.

¡Qué asombro! Yo...

DON DIEGO. Tú...

HEREDIA. Yo era
don José María Nadie
con la guitarra, hasta aquella
noche en que aprendí el secreto
del toque.

DON DIEGO. ¿Cómo?

HEREDIA. Seis cuerdas
con sus seis tornillos tiene
la guitarra; aire y madera
es lo demás. Con un poco
de trabajo y de paciencia
se hace con ella rüido
para que baile un hortera
en domingo. Si usté añade
algo de estudio y de ciencia,
toca usted a Gunó, y a Eslava,
y a Chopín, y los babiecas
se asombran. Si usted se obstina,
ya es la guitarra una orquesta.
Total, música.

DON DIEGO. ¿Y es poco?

HEREDIA. Es mucho; pero no llega
a toque hondo. El flamenco
no es música, sino lengua
del corazón. La guitarra,
en la copla y la falseta,
importa por lo que dice
y nunca por lo que suena.
Pero en la guitarra sólo
se dicen cosas flamencas.
¿Me comprende usted?

DON DIEGO. No mucho.
Pero no olvides el tema
de Lola y tú.

HEREDIA. A lo que voy.
Cuando terminó la fiesta,

por las calles de Sevilla
la acompañé hasta la puerta
de su casa y, de camino,
volví a requebrarla. Ella,
después de escucharme un rato
me dijo: "Si tú quisieras
ser mi guitarra." "¿No más
que un instrumente de cuerda
un hombre? Lola, eso es poco."
"Y más de lo que tú piensas.
Eso o nada. Elige." "Quien
elige lo que le dejan,
no elige; pero se aviene
a la razón, compañera",
le respondí. Desde entonces
seguimos la misma senda.
Eso es todo. Yo camino
al lado de esa tormenta
de mujer, y me consuelo
—si el mal de muchos consuela—
sabiendo que es fuego Lola
que arde, pero no se quema;
vino que no se emborracha
y mar que no se marea.
Ella es la copla; en la copla
mujer, y diamante fuera.
Yo la acompaño, acompaño
su canción. Afina, templa.
Heredia, por soleares;
por seguidillas, Heredia.

ESCENA IV

Dichos y Lola.

DON DIEGO. Lola.
LOLA. Don Diego.

DON DIEGO. ¿Te vas?
LOLA. A Sevilla. Heredia...
(Dirigiéndose a Heredia, que se va a marchar.)
HEREDIA. Lola...
LOLA. ¿Dónde vas?
HEREDIA. Vengo en seguida.
LOLA. Estate aquí.
HEREDIA. Vuelvo ahora.
(Se va.)

ESCENA V

Lola y Don Diego.

DON DIEGO. ¿Qué tienes con ese hombre?
LOLA. ¡Yo! Nada.
DON DIEGO. Pues ¿qué te importa
que se vaya o que se quede?
LOLA. ¿A mí?... ¿Y a usted?...
DON DIEGO. Poca cosa.
Pero... parece que no
quieres que hablemos a solas.
LOLA. Al contrario...
DON DIEGO. Escucha.
LOLA. Escucho.
DON DIEGO. ¿El irte a Sevilla ahora
te es muy preciso?
LOLA. Bastante...
Hay un contrato.
DON DIEGO. Se borra;
se anula.
LOLA. Di mi palabra.
DON DIEGO. ¡Firma el rey!
LOLA. Firma la Lola.
DON DIEGO. Si yo indemnizo a la empresa
y le busco, además, otra

figura del cante que
te sustituya...

LOLA. ¡Qué cosas
dice usted! ¡Si la que tiene
empeño en cantar ahora
en Sevilla soy yo!

DON DIEGO. Bueno.
Donde hay una oferta hay otra.
Yo te necesito aquí.

LOLA. ¿Aquí, en el campo?

DON DIEGO. Y en Córdoba,
en mi casa. ¿Eso qué vale?

LOLA. No vale nada.

DON DIEGO. Perdona;
¿qué cuesta? Porque valer...
no hay oro en la tierra toda
para pagarlo.

LOLA. -Don Diego,
usted ¿me vende... o me compra?

DON DIEGO. No te entiendo.

LOLA. Yo a usted sí.
Quiere usted una cantadora
para usted solo.

DON DIEGO. A una... no,
a la única.

LOLA. Sin broma:
Gracias, don Diego. Yo no
valgo tanto. Además...

DON DIEGO. Lola.
Además, tienes razón;
pero... además, ¿qué te importa?

LOLA. *Deja que la gente diga...*
(Tarareando una copla.)

DON DIEGO. Acaba, acaba la copla.
En queriéndonos los dos,
pase la gente...

LOLA. Esa es otra,
¿querernos también?

DON DIEGO. Escucha:
No es mi pretensión tan loca.
Quererte... yo.
LOLA. ¿Y yo?
DON DIEGO. Dejarte
querer. Tener una hermosa
casa en la ciudá. En el campo
fincas; vestidos y joyas...
No rodar más por el mundo;
no tener que cantar cosas
para que la gente goce
mientras, acaso, tú lloras.
Y todo mientras tú quieras;
con una condición sola:
la de no engañarme.
LOLA. Nunca
he sabido engañar.
DON DIEGO. Choca.
Cuando te canses, me dejas;
si de alguno te enamoras
me lo dices y te vas;
no te detendré, ni en contra
del que tú quieras palabra
oirás jamás de mi boca;
ni él sabrá, si tú lo callas,
el que yo a ti te conozca.
Sé leal. Y, en cambio, ve
pensando qué se te antoja.
LOLA. ¿Y usted no se cansaría?
DON DIEGO. No me queda tiempo, Lola.
LOLA. A mí, sí.
DON DIEGO. ¡Mala!
LOLA. Por buena
he de decirle estas cosas.
Usted quiere la verdad,
y va usted a saberla toda.
DON DIEGO. ¿Quiéres a alguien?
LOLA. No, señor.

No quise a nadie hasta ahora,
ni pienso que he de querer
a ninguno de esa forma.
Nací entre esos olivares,
me crié como la alondra,
cantando de rama en rama;
cien leguas a la redonda
dice la gente que nadie
canta mejor que la Lola.
Con eso tengo bastante.

DON DIEGO. ¡Te mantienes de la gloria!

LOLA. ¡Qué gloria ni qué ocho cuartos;
me mantego de mis coplas,
que son muy bonitas!

DON DIEGO. ¿Quién
te las enseñó?

LOLA. Yo sola
las aprendí; el cante es agua
manantial.

DON DIEGO. Bien.

LOLA. Y brotan
en el pecho de la gente
cuando ríe o cuando llora.
El caso es saber sentir;
lo demás tiene muy poca
importancia. ¿Usted no ha visto
en la Sierra de Cazorla
nacer el Guadalquivir
entre piedras, gota a gota?
Pues así nace un cantar,
como el río, y baja a Córdoba
y a Sevilla, hasta perderse
en la mar tan grande y honda.
Ese es también mi camino:
¡paso libre!...

DON DIEGO. Pero todas
las artistas luchan por
la fortuna; son muy pocas

las que, al fin de mil trabajos,
un vago bienestar logran.
Si yo te lo doy, ya ves
el camino que te ahorras.
El descanso...

LOLA. No lo quiero,

DON DIEGO. La fortuna...

LOLA. No me importa.

DON DIEGO. La vida

LOLA. Eso no, mi vida
ya le he dicho a usted que es otra.

DON DIEGO. ¡La mala vida!

LOLA. ¡Oiga usted!...

DON DIEGO. La vida malsana y rota
que hace de la noche día,
la alegría de unas copas,
y al fin...

LOLA. ¡Pronto llegó el fin!

DON DIEGO. Pronto y mal. Mírate en todas.
El hospital...

LOLA. No me asusta.

DON DIEGO. La miseria.

LOLA. No me asombra.

DON DIEGO. Las penas...

LOLA. Las necesito.

DON DIEGO. ¿Para qué?

LOLA. Para mis coplas.
Pero ¿a usted no le parece
que ya está bien? A otra cosa,
don Diego.

DON DIEGO. A otra cosa, no;
aun es tiempo, reflexiona.

LOLA. Gracias..., pero yo no canto
en jaula si me la forjan
de oro y brillantes.

DON DIEGO. ¡Chiquilla!

LOLA. Y déjeme usted que corra

mi suerte, que, buena o mala,
será mía y no de otra.
Y ahora llámeme usté a Heredia,
que nos vamos.

DON DIEGO. Tu persona
está más segura aquí
que en un altar. A su hora
os iréis. Yo voy a dar
al haza de las Toronjas
un vistazo. Es lo mejor
de esto, y... ¿Por qué no te montas
a la grupa del caballo
y vemos la finca toda?

LOLA. ¿Qué dirían los pastores?

DON DIEGO. Que llevaba a la Pastora
de Capuchinos.

LOLA. ¡Hay gracia!
Pero a mí más me acomoda
estarme quieta.

DON DIEGO. A tu gusto.

ESCENA VI

Dichos, Paco y Mercedes.

DON DIEGO. Paco, Mercedes... La Lola
(Los criados acuden.)
y Heredia son ahora aquí
los amos.

PACO. A mandar.

DON DIEGO. Corta
tú del jardín las mejores
flores, claveles y rosas,
y vé haciendo un ramo. Yo
vuelvo pronto. Que dispongan
el coche para las cinco,
con la *Romera* y la *Torda*.

PACO. Descuide usted.
DON DIEGO. *(Aparte, a Lola.)* Bueno. Y tú medita bien...
LOLA. Hasta ahora.
(Don Diego se va por el foro.)

ESCENA VII

Lola, Mercedes y Paco.—Lola se sienta junto a la mesa, apoyando en ésta el codo, y la cabeza en la mano, pensativa, meditando, soñando. Paco y Mercedes la contemplan con admiración, simpatía y respeto. Dudan de acercarse y hablarle. Se miran entre sí. Mercedes se aleja hacia el jardín. Paco se acerca, poco a poco, a Lola y se decide a hablarle.

PACO. *(Dirigiéndose a Lola y prorrumpiendo en un verdadero grito de admiración que el respeto a los señores, y principalmente a su amo, le ha hecho dominar hasta ese momento; porque—claro está—Paco y toda la servidumbre del cortijo, unos descubiertamente y otros a hurtadillas, han oído cantar a Lola la noche anterior.)*
¡Olé las mujeres barbis!
¡Qué coplas cantó usté anoche!...
LOLA. ¿Le gustaron a usted?...
PACO. ¡Bueno!
Yo soy un hombre muy hombre,
pero cada lagrimón
así lloraba.
MERCEDES. *(Volviendo de echar una ojeada a las flores del jardín, que llegan hasta la misma puerta del fondo, y animada por*

la amable sencillez de Lola al contestar a su marido.)

¡Y el toque!
¡Heredia tiene en las manos
la gloria!

LOLA. *(Contenta.)*
¿Verdad?

MERCEDES. *(Naturalmente obsequiosa y agradecida a la llaneza y afabilidad de la gran cantaora, y cumpliendo con el mayor gusto el encargo de Don Diego.)*
¿Qué flores
le gustan a usté más? ¿Rosas
de musagran, de las dobles,
de la bandera española,
de musgo, de té?...

LOLA. No corten
para mí ninguna...

PACO. ¿No?
Y a don Diego ¿quién lo oye?

MERCEDES. Y más, que usté se merece
el jardín entero.

LOLA. Entonces
mientras yo vuelvo por él,
déjelo usté y no lo toque.

(Estas palabras de Lola rompen completamente el hielo y dan valor a los caseros para rodearla cariñosamente y hablarle ya sin empacho, aunque siempre con respetuoso afecto. Ella escucha con una sencillez amable, pero siempre como abstraída y lejana.)

PACO. ¡Poco dura la alegría
en la casa de los pobres!

MERCEDES. ¡Ya se van ustedes!...

LOLA. *(Distraída.)* Ya...

PACO. ¡Si yo tuviera millones...!

LOLA. ¿Qué haría usted?...

PACO. No dejarla
que se fuera.

LOLA. Pero, ¡hombre!,
¿qué iba a hacer aquí?...
(Al decir esto Lola recuerda que aquí, *como en otras partes, ella podría ser el ama, y piensa, además, que no quiere serlo ni le importa.)*
¡Enseñarle
el cante a los ruiseñores!
Más solitos que la una
nos quedamos esta noche...

MERCEDES. Y el señorito Luis,
que vendrá... ¿No lo conoce
usté?

LOLA. *(Siempre abstraída.)*
No.

PACO. El chiquillo es guapo...

MERCEDES. *(Con entusiasmo y cariño profundo por el muchacho, a quien ella ha criado a sus pechos.)*
¡Más simpático! ¡Más noble...
el pobrecito!...

PACO. Su padre,
don Diego, el amo, se pone
a veces con él furioso...
No congenian.

MERCEDES. Se conoce
que al muchacho no le tira
el campo... Él trae sus librotes
de Sevilla, y se le pasa
leyendo, en claro, una noche,
a lo mejor.

PACO. Y otras veces
los abre y los tira; conque...

MERCEDES. *(Disculpando siempre, maternal, al muchacho.)*
Que como aquí no salimos

de arache, cavache, el pobre
se aburre... Por más de que
le gusta hablar con los hombres
y las mujeres del campo...

PACO. Sí. ¡Más que con los señores!
Eso es verdad.

MERCEDES. ¡Es que es tan bueno,
tan bueno!

PACO. No estoy conforme:
ca oveja con su pareja.

MERCEDES. *(Que quiere cortar la conversación porque su marido no habla de José Luis como ella quisiera, corta unas flores del jardín y se las muestra a Lola, para quien empieza a hacer un ramo magnífico.)*
¡Mire usté qué palmerones
más bonitos!

LOLA. Mucho.

MERCEDES. Y ésta
es de limón.
(Otra clase de rosas.)

LOLA. ¡Qué desmoche!
(Resignada con cierta pena a la tala del jardín.)

PACO. *(A Mercedes, comprendiendo el juego de ésta, y aludiendo a Luis.)*
Puede ser que yo lo quiera
más que tú.

MERCEDES. *(Si es muda revienta.)*
¡Eso sí que no!
Después de la santa aquella
que fué su madre, ninguno
más que yo...

PACO. *(Vencido.)*
¡Vaya, que sea!

(Y luego, buscando otra salida y aludiendo a la novia del señorito.)
La señorita Rosario...

MERCEDES. *(Interrumpiéndole vivamente.)*
Lo querrá... de otra manera.
Porque va a ser su mujer.

LOLA. *(Que empieza a interesarse en la conversación.)*
¿Sí?

MERCEDES. Si Dios no lo remedia,
(Dice esto como para sí y casi sin querer.)

PACO. ¿Qué dices?
(Escandalizado a su vez.)

MERCEDES. Digo... que no
sabe ella lo que se lleva.

PACO. ¿Que no sabe? ¡Pues es poco lista!

LOLA. ¿Sí?

PACO. ¡Poco resuelta!
(Paco, que en el fondo quiere también mucho al señorito de casa, admira más a la futura ama, es partidario entusiasta de Rosarito, quizás porque tiene menos confianza y familiaridad con ella.)
¡Eso es una señorita
de verdad!

LOLA. *(Con cierta sorna.)*
¡Vaya!

PACO. *(Entusiasta y contundente.)*
¡Completa!
Aire, planta, señorío...

LOLA. ¿Guapa?

MERCEDES. Y sabiéndolo ella.

PACO. Más fina, ¡más elegante!...
Vestida como una reina...

MERCEDES. Y... orgullosa.

PACO. Puede estarlo
de su persona y su hacienda.
(Dirigiéndose a Lola, oficiosamente explicativo y panegirista de Rosario.)
Su madre, prima segunda
del amo de acá... Una vieja
que no sabe lo que tiene
en olivares y dehesas;
desde que quedó viuda
vive aquí, junto de nuestra
cortijada, en una casa
de que ha hecho un palacio, ¡ella!,
la muchacha.
(A Mercedes.)
Dices tú
orgullo..., ¡no! Ella quisiera
ver en su novio otra cosa...;
pero lo quiere ¡y es buena
como nadie!

MERCEDES. *(A regañadientes.)*
Yo no digo
que no...

LOLA. *(Interrumpiendo rápida y decisiva con esa clarividencia sentenciosa de la gente del pueblo andaluz inteligente.)*
Ni que sí. A la fuerza
ha de ser una persona
buena o mala. ¿Y la que sea
regular?

MERCEDES. *(Contenta con la aquiescencia de Lola, en la que hay, no cabe negarlo, un poco de antipatía subconsciente hacia la señorita en cuestión.)*
Es lo que yo
decía.

PACO. *(Echándolo a broma.)*
¡Gracia!

LOLA. Es de veras.

Vamos a ver, ¿esa niña
qué ha hecho para que se sepa
que es tan buena? Mala, ¡claro!,
no lo va a ser la que lleva
una vida de regalo,
joven y rica..., queriéndola
todos. Pero no hay razón
para que se diga de ella
que es buena... porque no es mala,
ni mala porque no es buena.

PACO. El natural se conoce...

LOLA. Cuando hay ocasión.

(Se oye fuera la voz de Rosario, imperativa.)

ROSARIO. *(Desde el foro.)* Que metan
el coche en el cobertizo
de abajo y que me lo tengan
siempre listo.

ESCENA VIII

Dichos y Rosario apareciendo en la puerta del jardín y saludando.

ROSARIO. ¡Buenas tardes!
(Al reparar en Lola hace seña a Paco de que se acerque, y le dice:)
Oye, Paco, ¿quién es ésta?

PACO. *(Que ha acudido oficioso y solícito.)*
La Lola, la cantaora
famosa...

LOLA. *(A Mercedes, que ha permanecido a su lado.)*
¿Es ella?

MERCEDES. Sí, ella.

(Paco y Mercedes se retiran y se van por el fondo hacia el jardín.)

ESCENA IX

Rosario y Lola.

ROSARIO. Me suena el nombre de usted.
LOLA. No es extraño; tantas Lolas
tiene el mundo...
ROSARIO. ¿Como usted?
LOLA. Ninguna: no hay dos personas
iguales.
ROSARIO. Quiero decir
que como artista de nota...
LOLA. Gracias.
ROSARIO. Me era conocido
su nombre, y el verla ahora
me agrada.
LOLA. Gracias.
ROSARIO. ¿De paso?
LOLA. De Linares para Córdoba,
Sevilla y Cádiz; después,
donde Dios quiera.
ROSARIO. No es poca
fortuna la de mi tío;
tener ruiseñor y alondra
por noche y mañana, en una
garganta de cantaora,
para él solo.
LOLA. El se merece
eso y más. Don Diego me honra
con su amistad; es decir,
con su afición a mis coplas.
Le gusta el canto, aunque ya
mi canto no está de moda.
ROSARIO. ¿De veras? ¿Y es cante hondo
lo de usted?
LOLA. Así lo nombran.
ROSARIO. Confieso que nunca pude

tararear cuatro notas.

LOLA. Se explica. ¡Como si yo
me pongo a cantar Dinora!
A una mujer de su clase
no le va el flamenco, cosa
popular.

ROSARIO. ¡Esas canciones
tan tristes, tan angustiosas,
tan desgarradas...!

LOLA. También
hay un flamenco en compota,
un moruno catalán,
gitano de Badalona,
para gente fina. Usted
se lo sabrá de memoria.
De eso no entiendo.

ROSARIO. ¿Y usted?
¿Sola por el mundo, Lola?

LOLA. Solita, o acompañada
de un guitarrista que toca
lo que yo canto, el maestro
Heredia, buena persona.

ROSARIO. Es triste esa vida...

LOLA. ¿Sí?

ROSARIO. Supongo yo. Peligrosa
al menos.

LOLA. ¡Qué quiere usted!
Yo no la cambio por otra.

ROSARIO. ¡Siempre entre gente del bronce!

LOLA. Mi padre tenía en Córdoba
una fragua, allí aprendí
que los metales se doblan,
se rompen, y que es más fuerte
que el hierro el aire que sopla
y aviva el fuego.

ROSARIO. ¡Es usted
valiente!

LOLA. No sé. Hasta ahora

me hice respetar. Las gentes
que andan por el mundo solas
—del bronce, como usted dice—
me conocen ya y me toman
tal cual soy. A una mujer
que cuando canta una copla
les da lo mejor que tiene,
¿a qué pedirle otra cosa?
Y si lo piden—no es raro
que pida quien tiene boca—,
yo les digo: "Para eso
tenéis mujeres de sobra
a la vuelta de la esquina",
y les canto, y se conforman.
Así es la gente del bronce.
Líbreme Dios de la otra.

ROSARIO. ¿De cuál?

LOLA. De la formalita.
Esas criaturas babosas,
que sólo han visto mujeres
en pintura, si se antojan
de una mujer, dicen siempre:
¿cuánto vale?, y no perdonan
que una mujer no se venda,
porque ellos todo lo compran.

ROSARIO. ¿Usted no cree en el cariño,
en el querer de sus coplas?

LOLA. El querer y el olvidar
del cante, ya es otra cosa.
Eso es verdad, por lo menos
mientras se canta y se toca.
De querer a no querer
hay un camino muy largo,
y todo el mundo lo anda
sin saber cómo ni cuándo...,
dice la copla.

ESCENA X

Dichos; José Luis y Heredia por la puerta del fondo.

JOSÉ LUIS. *(Que al llegar al cortijo se ha encontrado con Heredia en la puerta del camino y sabe por él que está allí Lola, la famosa Lola, de quien tanto se habla en toda Andalucía, se detiene con Heredia en la puerta del fondo a escuchar a Lola y a contemplarla con admiración y simpatía, y visiblemente impresionado por su belleza y su gracia dice desde allí:)*

La copla
pudo decir lo contrario.

LOLA. *(Volviendo rápidamente la cabeza hacia la puerta, y dándose instantáneamente cuenta de quién es el nuevo personaje.)*

¡Oiga!... También.

JOSÉ LUIS. *(A Heredia, adelantándose hacia Lola.)*

Pero, Heredia...
¿No me presenta?

HEREDIA. *(Con mucha cachaza.)*

Volando.
(Dirigiéndose a Lola.)
El señorito José
Luis, el hijo del amo
de esta casa.

LOLA. *(Con viveza y cierta coquetería.)*

Ya lo sé.

JOSÉ LUIS. *(Encantado y sorprendido.)*

¿Cómo?

LOLA. *(Indicando que era fácil adivinarlo.)*

¡Bah!...
(Inclinándose graciosamente.)
¡Por muchos años!

JOSÉ LUIS. *(Dirigiéndose afectuoso y natural a Rosario.)*
¿Tú estabas aquí con ella?
(Como quien dice con la maravilla del cante.)

ROSARIO. *(Displicente y afectando no dar a Lola la menor importancia.)*
Hace poco que he llegado,
y mientras alguien venía...

LOLA. *(Enterada y recogiendo la alusión.)*
Yo... la he entretenido un rato.
Pero ahora, el mandamiento:
no estorbar. Heredia, vámonos
tú y yo al jardín, mientras llega
el coche.

JOSÉ LUIS. ¡Si es tan temprano!

ROSARIO. Si ellos quieren...
(Indicando que los deje marchar.)

JOSÉ LUIS. *(Ingenuo, entusiasta y sin fijarse en el enfado de su novia, a Lola.)*
No se vaya
usted... Diles tú, Rosario,
que no se vayan.

ROSARIO. Por mí...
(Aparte, a José Luis.)
No comprendo tu entusiasmo.
(Alto, a Heredia y Lola.)
Quédense... No estorban.

JOSÉ LUIS. *(Sin fijarse en la impertinencia de su novia.)*
Lola...

LOLA. ¿Qué?

JOSÉ LUIS. Lola...

LOLA. *(Riendo.)* Me llamo.

JOSÉ LUIS. *(Animado por la bondadosa alegría de Lola.)*
Si usted fuera tan amable
que aquí, solitos los cuatro,

nos cantase usted la copla
que más le guste...

LOLA. *(Mirando a Rosario.)*
Es el caso
que... ahora...

ROSARIO. *(Interviniendo apresuradamente para desviar la atención de José Luis a Lola y descartar a ésta de la conversación.)*
He venido a verte
y a tu padre, porque el sábado
tenemos comida en casa,
de gala... Como es el santo
de mamá... Vendrán los duques
de Lora, Villafernando,
Monte-Rosa..., en fin, los viejos
amigos de siempre y varios
nuevos; entre ellos el príncipe
de Lortic, y un diplomático
extranjero, no sé ahora
de dónde... Están invitados
a pasar aquí unos días,
en casa, y es necesario
que me ayudéis a ofrecerles
alguna fiesta de campo
para distraerlos.

JOSÉ LUIS. *(Queriendo desentenderse del asunto y hacer la conversación general.)*
Bueno;
mi padre es quien te hace al caso.

ROSARIO. *(Insistiendo en acaparar su atención.)*
¡Y tú! Aquí tienes el croquis
de la mesa. Ve mirando.

JOSÉ LUIS. *(Repasando distraído el papel que ella le ha puesto en las manos.)*
El príncipe..., la duquesa...,
Curro Lara..., Pura Baños...,
el general Paz... ¡Soberbio,
están muy bien colocados!

(Le devuelve el papel sin acabar de leer.)
¡Lo que se va a hablar aquí
de perros y de caballos,
del padre Flores, de modas,
de Kiriki y de Cagancho!
Prometo mi ausencia.

ROSARIO. *(Molesta.)* ¡Pepe!

JOSÉ LUIS. *(Entre bromas y veras.)*
O me iré con los criados
a la cocinilla...

ROSARIO. Pero
¿cómo eres así?

JOSÉ LUIS. Rosario...
Me cargan los señoritos
de nuestra tierra. Son vanos,
fríos de cuello,.. Confunden
la ligereza de cascos
con la gracia; la indolencia
con la elegancia. Esos gansos
que desprecian cuanto ignoran
—y son el Espasa en blanco—
no me interesan.

ROSARIO. Tú...
(Iba a decir: "Tú también eres un señorito.")

JOSÉ LUIS. *(Interrumpiéndola y hablando siempre "ex abundantia cordis".)*
Aquí,
muy arriba, o muy abajo.
El pueblo es fino, sensible,
y, a su modo, aristocrático.
Trabaja como ninguno,
pero lo hace cantando,
y, más artista que obrero,
se ufana del resultado,
no del sudor que le cuesta:
de la obra, no del trabajo.
¿Verdad?

(Dirigiéndose a Heredia.)

HEREDIA. Y tan verdad, que aquí
se dejan tratar de vagos
por no confesar que están
todo el día currelando.
(Pausa. Vacila antes de hablar de sí mismo; pero al fin se suelta y lo hace con convicción y firmeza.)
Y yo de mí sé decir
—lo mío es distinto, ¡claro!—
pero... que me paso a veces
horas y horas buscando
las cosquillas a esta buena
sonanta.
(Señalando a la guitarra.)
Y cuando le arranco
una palabrita nueva,
que dice bien con el canto,
por el hombre más feliz
que usted vea no me cambio.
(Pausa y transición.)
Pero ¿qué le importa a nadie
lo que me costó lograrlo?

JOSÉ LUIS. *(A Lola, cordialmente.)*
Y usted, Lola, usted ¿qué dice?

LOLA. Yo... no digo nada. Canto.

JOSÉ LUIS. *(Agarrándose a la palabra con vehemente alegría.)*
¡Pues venga esa copla!... Heredia,
¿qué hace usted?
(Es decir, ¿cómo no coge ya la guitarra?)

HEREDIA. *(Con mucha calma.)*
¿Yo? La acompaño.
¿No lo ve usted? Si ella canta,
toco; si calla, me callo.

LOLA. *(Empezando con amable parsimonia la explicación que luego sigue.)*

Escuche usted, don José...

JOSÉ LUIS. Don José, ¡no! Yo me llamo
José Luis. Y si usted
me dice Pepe..., encantado.

LOLA. *(Continuando en tono afectuoso y persuasivo, que encalabrina más y más al muchacho.)*
Pues bueno... Usted no se enfada,
Pepe... Pero quiero tanto
yo a mis coplas, que las sigo,
de que salen de mis labios,
como a palomas que vuelan
de ramita en rama... Y cuando
noto que hay alguien que no
las mira bien, me las callo...
Me parece que se van
a lastimar... y no canto.
Usted me comprende...

JOSÉ LUIS. *(Entusiasta.)* Yo
la comprendo, sí, y...
(Va a decir: la admiro, cuando...)

ROSARIO. *(Que está molestísima, deseando cortar aquella conversación, interviene con tono provocativo y duro.)* Acaso
dice usted eso por mí...

LOLA. *(Tranquila.)*
Por usté lo digo, ¡es claro!
Pero tiene usted razón.

ROSARIO. ¿...?

LOLA. Usté ha venido a escucharlo
a él y no a mí.

ROSARIO. *(Con tajante impertinencia.)*
Ya nosotros
lo tenemos todo hablado:
y usted no es inconveniente
para nada.

LOLA. *(Con imperceptible sonrisa.)*
¿No?

ROSARIO. Si, en tanto
que vuelve mi tío, él quiere
oírla cantar un rato,
debe usted darle ese gusto,
que él satisfará de largo,
como es debido, y ustedes
no lo perderán.

JOSÉ LUIS. *(Alarmado y chocado por el tono despectivo de su novia.)*
¡Rosario!...
Que Lola y Heredia son
mis huéspedes.

ROSARIO. ¿Yo les hago
la menor ofensa? Ellos
¿no viven de su trabajo?
¡Pues se les manda cantar,
se les paga y terminado!

JOSÉ LUIS. ¡Lola!... Perdónela usted...
(A Rosario, con mal contenida indignación.)
A un regalo otro regalo
corresponde, y al artista
no le ofende el aceptarlo.
Pero ¡pagar!, no hay quien pague
las cosas bellas...

ROSARIO. ¡Romántico!
Ellos piensan de otro modo.
¿Verdad?
(A Lola, con descarada impertinencia.)

LOLA. Verdad. Por dos cuartos
canta un ciego.

ROSARIO. *(Que ha ido demasiado lejos.)*
Yo no he dicho...

LOLA. Y por nada canta un pájaro.

HEREDIA. Y todavía le sale,
al que no le gusta, caro.

ROSARIO. *(Suavizando algo, pero insistiendo siempre en señalar la diferencia de clases y en colocar a los artistas a distancia.)*
No es eso. Precisamente
yo pensaba ahora invitarlos
para estos días en casa.

LOLA. Gracias. Tengo otro contrato.
En Sevilla.

ROSARIO. Como usted
quiera. Pero aquí le dábamos
lo que allí.

LOLA. Gracias. Su tío
ya quiso que nos quedáramos.
Y si por dinero fuera...

ROSARIO. Ya, ya...
(A José Luis.)
¡Tu padre es fantástico!

JOSÉ LUIS. *(Con vehemente disgusto.)*
¿Qué dices?

ROSARIO. Nada...

JOSÉ LUIS. ¿Insinúas?...

ROSARIO. ¿Yo? No. Ella, en todo caso...
(Sinceramente indignado, José Luis va a decir algo muy duro a su novia.)

LOLA. *(Previniéndolo.)*
Déjela usted. No me ofende.
Los que por el mundo andamos
tenemos que oír de todo...

JOSÉ LUIS. No, ¡Lola!

LOLA. (Sin contestarlo.)
(Y mirando fijamente a Rosario, añade:)
Cuando se vive, se sufre
y se goza, hay bueno y malo;
hay amigos y enemigos,
horas tristes, buenos ratos...
y los peligros mayores
no están en los dichos agrios.

JOSÉ LUIS. *(Inquieto y extrañado.)*
¿Qué dice usted?

LOLA. Que es usted
muy noble y muy buen muchacho...
Y yo le agradezco mucho
lo que hace. Pero es el caso
que usté aquí ha venido a ver
a su novia, y le estorbamos.

ROSARIO. *(Que coge al vuelo toda la ironía de las frases de Lola, porque ha sido ella la que ha venido a la casa del novio y la que se muestra violenta con la presencia de Lola, dice con mal disimulada furia:)*
Protéjame usted ahora.

LOLA. Como usté a mí antes.

JOSÉ LUIS. *(Enojadísimo con su novia.)*
Vamos.
Rosario, lo que tú haces
no es noble ni delicado.

ROSARIO. *(Furiosa.)*
Eso, eso... ¡Insúltame
por tus flamencos!...

JOSÉ LUIS. ¡Rosario!

LOLA. *(A José Luis.)*
¿Ve usted cómo yo tenía
la razón? ¡Heredia, andando!...
(Y seguida de Heredia se encamina a la puerta, a tiempo que aparece en ella Don Diego, que vuelve del campo. Lola está más hermosa que nunca.)

JOSÉ LUIS. *(Siguiéndola unos pasos, la llama.)*
¡Lola!

LOLA. *(Se vuelve desde la puerta y, deteniéndole con la mirada, le responde:)*
¡Pepe!

ROSARIO. *(Que ve ir a su novio tras de la otra, sin poderse contener, lo llama desolada:)*
¡José Luis!

ESCENA XI

Dichos. Don Diego, acompañado de Paco, el casero, que se retira prudentemente al oír el tono en que su amo comienza a hablar. Más adelante de esta escena, cuando se oye sonar la guitarra para que Lola cante, se ven aparecer en la puerta del fondo: primero, Paco y Mercedes; luego, varios campesinos y capataces de la finca.

DON DIEGO. *(Poniéndose delante de Lola, como para detenerla. Lola se vuelve entonces hacia el proscenio.)*

¿Adónde vas? ¿Qué ha pasado?
(Interrogando a todos con la mirada y notando la alteración que cada uno disimula, más o menos. Don Diego, que viene ya avisado de la llegada de su hijo, para cuyo carácter y modo de ser tiene una de esas incomprensiones casi absolutas, más frecuentes de lo que parece, de una generación a otra, decide para sí que José Luis ha cometido alguna grosería, inconveniencia o desabrimiento con Lola, y, sin más averiguaciones, se encara con el muchacho, lleno de violencia.)

¿Qué ha pasado?... Desde luego
me figuré que en llegando
tú aquí... Y al saber que estabas
puse a galope el caballo.
Pero, por lo visto, tarde
piache... ¿Sabes, mentecato,
cómo hay que tratar a esta
mujer? ¿Qué le has dicho? ¡Vamos!
¡Alguna sandez, alguna
impertinencia.!... ¡Es un sabio
el niño, y todos los niños

de ahora!... Y con saber tanto
no saben nunca mostrar
la cortesía, el agrado
precisos; y más a una
mujer; y mucho más, cuando
es una artista como ésta,
única, admirable.

JOSÉ LUIS. *(Tranquilo.)* Estamos
conformes.

DON DIEGO. Pues a pedirle
perdón.

JOSÉ LUIS. Ahora.

DON DIEGO. *(Sin oírle.)* ¡Volando!

LOLA. Pero yo no lo perdono.

DON DIEGO. *(A Lola, suplicante.)*
¡Mujer!...

LOLA. *(Tranquila y suave.)*
Porque no ha pecado,
ni aquí ha sucedido nada
de particular. Estábamos
impacientes... por la vuelta
de usted. Y al ir a asomarnos
al jardín...

DON DIEGO. Tú eres muy buena,
Lola... Pero estos muchachos
no saben hablar a una
mujer sin hacer el ganso.
(Airado, a su hijo.)
Si has venido... para eso,
podías haberte estado
en Sevilla.

JOSÉ LUIS. *(Decidido y pensando en Lola, cuyas cosas le seducen cada vez más sin que él pueda remediarlo ni darse cuenta de un modo claro.)*
Allí me vuelvo
esta noche.

ROSARIO. *(Alarmada ante esta decisión.)*
¡Pepe!...

DON DIEGO. *(A quien su hijo le molesta y estorba ahora más que nunca.)*
¡Andando!
Y Lola se queda aquí
como una reina.
(Dice esto como para enmendar la supuesta conducta de su hijo: en el fondo con la esperanza de retener a Lola.)

LOLA. No falto
yo a mi palabra.

DON DIEGO. *(A ella, insistiendo con vehemencia.)*
¡Esta noche
siquiera!...
(Lola hace un signo negativo.)
¿Tú lo has pensado
bien? ¡Estoy loco!...

LOLA. *(A él, sonriendo tranquila.)*
Lo veo.

DON DIEGO. ¡Todo lo que quieras, cuanto
poseo!

LOLA. Don Diego...

DON DIEGO. *(Esperanzado.)* ¿Que?

LOLA. *(Serena e irrevocable.)*
Que está muy bien empleado.

ROSARIO. *(Que observaba ansiosa el aparte de su tío con Lola, temiendo que ésta se quede, se decide a declarar lo ocurrido.)*
Tío, ¿quiere usté escucharme
a mí una palabra?...

DON DIEGO *(Volviendo a la realidad, un poco confuso, y reparando, quizás por primera vez, en Rosario.)* Vamos...,
sobrina..., ¡perdona! Todo
lo que quieras... Vengo dando
lecciones de cortesía
y a ti ¡ni te he saludado!

Pero es que...

(Mirando todavía encolerizado a su hijo. Pero Rosario lo lleva aparte y, por las exclamaciones de Don Diego, se comprende que ella le cuenta, un poco a su modo, cómo han sucedido las cosas: se queja de José Luis y de Lola, y, finalmente, solicita su ayuda para que José Luis se quede al santo de su madre, y el mismo Don Diego. José Luis, por su parte, aprovecha el momento para acercarse a Lola, que, al otro extremo, hablaba con Heredia. Este se retira al fondo y desde allí observa, comprende y sonríe, dispuesto a intervenir en el momento oportuno. Por las respuestas de Don Diego a Rosario se comprende: primero, que estaba muy lejos de sospechar la verdad; segundo, que ve clara su plancha; tercero, que, enamorado de Lola, va a reprochar a su sobrina su actitud, pero comprendiendo los celos de ésta, y por disimular los suyos, no lo hace; cuarto, que la conducta real de su hijo defendiendo a Lola le molesta mucho más que las torpezas o groserías que él le había supuesto, y quinto, que abraza decididamente la causa de Rosario, que es también la suya, para hacer que su hijo se quede, sobre todo una vez convencido de que Lola se va.)

ROSARIO. *(A Don Diego.)* .....

DON DIEGO. Ah, ya.

ROSARIO. .....

DON DIEGO. Pero... entonces...

ROSARIO. .....

DON DIEGO. Y tú ¿por qué?...

ROSARIO. .....

DON DIEGO. Claro... ¡Claro!

LOLA. *(A José Luis, con cierto interés afable no exento de coquetería.)*
¿Conque vive usté en Sevilla?
¿Y qué hace usté allí?...

JOSÉ LUIS Acabando
mi carrera.

ROSARIO. *(Siempre a Don Diego, acabando una frase.)*
... ella la culpa.

DON DIEGO. *(Protestando en favor de Lola y desahogando su ira contra el chico.)*
¿Ella? ¡No! Ese mamarracho...
Pero ¡tú verás!
(Sigue hablando con Rosario bajo.)

JOSÉ LUIS. *(A Lola, procurando cierta intimidad con ella, seducido por su proximidad.)*
¿Por qué
le dijo usted a Rosario
aquella copla?...

LOLA. *(Sin contestar directamente.)*
Y usted,
¿por qué dijo lo contrario?

JOSÉ LUIS. *(Un poco aturdido.)*
No sé... Me salió del alma,
sin pensar. Pero, pensándolo...

DON DIEGO. *(A Rosario, por José Luis.)*
Miren ese cena a oscuras,
el soñador, el romántico...

JOSÉ LUIS. *(Siguiendo su tema con la cantadora.)*
¿No le parece a usted, Lola?

LOLA. *(Con naturalidad, apartándose un poco de él.)*
No lo sé. No me ha pasado
nunca.

JOSÉ LUIS. ¿Nunca?

LOLA. *(Con firmeza.)*
Nunca.

JOSÉ LUIS. *(Entre tímido y atrevido.)*
¿Y...
Heredia?

LOLA. *(Serenamente.)*
Heredia es mi hermano
de arte, mi *tocaor*,
mi guitarra.

DON DIEGO. *(A Rosario, que le ha dicho lo del santo de su madre.)* Sí, sí, el sábado.

ROSARIO. .....

DON DIEGO. ¿Yo?... No sé... Pero él, seguro
lo tienes.
(Por José Luis y dándole cariñosas palmaditas.)
¡Pierde cuidado,
celosilla! ¡No faltaba
otra cosa!

ROSARIO. Mas...

DON DIEGO. Yo mando.
(Y, efectivamente, decidido a ordenar a su hijo que se quede, interrumpe, entre paternal y malhumorado, la conversación de éste con Lola, diciéndole:)
Bien, caballerito; basta
de palique.
(Y luego, aparte a José Luis, con severidad y enfado.) Eres un necio...
Está Rosario enojada,
¡con razón! A toda costa
tienes que desagraviarla.
(Y dirigiéndose con dulzura a Lola, que contrasta con su dureza para el hijo.)
Y tú, Lola..., ven acá.
Fué de otra clase la falta
de este mozo, a lo que entiendo,
y me inclino a perdonarla,
si tú también...

LOLA. ¡Si yo no
tengo que perdonar nada!

DON DIEGO. Pues no se hable de ello más.
(Y a su hijo, con campanuda severidad.)
Y... aprende tú que, en tu casa
la persona de tu huésped
para ti ha de ser sagrada.

JOSÉ LUIS. *(Con cierta sorna.)*
¿Para mí?

DON DIEGO. *(Airado.)*
Naturalmente.
¿Qué quieres decir?

JOSÉ LUIS. *(Conteniéndose y aprovechando para reiterar su deso de irse.)* Pensaba
en irme ahora mismo.

DON DIEGO. *(Apresuradamente.)*
¡No!
El que se marcha mañana
a Sevilla soy yo...

JOSÉ LUIS. *(Indignado y viendo el juego de su padre.)*
¿Cómo?

ROSARIO. Tío...

DON DIEGO. *(Sin mirar a su hijo y contestando más bien a Rosario.)*
Asuntos de importancia
vitalísima.

JOSÉ LUIS. *(Terco y decidido.)*
Pues yo
no me quedo.

DON DIEGO. *(Furioso.)* Tú te callas
y obedeces...
(Disimulando luego un poco su cólera.)
Ya has oído
que tienes que acompañarla
estos días y ayudarle...
(Por Rosario.)

JOSÉ LUIS. Yo no entiendo una palabra
de fiestas de campo...

DON DIEGO. Eso
es lo de menos... Tú hablas
con el mayoral, José
Dolores, para las vacas
y los becerros; Guerrero,
el picador, de las cuadras
puede sacar hasta doce
caballos.

ROSARIO. Con menos bastan.

DON DIEGO. *(Realmente espléndido, pero atento a captarse a la sobrina y a que la fiesta sea importante, para que José Luis no pueda zafarse. Sabido es que las fiestas de campo en Andalucía, en los grandes cortijos y dehesas, comportan, generalmente, el acoso y el derribo o el toreo a pie y a caballo de vaquillas y becerros bravos.)*
Los que tú quieras. Aquí,
sobrina, tú eres el ama.
¡No faltaba más!
(Y dirigiéndose a José Luis, con amenazadora grandilocuencia y seriedad campanuda, que contrasta cómicamente con la finalidad oculta de su discurso.) Y, tú,
ya es hora de que te hagas
al campo y a sus faenas.
¡El absentismo es la plaga
de Andalucía y la muerte
de nuestra riqueza agraria!
¡Hay nada más cursi que esos
labradores... que no labran!...

JOSÉ LUIS. *(Recalcitrante y angustiado por la decisión de su padre.)*
¡Yo me voy! ¡Usted quería,

padre, que yo me marchara
antes!...

DON DIEGO. *(Autoritario.)*
Pues ahora te quedas

JOSÉ LUIS. Y...

DON DIEGO. *(Implacable.)*
Yo te lo mando. ¡Y basta!

(José Luis va a responder desesperado, echándolo todo a rodar. Pero Heredia, que previendo el momento de intervenir ha llenado de vino unas copas durante la última parte del diálogo, se adelanta con una caña en cada mano y tercia oportunísimamente diciendo:)

HEREDIA. Bueno... que sea motivo
para tomar una caña
esta buena compañía
... y la pena de dejarla.

(Y dando una copa a Don Diego, le dice bajito:)

No se precipite usted,
don Diego.

(Y volviéndose a José Luis para darle otra caña:) Tenga usté calma,
mocito.

(Y llevándole un poco aparte y señalando a Lola, sentada junto a la mesa, y a la parte del cielo que se ve al fondo.)

¿Ve usté el lucero
de la tarde? Más lejana
está de nosotros esa
mujer que ve usté ahí sentada.

(José Luis lo mira y mira a Lola.)

Coja usté un rayo de sol;
detenga usté una palabra
que se fué; abrace usté el mar,
y córtele usté las alas

al viento... Todo eso es
más fácil que sujetarla.

JOSÉ LUIS. *(Asombrado.)*
¿Por qué?

HEREDIA. Porque ella se va
siempre. Es como el río; pasa
y no vuelve nunca atrás
su corriente.

JOSÉ LUIS. ¡Pero arrastra!

HEREDIA. Al barco que no gobierna
y al sujeto que no nada.

JOSÉ LUIS. *(Mirando a Lola entusiasmado.)*
Pues yo me voy a Sevilla
a oírla.

DON DIEGO. *(Que ha oído lo de ir a Sevilla.)*
¿Tú?

LOLA. *(Levantándose decidida y serena y haciendo una seña a Heredia. Este toma la guitarra de la silla donde la había dejado.)*
No hace falta.

DON DIEGO. *(Amenazador, a su hijo.)*
¿Qué dices?

JOSÉ LUIS. Que yo también
tengo asuntos de importancia
en Sevilla.

ROSARIO. *(Alarmadísima.)*
¡Pepe!

DON DIEGO. *(Por José Luis.)*
Nunca.

JOSÉ LUIS. ¡Bueno!
(Desafiando la ira del padre.)

HEREDIA. *(Rasgueando en la guitarra y señalando a Lola.)*
Vamos a escucharla.

LOLA. *(Se sienta y habla unas palabras con Heredia.)*
Esta es la última copla

que canto yo en esta casa.
Heredia...
(Este se inclina y ella le indica lo que ha de tocar.)

HEREDIA. *(Asombrado.)*
Un cante tan grande
que...

LOLA. Me está hirviendo en el alma.
Por soleares.

HEREDIA. *(Entusiasmado, a los demás.)*
La madre
del cante. ¡Y la antigua! ¡Vaya!
Don Diego... Usted que lo entiende...
(A José Luis.)
¡Va usté a oír lo que no canta
ya nadie!
(Indicándole que se siente a un lado hacia donde está Rosario.)
Así... Una mijita
más lejos.
(A Don Diego.)
Y usté, aquí.
(Al lado de él.)

LOLA. *(Mientras Heredia templa.)*
Vaya
por ustedes todos...
(Mirando a Rosario.)
Si
usté no me lo rechaza.

ROSARIO. ¿Yo?...
(Algo desconcertada.)

DON DIEGO. Lola...

JOSÉ LUIS. *(Con entusiasmo.)*
¡Lola!

HEREDIA. *(Con autoridad de artista verdaderamente litúrgica.)*
A escuchar.
Silencio. La Lola canta.

LOLA. *(Cantando acompañada a la guitarra por Heredia.)*

De querer a no querer
hay un camino muy largo,
y todo el mundo lo anda
sin saber cómo ni cuándo.

(Apenas ha empezado a sonar la guitarra y las primeras notas del cante, han aparecido a la puerta del fondo: primero, Paco y Mercedes; luego, varios campesinos, que, so pretexto de venir a dar sus cuentas, vienen efectivamente a oír a Lola y a admirar a la mejor cantadora de Andalucía. Poco a poco se van entrando de puntillas y sombrero en mano, manteniéndose siempre a distancia respetuosa del grupo de los señores, que no repara en ellos. Oyen religiosamente, y cuando Lola acaba de cantar se retiran hacia el fondo dando muestras de entusiasmo; pero no se van. Quieren gozar de la presencia de ella hasta el fin y despedirla a su modo.)

DON DIEGO. *(Sin poder contener su entusiasmo a la Lola, con vehemente enamoramiento.)*
¡Olé mil veces tu boca!
¡Bendiga Dios tu garganta!
(Al oído de ella, que sonríe sin hacerle caso.)
¡De perlas he de cubrirla!
Heredia, ¡otra copa!

HEREDIA. Gracias.
(Acercándose a José Luis, que inclina la cabeza ocultando su emoción.)
Pero ¿qué es eso? ¡Está usté

llorando! ¡Si no me extraña;
si a mí mismo me sucede!...

JOSÉ LUIS. *(Un poco avergonzado.)*
Se me saltaron las lágrimas...

HEREDIA. *(Deja discretamente a José Luis y dirigiéndose a Rosario.)*
¿Me atreveré a preguntarle
a usted, señorita?...

ROSARIO. *(Adelantándose leal a declarar.)*
Canta
admirablemente.

JOSÉ LUIS. *(A Lola, suplicante.)*
Yo
me pasaría escuchándola
la vida... ¡Otra copla!

LOLA. *(Levantándose.)*
No.
Porque no necesitara
usted viajar para oírme
he cantado. Y... ahora ¡en marcha,
Heredia! Llegó el momento.
(Y se dirige a la puerta, pero José Luis la detiene un momento.)

JOSÉ LUIS. *(Bajo a Lola.)*
Pero... mi padre..., mañana...

LOLA. *(Parándose en seco.)*
Mañana y siempre yo sé
lo que quiero.
(Sigue andando.)

JOSÉ LUIS. *(Queriendo todavía detenerla y complicando a Heredia.)*
¡Ah! ¡No se vayan!

HEREDIA. *(Mirando a Lola, que ha decidido irse sin esperar un momento.)*
Estamos aquí a gustísimo.
Pero es tarde. El tren no aguarda
y...
(Consultando su reloj. En este momento

atravesando el grupo de campesinos que se abre a un lado y a otro, se presenta el cochero Fernando y dice:)

FERNANDO. El coche.

LOLA. *(Amablemente seria.)*
Don Diego, adiós.
(Volviéndose al muchacho, con sincero acento de gratitud y simpatía.)
José Luis, muchas gracias...

JOSÉ LUIS. ¿No la veré a usted?...

LOLA. A mí
me ve y me oye el que me llama
para cantar... o el que toma
en el teatro su butaca.

ROSARIO. *(Desde lejos y disparando su último tiro, pero ya sin convicción y casi involuntariamente.)*
Y... ¿nadie más?

LOLA. *(Con serena dignidad.)*
Nadie más.

ROSARIO. *(Acercándose a ella, vencida por la grandeza de esta mujer, que se va—dejándole el campo libre—sin ceder a sugestiones de interés, de amor, de nada.)*
¿Me perdona usted?

LOLA. *(Siempre magnánima.)*
De nada.

ROSARIO. *(Que quiere, sin embargo, explicarse, disculparse.)*
Yo creía...

LOLA. *(Interrumpiéndola.)*
Usted creía.

ROSARIO. Yo pensaba...

LOLA. Usted pensaba...
De los malos pensamientos
Dios nos libre.
(Y esboza el gesto de hacer una cruz en la frente de Rosario.)

ROSARIO. *(Realmente conmovida.)*
¡Lola!

LOLA. *(Termina el gesto, signándose ella misma en la frente.)* Basta.

DON DIEGO. *(Reparando en los grandes ramos de rosas que tienen en las manos Mercedes y Paco, cortadas del jardín por orden suya.)*
¡Las rosas, llevar las rosas
al coche!...
(Paco y Mercedes salen con las rosas a dejarlas en el coche, que se supone junto a la misma puerta, pero que no se ve.)

LOLA. *(Al ver las flores.)*
¡Dios mío! ¡Cuántas!
(Lola y Heredia, acompañados por Don Diego y José Luis y Rosario, llegan a la calle que a un lado y a otro colocados han formado junto a la puerta los campesinos. Don Diego repara en ellos e interpela bruscamente a Paco.)

DON DIEGO. Y éstos, ¿qué hacen aquí ahora?

PACO. *(Disculpando y explicando.)*
Que... como están terminadas
las faenas, vienen los
capataces de las hazas
a rendir cuentas.

DON DIEGO. *(Nervioso y malhumorado por la marcha de Lola.)*
¡Qué cuentas
ni qué...! A fisgar y a escucharla
han venido.

JOSÉ LUIS. *(Intercediendo.)*
¿Y qué mal hay
en ello, padre?

DON DIEGO. *(A José Luis, agrio.)*
Tú, calla.

(A Lola al oído.)
Que no hay remedio, ¡te vas!
Yo te buscaré mañana
en Sevilla.

LOLA. ¿A mí?

(Y sigue hacia fuera sin mirarlo.)

HEREDIA. *(Al pasar junto a Don Diego.)*
Don Diego,
¿ve usted lo que yo le hablaba?
(Como diciendo, ¿ve usted cómo ella se va siempre?)

DON DIEGO. *(Empeñado.)*
Ya veremos.

HEREDIA. *(Saliendo.)*
Dijo el ciego.

CAMPESINO 1.º *(Al pasar Lola.)*
Yo le traía esta mata
de sándalo.
(Se la ofrece; ella la toma sonriendo.)

CAMPESINO 2.º *(Dándole unos resedas.)*
Resedanes...

CAMPESINO 3.º Y yo... estas flores de jara.

LOLA. *(Tomándolas y sonriendo amablemente a todos.)*
Gracias.

CAMPESINO 1.º A usté, ¡reina!

LOLA. Adiós.
(Sale y se supone que ha subido al coche.)

CAMPESINO 1.º ¡Viva la que mejor canta
en el mundo!

CAMPESINO 3.º ¡Dios bendiga
a la alegría y la gracia
de Andalucía!...

JOSÉ LUIS. *(Atravesando el grupo y con acento verdaderamente conmovido.)*
Adiós, ¡Lola!

DON DIEGO. *(Deteniendo a su hijo y dirigiéndose al cochero, que va a partir.)*
Cuidado, Fernando...

FERNANDO. *(Dentro.)* ¡Alza!
¡Romera! ¡Torda!...

CAMPESINO 2.º Ellas van
orgullosas con su carga.
(El coche ha partido. Se oyen sus campanillas cada vez más lejanas. Es casi de noche. Todavía desde la puerta dice:)

JOSÉ LUIS. ¡Adiós!... ¡Allá van!...

CAMPESINO. 1.º *(Agitando su pañuelo de hierbas.)*
¡Adiós!

JOSÉ LUIS. Ya doblan por la cañada...
Ya no se ven...

DON DIEGO. *(Que se ha colocado ahora junto a la ventana, donde se supone que se ve el último recodo del camino que se alcanza desde la casa.)*
Aun se oye
el coche.

CAMPESINO 1.º *(Acercándose respetuoso a Don Diego y dándole un papel arrugado, que saca de la faja.)*
Nostramo...

DON DIEGO. *(Volviéndose malhumorado y leyendo distraídamente el papel.)*
Vaya...,
a fanega por olivo.
Está bien...
(Llamando a Paco, que acude solícito desde la puerta.)
Paco... Despacha
tú a toda esa gente... Yo
no tengo hoy tiempo... ni gana
(Paco hace señas a los campesinos y los reúne aparte; pero uno de ellos, el más

próximo a Don Diego, se dirige a éste y empieza a decirle:)

CAMPESINO 2.° Los recentales...

DON DIEGO. *(Despachándolo sin oírle.)*
Sí, sí...
A Paco.

CAMPESINO 3.° *(Al que tiene al lado.)*
Aquí ya no cantan
más que los grillos... Manuel,
vámonos pa la majada.

(Y unido a los demás, salen todos por el fondo lentamente llevados por Paco, no sin mirar un momento todavía en la dirección que ha tomado el coche de Lola. Va anocheciendo rápidamente. Se diría que la noche viene a grandes zancadas.)

ESCENA XII

Rosario, José Luis y Don Diego, este último junto a la ventana.

JOSÉ LUIS. *(Mirando a la puerta del fondo, por donde se ve el cielo estrellado y se adivina el campo en sombra.)*
¡Cómo ha venido la noche!

ROSARIO. *(Que estaba sentada en la silla que ocupó Lola, se levanta y se acerca lenta y tímida a José Luis, que parece abstraído y ausente, y poniéndole una mano en el hombro.)*
¿No quieres llegar a casa...
a ver a mi madre?

JOSÉ LUIS. *(Maquinalmente, como despertando de un sueño y mirando la silla que acaba de dejar Rosario.)*
Bueno...

DON DIEGO. *(Desde la ventana, por donde mira siempre al campo.)*
¡Sí, sí! Yo iré luego...
(Rosario va hablar. Pero José Luis la detiene con un gesto y escucha suspenso.)

JOSÉ LUIS. ¡Calla!...
Parece que vuelve a oírse
el coche.
(Pausa, escuchando.)
Ya no...
(Otra pausa.)
Ya... nada.
(Ahora sí que es completa e inopinadamente de noche.)

TELON

ACTO SEGUNDO

La escena representa una glorieta del jardín de una venta sevillana, orilla del río. A la derecha, un cenador grande hacia el primer término, en donde está dispuesta la mesa del convite y al cual se entra por el fondo, que es el jardín. A la extrema izquierda, otro cenador pequeño, delante del cual hay un banco propio del sitio. Entre uno y otro cenador se abre una senda que va hacia el fondo del jardín. A uno y otro lado del jardín se ven luces que corresponden a otros cenadores, hasta perderse en la lejanía, que se supone llega hasta la orilla del río. Es de noche, y, por lo tanto, puede haber un gran efecto en las luces y colores.

ESCENA PRIMERA

Heredia (dormido) y Lola.

LOLA. Heredia...
(Tocando suavemente a Heredia, que duerme, apoyada la cabeza en uno de los veladores del cenador de la izquierda.)
Heredia...
(Aparte.)
Dormido.
¡Rafael!
(Con voz más fuerte.)

HEREDIA. Lola.

(Despertando súbitamente.)

LOLA. ¡Despierta, demonio!

HEREDIA. Si no dormía.

LOLA. Como un lirón.

HEREDIA. Pues Minerva mande a su mochuelo. Soy el mismo insomnio.

LOLA. ¿Qué piensas de lo de ayer?

HEREDIA. Lo de ayer... es lo de siempre, mi reina; que nos vamos de Sevilla, o a Sevilla se la llevan a San Baudilio.

LOLA. ¡Gracioso!

HEREDIA. Y con camisa de fuerza.

(Mirando a Lola y recitando con cierto énfasis.)

Mujer, quien dijo mujer
dijo ciclón y tormenta:
por donde pasa la Lola
el aire relampaguea.

LOLA. ¿También tú haces coplas?

HEREDIA. No; pero escucha la falseta.

(Tocando en la guitarra.)

LOLA. No está mal... Más alto... Así:

(Cantando.)

Dijo ciclón y tormenta,
Mujer, quien dijo mujer...

HEREDIA. Es cante bravo; más fuerza.

LOLA. La ensayaremos despacio.

HEREDIA. Adivíname al poeta.

LOLA. Algún mocito encendido, como castillo de feria. Juegos de pólvora. No es

mala, pero no me llena
esa copla.

HEREDIA. A mí me gusta;
tiene pasión y sentencia.

LOLA. Es cante de señorito.

HEREDIA. Verdad; pero de la tierra.

LOLA. Una copla—cuando es copla—
es más que un arco de iglesia,
cosa muy seria.

HEREDIA. Conforme;
pero por algo se empieza.

LOLA. ¿Piensas que las coplas se hacen
con estudio y con paciencia?

HEREDIA. No. Como el cante y el toque,
también la copla se lleva
en el corazón. El arte
consiste en echarla fuera.
Arte difícil; por eso,
si uno canta, cien berrean.

LOLA. El arte de echar al viento
el corazón, ¡qué faena
más grande!

HEREDIA. De eso sabemos
algo tú y yo.

LOLA. ¡Viva Heredia,
mi tocador, la guitarra
más grande que hay en la tierra!
La verdá es que yo te quiero,
Rafael... A mi manera.
¿Crees tú que yo te cambiaba
por la Sinfónica?

HEREDIA. ¡Aprieta!

LOLA. Y hoy estás guapo.

HEREDIA. ¡Graciosa!
Vengan piropos.

LOLA. *(Volviendo a tono serio.)*
¿De veras
crees que debemos marcharnos?

La razón...

HEREDIA. Si tu cabeza
no es un remate de adorno
para lucir la peineta,
reina del cante, ¿por qué
esas preguntas superfluas?

LOLA. ¿Y adónde vamos?

HEREDIA. A Cádiz,
a Sanlúcar..., donde quieras.

LOLA. *La Lola se va a los Puertos...*
(Cantando.)
No, no, la Lola se queda
en Sevilla. ¿Qué te asusta,
cobardón?

HEREDIA. La nube negra
que se echa encima... ¡Y va a ser
agua clara lo que llueva!

LOLA. Será vino.

HEREDIA. Échalo a broma.
Don Diego, con dos bateas
de cañas de manzanilla
de más en el cuerpo, llega
esta noche, y con la espuma
de Sevilla: Paco el Breva,
Panza-Triste, Chipiona,
Corta-el-Hipo (gente buena
que lo escolta), en compañía
de don Narciso Galerna,
un ricacho, el rey del corcho.

LOLA. ¡Del corcho!

HEREDIA. De las botellas.
Dos comparitos del brazo
que se apuntalan, si llega
el trance de andar. Don Diego,
propicio a cualquier violencia,
sabe Dios lo que cavila.
Ayer me dijo: diez leguas

vendo de olivar y compro
a mi Lola una diadema.
¿Qué me dices?

LOLA. Que así acaban
los latifundios.

HEREDIA. Chochea
el pobre. Y el niño...

LOLA. ¿Quién?
¿José Luis?

HEREDIA. El poeta...
Cuando un señorito hace
cantares, señal que almuerza
cada tres días. Al niño
el padre lo tiene a dieta;
y el niño, que está más loco
que el padre y que siete espuertas
de gatos, jura y perjura
que va a haber una tragedia
de las que ya no se ven
más que en figuras de cera.

LOLA. ¡Es gracioso!

HEREDIA. ¿Tiene gracia,
verdad? Pues aguarda: ella,
la novia, la Rosarito,
despechada—y no está fea,
por cierto—después que el novio
le dijo: *niña a otra puerta,*
vino a Sevilla a espiarlo.
Y allí donde lo ventea
va mi Rosarito.

LOLA. ¿Sí?

HEREDIA. Se acabó la damisela
de marras. Una mujer
celosa es una pantera.
(Pausa.)
Filosofía: Dios hizo
el mundo con arte y ciencia.
Lo vió y dijo: no está mal.

Y no estaba mal. La Tierra
en su sitio, quieta y firme,
(algunos dicen que rueda;
yo no lo creo), y el Sol,
y la Luna y las estrellas
en su sitio, y a su hora
dando vueltas y más vueltas
sin tropezarse: un reló
con una máquina buena.
Y se echó a dormir. Después
vino lo de Adán y Eva
en su jardín; la alegría
de un matrimonio sin suegra;
y la manzana y la sierpe;
la esaborición aquella
que hizo Caín con su hermano;
el diluvio, y las almejas
que se ahogan, y la torre
de Babilonia y... etcétera,
las cosas que tú y que yo
aprendimos en la escuela.
Lo importante fué que un día
dijo San Pedro: —Me suena
el mundo a caldera rota.
Señor, ¿qué pasa en la tierra?
—Asómate y lo verás.
San Pedro asomó la jeta
al mundo, mientras reían,
al verle la chichonera
tan venerable, con ganas,
los angelitos.—No quiera
usted saber lo que pasa
—dijo el santo—. ¡Qué tristeza!
—Tú eres un rancio, Perico;
mira bien.—¡Que ya no quedan
dos onzas de sal!—¿Qué dices?
—Y se acabó la pimienta.

LOLA. ¡Qué gracioso! Tiene gracia

San Pedro.

HEREDIA. Si te interesa,
prosigo.

LOLA. ¡Claro!

HEREDIA. —En Europa
—siguió San Pedro—, canela
del mundo, en la misma España
que era su parte más recia,
todo se americaniza,
se desustancia, y de fuera
viene todo: cante, música,
juegos, bailes y peleas,
que lo castizo se acaba
y día vendrá en que venga
hasta el agua del bautismo
de Yanquilandia, en botellas.
Todo se democratiza;
barato y a la carrera
se hace todo, porque nada
vale un pepino; las perlas
que hizo usted tan despacito
hoy se fabrican por gruesas.
Ya todo es uno y lo mismo.
El sexo es una entelequia.
Los hombres y las mujeres,
como ellos dicen, se encueran
por menos de nada y... nada,
ni notan sus diferencias.
—Eso es muy grave, Perico.
—Y tanto.—¿Qué me aconsejas?
—Que se haga usté el distraído
un momentito y que vuelva
la serpiente y que les hable,
y a ver si esta vez se enteran
—dijo el santo.— No se pierde
—habló el Señor—la inocencia
dos veces. Será mejor
darle una forma flamenca

al mundo. ¿Qué te parece?
—Que usted sabrá.—Pues espera.
Tomó el Señor un granito
de sal fina, de la buena,
y dijo: —Por una vez
trabajo en día de fiesta.
Haré una mujer de lujo
que todo el mundo la quiera
y no quiera ser de nadie;
a ver si el mundo se ordena
por el querer, y las ducas
del querer las canta ella.
¡Hágase la Lola! El Sol
se anubarró, las estrellas
se asomaron, como boba
se quedó la Luna llena;
locos como siete cabras
cruzaron siete cometas.
Nació la Lola. El Señor
le dijo: —Date una vuelta
por el mundo.

(Pausa.)

LOLA. ¿Y qué pasó
después, Rafael?

(Con interés, después del silencio de Heredia.)

HEREDIA. No quieras
saberlo.

LOLA. Acaba tu cuento.

HEREDIA. Que el Señor echó su siesta
como siempre, pero tuvo
que despertar.—¡Qué tormenta!
¡Qué pasa, Perico!—Nada.
Que el Universo chochea,
que se le fué a usted la mano
en un granito de esencia.

ESCENA II

Lola, Heredia y Rosario.

HEREDIA. *(A Lola, por Rosario, que llega por una de las sendas que desembocan en la glorieta y en cuya actitud se nota una mezcla de arrojo, de inquietud y de extrañeza del medio, que ella trata de disimular.)*

Ya ves...

(Y luego, adelantándose sonriente a saludar a Rosario.)

Pero... ¡señorita!

¿Usté aquí?

ROSARIO. Sí, Heredia, sí.

¿Le extraña?

HEREDIA. No..., pero... aquí

a estas horas ¡y solita!

ROSARIO. *(Hablando con fingida volubilidad que revela su excitación.)*

Sola, no. Con un puñado
de amigos trasnochadores
que hasta aquí se han arrojado
conmigo, y han ocupado
uno de esos cenadores.
De entre ellos me escabullí,
pensando que encontraría
a mi tío por aquí...

(Dirigiéndose a Lola.)

Y que con él estaría
usted... No me esperaría
usted, de fijo.

LOLA. *(Con tranquila serenidad que contrasta con la excitación de Rosario.)*

Yo, sí.

Y antes que venga don Diego
—que por suerte aun tardará
un buen ratito—usted va
a decirme—desde luego,
sin temor de que me asombre—
lo que hasta aquí la ha traído.

(Rosario, un poco desconcertada, vacila, y cuando va a hablar, Lola la detiene, añadiendo:)

Pero, antes..., sepa que el hombre
que usted busca no ha venido.
Ni vendrá...

ROSARIO. *(Excitadísima, la interrumpe, agresiva.)*
¿Se lo prohibió
usted?

LOLA. *(La mira en silencio, primero con enojo, luego con curiosidad, al fin con comprensiva simpatía. Y dirigiéndose a Heredia, que se ha hecho discretamente a un lado, sin perderlas, sin embargo, de vista, lo llama.)*
¡Heredia!
(A Rosario, excusándose.)
Un instante.
(A Heredia, que se ha acercado, en voz baja.)
Déjanos solas.

HEREDIA. *(Algo alarmado.)*
Pero...

LOLA. Descuida.

HEREDIA. *(Aun inquieto.)*
Mas...

LOLA. *(Decisiva e inapelable.)*
¿Basta o no
con mi palabra?

HEREDIA. *(Vencido y convencido.)*
Bastante.

(Y Heredia se aleja hacia el cenador de la derecha, detrás de cuyas plantas desaparece.)

ESCENA III

Lola y Rosario.—Las dos mujeres se miden con la mirada. Pero Lola ve claro en el alma de Rosario que apenas puede refrenar su excitación. Para Rosario, en cambio, Lola permanece hermética y esto la irrita más y más.

LOLA. Yo podría contestar
a usted...
(Es decir, volverle al cuerpo sus impertinencias.)
Y también podría
no contestarle.
(Es decir, despreciarlas.)
Y sería
tal vez lo mejor... ¡callar!
(Variando y dulcificando el tono)
Pero usté ha venido a hablar.
Hable.. ¿Qué quiere saber?
¿Qué es lo que puedo yo hacer?
Confíese usted a mí.
¡Ya ha hecho usté, viniendo aquí,
una cosa de mujer!
No se arrepienta. ¡Adelante!
Dígame.

ROSARIO. *(Creyendo ver en el tono sereno y aun benévolo de Lola la presunción de una rival segura de su triunfo y queriendo desconcertarla y ofenderla al mismo tiempo.)*
Pero se engaña

si piensa que de su amante
tengo celos.

LOLA. *(Con fingido asombro y cariñosa zumba.)*
¡Viva España!
¿Quién es mi amante?

ROSARIO. José
Luis.

LOLA. *(Como antes.)*
¡Me deja usté absorta!
No sabía...

ROSARIO. ¿Niega usté?
¡Pero si a mí no me importa!
¡Si eso ya se quedó atrás!
Si acabamos hace un mes,
y a estas horas ni...!

LOLA. Ahora... es
cuando usté lo quiere más.

ROSARIO. *(Herida en lo vivo. Desconcertada e irritadísima.)*
¡Por decoro, aunque así fuera,
no se lo confesaría!

LOLA. *(Con naturalidad.)*
¿A él?

ROSARIO. *(Indignada.)*
¡Ni a usté!

LOLA. ¡Qué tontería!
Yo, ya lo sé. Ahora sería
preciso que él lo supiera.
(Acercándosele, amable, pero con una autoridad a cuya sugestión Rosario trata de sustraerse en vano.)
Que sin miedo y sin orgullo
se le acercara usté así
y le dijera usté: "Aquí
tienes todo lo que es tuyo."
Y, sin pensar que le dió
nada, aun añadiera usté:

"Es muy poco, ya lo sé;
¡pero soy todita yo!"

ROSARIO. *(Tratando de evadirse de la sugestión de Lola y dándosela ingenuamente de enterada.)*
Con los hombres la lealtad
no es camino.

LOLA. *(Una chispitina despectiva.)*
Para usté
sería una novedad...
Pero pruebe usté. ¿Por qué
ese miedo a la verdad?

ROSARIO. *(Herida y agresiva.)*
Así puede discurrir...

LOLA. *(Yendo al encuentro de la ofensa.)*
¿Quién?

ROSARIO. La que lo puede hacer
sin miedo a dar qué decir...

LOLA. *(Queriendo llegar hasta el final y pronto.)*
Y sin nada que perder,
¿verdá?
(Rosario baja un momento los ojos como asintiendo, pero sin atreverse a decirlo.)
Escuche usté.

ROSARIO. *(Sosteniendo la mirada de Lola.)*
La escucho.

LOLA. Y respóndame sincera.
¿Lo quiere usté mucho?

ROSARIO. *(Con toda su alma, erguida la cabeza y fulgurantes los ojos.)*
Mucho.

LOLA. *(Por penetrar del todo en el alma de Rosario y algo quizás en la suya propia.)*
¿Si yo también lo quisiera?

ROSARIO. *(Loca de celos y estallando de rabia.)*
¡La mataría!

LOLA. *(Riendo.)*
¡Qué espanto!

ROSARIO. *(Ciega de ira, y sintiendo que Lola juega con ella como el gato con el ratón, saca del boslillo de mano un pequeño revólver de señora, gritando amenazadora.)*

¿Se burla?

LOLA. *(Sin inmutarse ni dejar de sonreír le coge la mano y la obliga dulcemente, como si se tratara de un juguete cualquiera, a volver el arma al bolso, atrayéndola al mismo tiempo hacia sí con cariñoso imperio. Rosario no resiste y se deja hacer atónita y confusa.)*

¡Guarde usté eso,
tontilla!... ¡Y déme usté un beso!

ROSARIO. *(Asombrada, vencida y a punto de llorar.)*

Yo... ¡Lola!

LOLA. ¡Y suelte usté el llanto!

(Y, en efecto, Rosario, vencida, confusa y quebrantada por la enorme superioridad de Lola, cuya grandeza se le impone, cae rendida sobre el banco, llorando sin consuelo, con la cara oculta entre las manos. La pobre niña llora de dolor, de vergüenza, de arrepentimiento, de odio... y de amor por aquella mujer admirable y terrible. Lola respeta un momento aquella pena. Luego, con un gesto maternal, le separa las manos de la cara, y risueña y bondadosa le dice:)

¡Ea, ea, se acabó!
Me quería usté asustar...
Porque no me iba a matar
como a un pajarito!...

(Rosario vuelve a bajar la cabeza y a llorar, avergonzada.)

¡Y yo
que le iba a contar a usté
tantas cosas!... Ya no puedo...

ROSARIO. *(A través de sus lágrimas y con irrefrenable curiosidad, comprendiendo que está en juego lo que más le interesa.)*
¡Oh, Lola!... ¿Por qué?

LOLA. *(Sonriendo.)* Porque
diría que tengo miedo.

ROSARIO. *(Avergonzada.)*
¡Por Dios santo, no se ría
de mí de ese modo!

LOLA. *(Sincera.)* ¡Oh, no!

ROSARIO. *(Animada por la sencilla bondad de Lola y pensando sólo en congraciársela sinceramente.)*
¿Miedo usted? ¡No me creería
nadie, Lola!... Ahora soy yo
la que le pide lealtad,
y perdón, humildemente,
y...
(Pero de pronto comprende que ningún derecho tiene a la amistad de la mujer a quien ha querido matar hace un momento. Teme, quizás también, que ella se burle y se niegue a franqueársela, y sin atreverse siquiera a mirarla se levanta decidida a huir, más que a marcharse, diciendo secamente:)
Adiós, Lola.
(Pero Lola, que comprende muy bien lo que pasa en el alma de Rosario, la sujeta por el brazo, la sienta a su lado en el banco y le dice:)

LOLA. No se ausente.
Va usté a saber la verdad.
(Y desde este momento Rosario queda prendida, suspensa materialmente de los labios de Lola. Aun antes de que la cantadora hable, Rosario sabe ya que todo lo tiene que esperar de ella, y en el res-

to de la escena—que entra aquí en la segunda fase—se le entrega en absoluto, realmente prendada, enamorada hasta el punto de querer competir con ella en altruísmo y generosidad. Toda rivalidad, toda diferencia de clases queda borrada. Son sólo dos mujeres: mejor dicho, una mujer superior y una "señorita" a quien Lola ha hecho el milagro de convertir en una mujer de verdad.)

Porque yo decir la dejo,
que soy—piensa usté de mí—
la amante del joven y
la protegida del viejo.
Pues bueno: ni es nada mío
Pepe—usté sabe que yo
nunca miento—ni su tío
tanto así de mí logró.
Soy buena, no por decir
que lo soy, ni por hacerlo
valer. No llegué a sentir
ganas de dejar de serlo...
porque no llegó el instante,
o porque ha querido Dios
que sea mi amante el cante
y no puedo tener dos.

ROSARIO. *(Llena de alegría por esta declaración de Lola, y al par de sincero arrepentimiento.)*

¡Lola!... ¡Perdón!

LOLA. No hay que hablar...
Aunque por no pelear
oigo a la gente decir
que canto para vivir,
yo vivo para cantar.
Pero si me enamorara
de un hombre, no me parara
en puntos de orgullo vano,

y mi querer le brindara
como un sorbo de agua clara
en la palma de la mano.
Haga usté lo que yo hiciera.
Renuncie usté a ese papel
de niña arisca y ligera.
Y sea usté para él...
lo que pensó que yo era.
José Luis es un niño.
Su pasión, más que pasión,
es un ansia de cariño...
¡Háblele usté al corazón!
Dígale usté que lo quiere.
¡Si es verdad, si está usté loca
por él; pero que él se entere,
que lo escuche de su boca!
Y si le da a usté vergüenza
de palabra, todo eso
dígaselo usté en un beso
para que más le convenza.
Y no piense usté que haya
para el amor otros lazos...
¡Si no quiere que se vaya,
sujételo con los brazos!

ROSARIO. *(Encantada de oírla, temiendo sólo que él no sepa corresponder.)*
¿Y él sabrá...?

LOLA. Viendo en el fondo
un cariño verdadero,
Rosario, yo le respondo
de que él es un caballero.
¡Pero es un hombre primero!
Y para escoger sería
bueno que, al volverla a ver,
encontrase una mujer
donde dejó un alma mía...
¿Quiere?...

ROSARIO. ¡Pues no he de querer!

LOLA. ¡Gracias!

ROSARIO. *(Sospechando que Lola realiza un sacrificio y dispuesta a no consentirlo, emulándola en generosidad.)* ¿Por qué?

LOLA. *(Evasiva.)* ¡Ah! Necesito saber.

LOLA. ¿No puede esperar?

ROSARIO. No, Lola.

LOLA. ¡Y con lo bonito
que es saber sin preguntar!
Quien una alegría tiene
debe de gozarla, nena,
sin mirar de dónde viene...
no se le convierta en pena.

ROSARIO. Yo quiero mirar.

LOLA. ¿Por qué?

ROSARIO. Porque...

LOLA. ¿No está bien así,
que sea bueno para mí
lo que es mejor para usté?

ROSARIO. *(Dispuesta a todas las generosidades, incluso a dejarle a José Luis por poco que ella lo quiera.)*
¡Es que yo también sé darlo
todo por quien debo hacerlo!
Si usté...

LOLA. *(Con leal franqueza definitiva.)*
No quiero quererlo...
Ni sirvo para engañarlo.
¿Comprende?

ROSARIO. Pero él está
loco por usté...

LOLA. *(Añadiendo esta suprema delicadeza a su generosidad.)*
Tampoco,
chiquilla, es eso verdá....

El lo necesita y va
tras el amor como un loco.
Barrunta él en la alegría
del cante algo del querer
que sueña su fantasía...
Pues figúrese usté el día
que lo vea, en la mujer
que ha sido su amor primero,
ese que nunca se cura,
¿verdad, nena?

ROSARIO. Verdad... Pero
¿cómo usted...?

LOLA. Se me figura...
Lo sé..., lo siento... Es decir
—¡qué difícil de explicar!—,
yo siento para cantar
y canto para sentir.
¿Lo entiende?

ROSARIO. No... Pero veo
que es usté mejor que yo.

LOLA. No.

ROSARIO. ¡Mil veces!

LOLA. Eso no.
Pero... ¿me cree?

ROSARIO. La creo.

LOLA. Entonces, ¿va usté a fiarse
ya de mí?

ROSARIO. *(Con plena confianza y abandono, con fe y entusiasmo.)*
¡Sí, Lola, sí!
¿Qué hay que hacer?

LOLA. Ahora, marcharse;
que no está su sitio aquí.

ROSARIO. *(Sumisa.)*
Bien.

LOLA. Cuando llegue su tío,
yo misma le avisaré

y, entonces, ya puede usté
volver.

ROSARIO. En usté confío.

LOLA. Desde allí se oirá el estruendo...

ROSARIO. ¿También... mi tío?...

LOLA. *(Con cómica resignación.)*
También,
Rosario...

ROSARIO. *(Con entusiasmo afectuoso.)*
¡Y todos! ¿Y quién
no, Lola?... ¡Y yo lo comprendo!

LOLA. Con don Diego no hay apuros...
Él va derecho a comprar.
Con él todo es renunciar
a unos millares de duros...

ROSARIO. A muchos...

LOLA. Claro...

ROSARIO. Es tan necio,
que no ceja en su locura.

LOLA. Es decir, que él se figura
que todo es cuestión de precio.
(Lola se levanta del banco; Rosario también, dispuesta a marchar hacia el cenador, donde tiene su reunión.)
Vamos... La acompañaré.
No quiero que vaya sola.

ROSARIO. Pero si la ven a usté,
tendrá que cantar... ¡La Lola!
¡Ahí es nada!

LOLA. Cantaré.

ROSARIO. *(Deteniéndose un momento y aludiendo a José Luis.)*
Si él viniera...

LOLA. ¡No lo quiera
Dios! ¡Su padre le prohibió,
furioso, que aquí pusiera
los pies!...

ROSARIO. *(Suplicante.)*
Pero... si viniera...
LOLA. Allá te lo mando yo.
ROSARIO. ¿Y... si no quiere?
LOLA. Querrá.
ROSARIO. ¿Estás tú segura?
LOLA. *(Sonriendo.)* Sí.
ROSARIO. ¿Si no fuera...?
LOLA. Mujer, si
no fuera, vienes tú acá.
Porque hay la misma distancia,
y el querer sin condiciones
se demuestra con acciones
de humildad, no de arrogancia.
ROSARIO. *(Loca de contento y de confianza en Lola.)*
¡Oh, sí!
LOLA. ¡Acudiendo rendida
al amor tan diligente
como a los ojos la vida,
como el agüita a la fuente,
como la sangre a la herida!...
ROSARIO. *(Encantada y volviendo "ex abundantia cordis" al tema del sacrificio generoso.)*
Ahora... que si tú...
LOLA. *(Sin querer oír y empujándola suavemente.)*
¡Adelante!
ROSARIO. *(Insistiendo.)*
Mira que...
LOLA. *(Definitiva.)*
¡Vaya por Dios!
¿No te lo he dicho endenante:
que tengo un amante?
ROSARIO. ¡...!
LOLA. El cante;
y no quiero tener dos.
(Y ambas, de la mano o cogidas por el

talle, se van por la misma senda que tr
jo Rosario.)

ESCENA IV

Entran Heredia y José Luis. Durante toda la escena, Jo
Luis, sólo preocupado de su padre y de Lola, da muestr
de inquietud, mirando hacia todos los cenadores; respon
a Heredia maquinalmente o con disgusto e impacienc
Heredia pretende sacarle de su ensimismamiento, apa
tarlo de aquellos lugares y, en último término, dar tiem
a que Lola deje a Rosario entre sus amigos.

HEREDIA. Don Joselito, ¡despacio!
Por muy arrastrao que sea
un padre, es un padre.
JOSÉ LUIS. ¡Claro!
HEREDIA. Y su hijo es siempre su hijo.
JOSÉ LUIS. Si no dice usté otra cosa,
Heredia...
HEREDIA. Bastante digo.
Y a ver si hay modo más suave
de decirle a usté que no
le pegue un tiro a su padre.
JOSÉ LUIS. Estoy loco.
HEREDIA. No lo creo...
Porque usté lo sabe y es
señal de que está usté cuerdo.
La verdadera locura
es cuando el hombre se cree
con la cabeza segura.
Don Pepito, reflexione;
aun es tiempo de evitar
muchas desaboriciones.
¿Por qué viene usté a esta hora
aquí?
JOSÉ LUIS. Perdone usté, Heredia...

usté sabrá de guitarra
mucho.

ÉREDIA. Un poco.

OSÉ LUIS. No pretenda
saber de todo.

ÉREDIA. El que sabe
algo bien, tiene una idea
de lo demás. Yo aconsejo
porque es deber de conciencia
aconsejar; luego, usté
hará lo que le apetezca.
Debe usté irse.

OSÉ LUIS. ¿Por qué?

ÉREDIA. Porque, aunque usté no lo crea,
un joven aquí esta noche
es como un perro en la iglesia.
Es usté muy formalito,
es mucha persona seria
para alternar con borrachos
que pasan de los cincuenta.
Ceda usté el campo a su padre,
deje usté que se divierta
la senectud; ¡pobrecillo!,
ya sentará la cabeza,
y a usté le queda la mar
de tiempo para perderla.
Don Pepito, óigame usté:
Está la noche serena.
Dése usté una vueltecita
del Betis por la ribera;
y ya que hizo usté una copla
regular, haga una buena.

SÉ LUIS. ¿Se burla usted?

EREDIA. No es mi estilo.
Lo aprecio a usted muy de veras,
le tengo ley, y lo veo
seguir una mala senda.
Usté es muy joven, más joven

que yo; para la carrera,
un galgo. Su padre es
un caracol de la tierra.
Que él tome por el atajo
mientras el galgo rodea
es natural; y aun así
no puede haber competencia.

JOSÉ LUIS. Mi padre es rico.

HEREDIA. Verdad;
y dispara con monedas
y usted con suspiros. No
le importe esa diferencia.
Filosofía...

JOSÉ LUIS. Cansado
me tiene con sus sentencias,
Rafael.

HEREDIA. Filosofía:
Dos novios tiene una estrella;
uno la ronda en Triana,
el otro en la Macarena.
¿Quiere usted decirme cuál
de los dos está más cerca?

JOSÉ LUIS. Heredia, es usté un artista
y un sabio; pero no llega
a comprender ciertas cosas
del corazón.

HEREDIA. ¿Usted piensa
que se toca la guitarra
con los dedos? No lo crea.
Los dedos hacen rüido,
rozan y rascan las cuerdas.

JOSÉ LUIS. Con habilidad...

HEREDIA. Se tocan
los fandanguillos de Huelva,
y gracias. Para el flamenco...

JOSÉ LUIS. Se ha menester mucha ciencia.
Conforme.

(Con disgusto e impaciencia crecientes

HEREDIA. Sabiduría
(Señalando al corazón.)
de aquí, que es saber de penas,
don Pepito.

JOSÉ LUIS. ¡Don Demonio!...
(Con impaciencia.)
¿Dónde está Lola?

HEREDIA. Muy cerca
y muy lejos. Adivina,
adivinanza...

JOSÉ LUIS. Ya apestan
sus dichos.

HEREDIA. ¿Dónde ha de estar
la Lola? De mesa en mesa,
saludando a los amigos.

JOSÉ LUIS. ¿Y cantando?

HEREDIA. Sin Heredia
no acostumbra.
(Con aplomo y solemnidad.)

JOSÉ LUIS. Escuche usted.
(Se oye cantar a Lola.)

Este agüita fresca,
como la tengo en los propios labios,
y no puedo beberla.

(José Luis y Heredia escuchan con atención: el primero con complacencia, y el segundo con disgusto.)

JOSÉ LUIS. Filosofía.
(Con zumba.)

HEREDIA. Que tiene
el mundo muchas sorpresas.
Y, además, que hay seguidillas
que se cantan sin falsetas
ni acompañamiento.
(Lola aparece por el fondo del escenario.)

Ahí viene.
Don Pepito: usted con ella.
(Vase Heredia.)

ESCENA V

Lola y José Luis.

LOLA. *(Con seria pero cariñosa reconvención.)*
¡José Luis!
JOSÉ LUIS. Lola.
LOLA. Usté
no está en su juicio...
JOSÉ LUIS. ¿Por qué?
LOLA. ¿Qué busca usté aquí?
JOSÉ LUIS. ¿Yo? ¡A ti!
LOLA. ¿Sabe a quién espero?
JOSÉ LUIS. Sí.
Ya lo creo que lo sé.
Y lo detesto.
LOLA. ¡Chiquillo!
Un padre...
JOSÉ LUIS. El hombre que hacía
llorar a mi madre... ¡Había
de ser él, él!...
LOLA. ¡Pobrecillo!
¿Qué le ha hecho?
JOSÉ LUIS. Nada..., querer...,
no quererte, ¿entiendes?, ¡no!
¿Quererte? ¡No! Apetecer
no más lo que adoro yo.
Él, de su soberbia loca
quiere que sean despojos
la frescura de esa boca
y la lumbre de esos ojos.
Pretende manchar, tocar
con su mano, seca y ruda,

lo que su torpe mirar
libidinoso desnuda.
Y aunque ese hombre no ignora
que eso no puede ser suyo,
lo atropella y lo desflora
por capricho de su orgullo.

LOLA. Paso, que él nunca me ha puesto
un dedo encima.

JOSÉ LUIS. ¡Lo sé!
Pero lo intenta y se ve
que no ceja.

LOLA. ¡Por supuesto!
¿Y qué?

JOSÉ LUIS. Que lo mataré
si consigue hacerte suya,
y me mataré después.

LOLA. ¿Y a mí?

JOSÉ LUIS. ¡A ti no! ¡Y eso que es
al cabo la culpa tuya!

LOLA. ¡Mía!

JOSÉ LUIS. De tu cobardía,
de tu miedo de querer.

LOLA. ¡Tiene gracia! Eso sería
tirarse por no caer.
No es ninguna tontería:
dinero y...

JOSÉ LUIS. No es el dinero
lo que te importa, no; tanto
no te importa, que no quiero
decirte yo mismo cuánto
dinero a tus pies echara,
sin contarlo y en montón,
si el dinero te cegara...
Pero tú no eres avara
más que de tu corazón.
Tú huyes sólo de querer
y te pierdes por salvarte.
Te vendes para no darte.

LOLA. ¡Paciencia! ¡Cómo ha de ser!
No se quiere usté enterar
de que no puedo tener,
siendo yo el propio querer,
un querer particular.
Y, sin embargo, es así...
por sobra de corazón.

JOSÉ LUIS. ¿Te burlas?

LOLA. ¡Lejos de mí!
¿Cuánto dura una ilusión?

JOSÉ LUIS. La vida.

LOLA. Si no se alcanza.

JOSÉ LUIS. Y después...

LOLA. Pero... ¿no es
más bonita la esperanza...?

JOSÉ LUIS. ¿Qué?

LOLA. ¡Que no tiene después!

JOSÉ LUIS. O... acaso...

LOLA. ¡Dígalo ya!

JOSÉ LUIS. Haya por medio otra cosa.

LOLA. ¿Cuál?

JOSÉ LUIS. Dímelo.

LOLA. Usté sabrá;
que no soy yo la celosa.

JOSÉ LUIS. "Celos...

LOLA. Son unos recelos
de la mente acalorada.
Si son algo, no son celos.
Si son celos, no son nada."

JOSÉ LUIS. Quien así habló no sentía...

LOLA. No le digo que algún día
no caiga yo... Pero en tal
caso...

JOSÉ LUIS. ¿Qué?

LOLA. Siempre sería
con un hombre de mi igual.

JOSÉ LUIS. No lo hay.

LOLA. ¡Ya se inventaría!

JOSÉ LUIS. Heredia...
LOLA. Sí... ¿Por qué no
Heredia? ¿Qué tiene usté
que decir de Heredia?
JOSÉ LUIS. ¡Oh!
Yo... nada.
LOLA. ¡Pues ya se ve!
Un artista ¡como yo!...
JOSÉ LUIS. Pero...
LOLA. Ya sé la lección.
Y si llega la ocasión...
JOSÉ LUIS. Lola...
LOLA. La aprovecharé.
Pero ahora escúcheme usté
a mí también mi sermón.
Me puede usté tutear,
puesto que así lo desea,
y no me voy a enfadar...
Tanta gente me tutea
sólo de oírme cantar.
Puede llamarse mi amigo,
si no le rebaja ser
amigo de una mujer
que no es de su clase, ¡digo!
que ni lo ha soñado ser.
La bondad que me dispensa,
cuando yo nada le ofrezco,
se la estimo y la agradezco
más de lo que usté se piensa.
La amistad, la simpatía
que usté ha despertado en mí,
y que era cuanto podía
yo darle... ya se lo dí,
Pepe, desde el primer día.
Pero eso de haber pensado
que huyendo de una pasión
me ofrezco yo en el mercado...

Si fuera verdad... razón
de más para estar callado.

JOSÉ LUIS. Pero ¿es verdad?

LOLA. No lo sé.
Pero lo mismo daría.

JOSÉ LUIS. ¿Por qué?

LOLA. Porque no sería
yo nunca de usté, y usté
—si yo lo quisiera un día—
puede que no lo quisiera.

JOSÉ LUIS. ¡Lola!

LOLA. ¿Me quiere usté sola,
como a una mujer cualquiera?
¡Quiere a la Lola! ¡Y no fuera
yo, entregándome, la Lola!
Mi vida es cantar. Unida
a un hombre fuera perder
mi vida. Porque querer
de veras es dar la vida.
¿O no?

JOSÉ LUIS. Y el alma, y el ser.
¡Conforme! ¿Quién ha podido
negarlo? ¡Y con alegría!...
Pero es que tú no has querido
comprender... ¡Yo no te pido
tu vida, te doy la mía!
Es bien poco, ¡ya lo sé!,
la pobre vida vulgar
de un muchacho rico que
ni la tuvo que ganar...
Ofrecerte no pensé
con este amor que me abrasa
más que el amparo de un hombre,
el seguro de mi nombre
y el respeto de mi casa...
¿No lo quieres? ¡Bien está!
¿Sueña pasear tu orgullo
el mundo? Vamos allá.

Yo seré un esclavo tuyo.
Adonde quieras iré.
Sumiso te seguiré
donde se te antoje... y
contigo el mundo veré...
¡No, no veré más que a ti!
Que mi profesión es verte,
y mi ocupación mirarte,
y mi delicia escucharte,
y mi destino quererte.
Y... cuando harta de brillar
me dejes en un rincón
tu cabecita besar,
¡también tú oirás un cantar
dentro de mi corazón!

LOLA. ¡José Luis!

(Conmovida, a pesar suyo, por el cariño del muchacho.)

JOSÉ LUIS. ¡Lola!... Un beso.

LOLA. *(Defendiéndose de sí misma.)*
Sería mi perdición
¡y la tuya! Todo eso
no es más que imaginación...
José Luis, ¡no es así!
el querer!...

JOSÉ LUIS. Qué sabes.

LOLA. *(En voz baja y apasionada.)*
¡Sí!
Lo he soñado... y ahora...
(Suplicante.) ¡Oh, no!...
Déjame.

JOSÉ LUIS. ¡Dejarte yo,
sangre!

LOLA *(Desfalleciente, casi en sus brazos.)*
¿Qué quieres?...

JOSÉ LUIS. ¡A ti
toda!

LOLA. *(Desasiéndose, en un supremo esfuerzo.)*
¡No!

JOSÉ LUIS. Por convencerte,
nombre, porvenir, fortuna,
...y hasta venganza de una
mujer, que pudo ofenderte,
¡todo te lo doy!

LOLA. *(Volviendo bruscamente a la realidad y recuperando con ella toda su entereza.)*
¡Rosario!
¡Aquí está!

JOSÉ LUIS. *(Extrañadísimo e incrédulo.)*
No.

LOLA. *(Con firmeza.)* ¡Sí!

JOSÉ LUIS. *(Contrariado y admirado a la par.)*
No...

LOLA. *(Persuasiva.)* ¡Sí!
¡Por ti ha venido!

JOSÉ LUIS. *(Negando, incrédulo.)*
¡Por mí!...

LOLA. ¡Corre a verla! ¡Es necesario!

JOSÉ LUIS ¡Si yo a quien quiero es a ti!

LOLA *(Que no quiere oírle ya.)*
En el cenador del puente
está.

JOSÉ LUIS *(Aferrándose a su incredulidad, para disculpar en cierto modo, ante sí mismo, su indiferencia por Rosario.)*
¡Bah! Ni puede ser
ella capaz...

LOLA. El querer
hace a una mujer valiente,
y ella ya es una mujer,
porque ha empezado a penar.
¡Ve a verla!

JOSÉ LUIS ¡No!
(Decididamente.)

LOLA. ¡Criatura,
que ella te dé la ternura
que yo no te puedo dar!
(En Lola ha pasado por completo el momento de desfallecimiento, y, en su afecto leal por José Luis, sólo desearía la felicidad de éste con Rosario.)

ESCENA VI

Lola y José Luis en la glorieta. En el cenador han ido entrando Don Diego y sus amigotes. Estos son: Don Narciso Galerna, rico propietario rural sevillano; una especie de Sileno con patillas blancas de bocajacha, bonachón, gordo y manzanillero; para el vino, un tonel sin fondo; para la juerga, todo alegría y animación; más joven, a pesar de sus sesenta, que todos los demás. Chipiona, antiguo cantador retirado, hoy especie de secretario, espolique o escudero de Don Diego. Panza-Triste, guasón de mala sombra, con ribetes de rufián y de matón, parásito de las juergas, un poco siniestro y amargado. Corta-el-Hipo, otro sujeto de la misma calaña, pero bondadoso y alegre. El maestro Baena, rico industrial sevillano, antiguo comerciante de aceitunas. El Niño del Arenal, el torerito de moda, que apadrina Don Diego, muchacho formalito y callado, un poco presumido, pero cortés y serio. Entran en el cenador por la puerta trasera, que se supone da a la parte opuesta del jardín; rodean la mesa con gran algazara y charloteo. Vienen ya todos bastante mojados. Dos camareros les sirven vino, llenando las cañeras y distribuyendo las copas; luego se van y vuelven de cuando en cuando, según el diálogo indica. También, cuando lo señala el diálogo, Heredia se incorpora a la reunión.

DON NARCISO. *(A Baena, continuando una conversación que ya traen comenzada.)*
¡Que no se va usté a enterar!

El toreo de cintura
no es el toreo de brazos.

BAENA. *(Con socarrona admiración.)*
¡Vaya!

DON NARCISO. ¡Ni lo ha sido nunca!

LOLA. *(A Pepe, que se ha quedado como abstraído en el banco de la glorieta.)*
¡Ya están ahí!

JOSÉ LUIS. ¿Quién?

LOLA Su padre
y los amigos.

JOSÉ LUIS. La chusma
que lo rodea y lo explota.
¡Qué asco!

DON NARCISO. *(A Baena.)*
¿Y a usté no le gustan
los toros?

BAENA. ¿A mí? En el plato;
con alcachofitas, una
jartá.

CHIPIONA. *(Echando vino en las cañas y dando a Don Diego y a los otros dos.)*
¡Que sea motivo!

LOLA. *(A José Luis.)*
Váyase.

BAENA. Traemos muchas
ya en el cuerpo.

DON NARCISO. Venga un vino
de corte. Paz a Sanlúcar.

LOLA. *(A José Luis.)*
Obedezca usté.

DON DIEGO. *(Al camarero, que ha entrado un momento antes.)* Solera
de González Bayas.
(Pronunciando a la inglesa el apellido Byass.)

DON NARCISO. *(Remedando el acento inglés.)*
¡Hurra!

¿Byass o Bayas?

DON DIEGO. Bayas.

(Y le alarga una copa de la nueva botella de Solera del 47 que el camarero le ha puesto delante.)

DON NARCISO. ¡Venga!

(Echando confidencialmente el brazo por encima a Don Diego.)

¿Cuando tú tomas la trúpita
te desbyas o te desbayas
de la línea recta?

(Carcajada general.)

JOSÉ LUIS. *(A Lola, oyendo el jaleo.)*
Nunca.
te dejo yo sola aquí.

LOLA. ¿Por qué no?

JOSÉ LUIS. Con esa turba
de borrachos.

LOLA. No me inquietan.

JOSÉ LUIS. De bandidos...

DON DIEGO. *(A Don Narciso, con quien se ha sentado a un extremo de la mesa, donde acaban por reunirse todos los que andan bebiendo y merodeando tapas y conversando en grupos separados, como en espera de que comience la fiesta.)*
Sí. ¡La única!
La reina, ¡la emperatriz
del cante!

CORTA-EL-HIPO. ¡Olé!

CHIPIONA. La hermosura
que trae revuelta a Sevilla.

N. DEL ARENAL. ¡Suerte, don Diego!

PANZA-TRISTE. *(Adulador siempre con Don Diego y malintencionado para Lola.)*
Sandunga
y rumbo, ¡qué suerte! Suerte
la de la niña.

DON DIEGO. La última
carta me juego esta noche.
DON NARCISO. Pero... ¿ella vendrá?...
DON DIEGO. Sin duda.
PANZA-TRISTE. ¡Y que no viniera!
DON DIEGO. *(Tomando un estuche de joyería que había dejado sobre la mesa y abriéndolo ante los ojos admirados de todos, que han formado grupo en torno de él.)*
Mira
lo que le traigo. ¿Te gusta?
DON NARCISO. *(Con cómica seriedad y verdaderamente admirado.)*
Don Diego... ¡Pero esto vale
un cortijo!
BAENA. ¡Una fortuna!
(Examinando la joya.)
DON DIEGO. ¿Sí?... ¡Después de mí, el diluvio
DON NARCISO. ¿Y... tu hijo?
DON DIEGO. *(Dirigiéndose a los amigotes que están en el secreto.)* Me pregunta
por mi hijo.
DON NARCISO. ¡Claro! Por Pepe.
DON DIEGO. No lo conozco.
DON NARCISO. ¿Te burlas?
DON DIEGO. *(Sin contestar directamente a Don Narciso y dirigiéndose a todos. Habla cada vez más excitado por los sentimientos y por el vino.)*
¿No sabéis lo que me ha hecho
ayer mismo ese granuja?...
DON NARCISO. No.
DON DIEGO. Enviarme su abogado
a pedirme la fortuna
de su madre; su legítima,
como él dice.
DON NARCISO. ¿Y... tú?
DON DIEGO. ¡Calcula;

decirle que se la lleve
y que no me vuelva nunca
más a mirar a la cara!

DON NARCISO. ¿Y eso... todo?...

DON DIEGO. Está chalupa
también el niño por Lola,
Es mi rival la criatura.
¡Maldito sea su padre!...

DON NARCISO. ¡Ja! ¡ja!

JOSÉ LUIS. *(A Lola.)*
Me iré... si me juras
quererme.

LOLA. Pues quédate.

JOSÉ LUIS. Si es verdad.

LOLA. No hay más que una
verdad.

JOSÉ LUIS ¿Cuál?

LOLA. La que uno quiere.

JOSÉ LUIS. Que te adoro.

LOLA. Esa es la tuya
hoy. Mañana...

JOSÉ LUIS. ¡Siempre! ¿Y
la tuya, Lola?...
(Apasionado.)

LOLA. *(Evasiva y sincera a la par.)*
Ninguna.

CHIPIONA. Y a casarse está dispuesto
con ella.

DON NARCISO. Pero... ¿ella?

DON DIEGO. Nunca
le dió motivo, ¡ni a nadie!...

CORTA-EL-HIPO. Dicen que es mocita.

PANZA-TRISTE. *(A los otros, sin que lo oiga Don Diego.)*
¡Chuflas
de verano!... Si yo fuera
el conde...

CORTA-EL-HIPO. *(A Panza-Triste. por lo bajo.)*
A ti ella te gusta

más que a los chivos la leche.
Sólo que no están maduras...

PANZA-TRISTE. ¡Vete!
(Que quiere decir: "Quita allá".)

CORTA-EL-HIPO. ¡Limpión!

PANZA-TRISTE. *(Por Don Diego, que los está mirando.)* Di que hay ropa tendida.

DON DIEGO. *(A los dos.)* ¿Qué se murmura?

PANZA-TRISTE. *(Cuadrándose obsequioso.)* Nada, capitán.

DON NARCISO. ¡Más vino, que se está quedando mustia la reunión!
(Y ofrece otra caña a Don Diego, que se la bebe de un sorbo.)

DON DIEGO. *(Obsesionado por Lola y con la insistencia del vino.)* La emperatriz del cante...

DON NARCISO. Diadema augusta.
(Aludiendo a la joya que Chipiona ha vuelto a poner en el centro de la mesa por indicación de Don Diego. Luego, dirigiéndose al camarero, ordena:)
Un ferrocarril.
(Que es una batea de 92 cañas.)

CAMARERO. Corriendo.
(Sale y poco después vuelve sosteniendo con otro compañero la batea de cañas, que pone en la mesa y de la cual beben todos.)

DON DIEGO. *(Pensando con disgusto en su hijo.)* ¡El niño!...
(Al ver a Heredia, que acaba de entrar y va saludando a todos.)
Heredia... Ya era hora...

DON NARCISO. *(A Heredia.)*
Un poquito de bulla,
porque aquí falta alegría.

BAENA. ¡Música, maestro, música!

(Heredia inicia en la guitarra un tanguillo. Don Narciso se levanta de su silla y lo baila y lo canta de un modo cómico, al estilo antiguo de las viejas ricas de Cádiz, mientras los demás, muertos de risa, lo acompañan chocando las copas y haciendo palmas. Sólo Don Diego permanece bebiendo, sentado.)

DON NARCISO. *(Bailando y cantando.)*

Aquel que se come un flan
¡rataplán!
y se lo come caliente
¡valiente!
le da un dolor de barriga
y un terrible flato ardiente.

(Y cae rendido en su silla, en medio de la algazara general.)

PANZA-TRISTE. ¡De ayer!
(Por lo viejo de la copla.)

DON NARCISO. Aquí falta gente.

DON DIEGO. *(A Heredia, que acude a él en seguida.)*
Heredia... Tu cantaora...

HEREDIA. ¿La Lola? Estaba aquí ahora...

DON DIEGO. *(Autoritario.)*
Búscala.

HEREDIA. ¡Inmediatamente!

(Y obsequioso, para calmar su impaciencia, le hace señas de que espere un instante y sale por la puerta al jardín, después de comprobar con una mirada de águila la excitación peligrosa que reina ya en la reunión.)

DON DIEGO. *(Se atiza otro copazo y dice, siempre pensando en Lola.)*
La reina, la emperaora...
(En esto, Heredia, dando la vuelta al cenador grande, ha desembocado en la glorieta, donde en un banco, junto al pequeño cenador de la izquierda, están Lola y José Luis, este último ceñudo y con el sombrero echado a la cara, Lola mirándole compasiva y comprensiva. Al verlos, Heredia no puede reprimir un gesto de disgusto, que pronto domina. Después, dirigiéndose a Lola y aludiendo a la situación y al probable encuentro de José Luis y Don Diego.)

HEREDIA. Ya ves...

LOLA. Tenías razón.
Pero ¿qué se le va a hacer?

HEREDIA. *(Decidido y aconsejando lo único razonable a riesgo y ventura.)*
Irnos.

LOLA. *(Voluntariosa.)*
Esa solución,
de risa no puede ser.

HEREDIA. *(Insistiendo.)* Mas...

LOLA. *(Sonriendo.)*
No seas cobardón.
(Heredia no hace más que mirarla, ella sonríe siempre. Heredia va a hacer con José Luis el último esfuerzo.)

HEREDIA. *(A José Luis.)*
Don Pepe... Usté no querrá
que haya aquí una tontería.
Y se irá...

LOLA. *(Interviniendo, absurda, al parecer de Heredia.)*
O se quedará...
si quiere.

HEREDIA. *(Asombrado.)*
Mas...
LOLA. *(Imperiosa.)*
¿Todavía?
(Como diciendo: ¿todavía replicas?)
(En esto Don Diego, siguiendo el camino de Heredia, va a aparecer en la glorieta y viene gritando.)
DON DIEGO. ¡Lola!
HEREDIA. *(Al verlo venir.)*
¡Nos cayó la helá!
(Y hace un gesto como diciendo: sea lo que Dios quiera.)
DON DIEGO. *(Sin ver en un principio más que a Lola.)*
¡Reina!...
(Pero en seguida se fija en Heredia y en José Luis.)
¿Se puede saber
qué pasa?... ¿Y ese mocito
quién es? ¡Calla! El señorito
de casa... Ahora vas a ver.
(Dirigiéndose a él, furioso y amenazador.)
¿No le he dicho a usté que no
quiero verlo? ¿Cómo ha osado
presentarse? ¿Quién le ha dado
vela en este...?
(Y como no quiere decir "entierro", corta la frase con un amenazador.)
¡Bueno!
LOLA. *(Interviniendo, tranquila y serena, con dulzura que encanta y fascina a Don Diego.)*
Yo
que viniera le he rogado.
DON DIEGO. *(Con asombro y disgusto.)*
¡Tú! ¿Por qué?

LOLA. Porque no quiero
guerra entre un padre y un hijo.
¿Me va a dejar mal?

DON DIEGO ¡No!... Pero...

LOLA. Pues haya paz.

DON DIEGO. *(A quien la presencia de Lola ha puesto el vino optimista y ve las cosas de un modo más alegre y confiado.)*
Bueno..., sí,
que se quede... Así verá
lo que eres tú para mí.

JOSÉ LUIS. *(A Lola, sin poder contener su disgusto.)*
¡Lola!...

LOLA. *(Autoritaria.)*
Silencio.

DON DIEGO. Y sabrá
que él no es nada para ti.
Y empiece el solemne acto.
(Va a dirigirse al cenador. Lola lo detiene preguntándole.)

LOLA. ¿Cuál?

DON DIEGO. De tu coronación.

LOLA. ¿A mí una corona?

DON DIEGO. Exacto;
que vale medio millón
cumplido.

LOLA. En mucho me tasa,
pero, si acepto, mis bienes
van a ir todos en mis sienes.

DON DIEGO. *(Acercándose a ella, congestionado de vino y de deseos.)*
Queda mucho más en casa.
Ven a verlo. Allí lo tienes.
(José Luis hace un movimiento, que Lola corta con un gesto antes que Don Diego se dé cuenta. Se separa de éste y queda

junto a Heredia, que le dice al oído, señalando con la vista al padre y al hijo.)

HEREDIA. *(A Lola.)*
Si crees que esto va a quedar
así, sin ir adelante,
y que te vas a librar,
como siempre..., por el cante...
(Lola lo mira, sonriente y tranquila.)
¡Eso! ¿Y quién lo va a arreglar?

DON DIEGO. *(Que ha inspeccionado la glorieta y le parece estupenda para su propósito.)*
¡Heredia! Di a los amigos
que bajen aquí.

HEREDIA. Voy.
(Se encamina al cenador.)

DON DIEGO. Quiero
que todos sean testigos
—así fuera el mundo entero—
de lo que va a suceder
aquí ahora.
(Encarándose con su hijo, entre campechano y amenazador.)
Conque a ver
cómo te portas, mocito.
Si te deslizas tantito
así, te vas a caer.
(Hay un momento de silencio; padre e hijo se miran recelosos. Lola escruta con los ojos la senda por donde se fué Rosario. Cesan las risas en el cenador grande y en otros más lejanos se oye vagamente ruido de algazara y guitarreo, todo ello muy tenuemente, como un ruido natural de la noche sevillana en la Venta. Heredia y todos los invitados, seguidos de algún camarero que viene a tomar órdenes, irrumpen en la glorieta hablando entre

sí. Al ver a Lola se callan y se disponen a saludarla.)

BAENA. *(A Don Narciso.)*
Que ya se va haciendo tarde.

DON DIEGO. *(A un camarero.)*
Juan, que vayan descorchando
el champaña.

DON NARCISO. *(A Don Diego.)*
¿Hasta cuándo?...
(Al ver a Lola calla y la mira embobado.)

PANZA-TRISTE. *(A Lola, obsequioso y fingido.)*
Adiós, Lola.

LOLA. *(Secamente.)*
Dios te guarde.

DON DIEGO. *(Tomando del brazo a Don Narciso para presentárselo a Lola.)*
Ven, te voy a presentar,
ven... Don Narciso Galerna,
el alcalde de Paterna
del Campo y gran militar.
(Galantemente, Don Narciso se inclina ante Lola y se queda embelesado mirándola.)
Con esa mirada tierna
la vas a magnetizar,
Narciso.

DON NARCISO. Con esta cara,
Narciso... Mi padre quiso
que Narciso me llamara,
sin pensar en lo que para
con los años un narciso.

DON DIEGO. *(A Lola, por los demás.)*
Tú ya conoces tal cual...

LOLA. *(Distraída, para sí y mirando hacia el fondo.)*
No viene...

DON DIEGO. A esta gente toda.

(Lola, inclina la cabeza y todos saludan. Don Diego añade:)

¡Ah! El Niño del Arenal.
El novillero de moda.

LOLA. *(Que ya ha oído hablar de él.)*
Me alegro, Niño.

N. DEL ARENAL. *(Dándole la mano.)*
¿Qué tal?

(Don Diego, Lola y el Niño siguen conversando, mientras Don Narciso coge a José Luis del brazo y le dice.)

DON NARCISO. ¿Cómo has venido, muchacho?
¿Sabes que tu padre está
furioso?...

JOSÉ LUIS. *(Con tristeza y repugnancia.)*
¡Está loco!

DON NARCISO. ¡Bah!
Lo que está es algo borracho...
Pero se le pasará.

CAMARERO. *(Presentando una bandeja de copas llenas de champagne que han descorchado en el cenador durante el diálogo anterior.)*
¡Champán!

(Todos cogen su copa de champagne y forman un semicírculo en derredor de Lola y de Don Diego.)

DON DIEGO. *(Tomando su copa y alzándola para brindar.)*
Venga esa tisana.
Por la mujer más serrana,
la hembra de más trapío,
la cantante soberana.

DON NARCISO. *Novia de un amigo mío.*

(Todos ríen, obsequiosos, la buena ocurrencia y beben sus copas.)

ESCENA VII

En este momento, por la vereda central desemboca en la glorieta Rosario, acompañada de dos señoritos, correctamente de smoking: dos aristócratas amigos suyos.

ROSARIO. Yo también quiero brindar.

DON DIEGO. *(Asombrado y sin dar crédito a sus ojos.)*
¡Rosario! ¿Tú?... ¡Estoy soñando!
(Y, en efecto, entre los vapores del vino y la excitación del momento, la aparición de Rosario allí, a aquella hora, es como un sueño para Don Diego.)

ROSARIO. *(Presentándole a sus amigos.)*
El duque de San Fernando,
Curro Báez.

DON DIEGO. *(Tendiéndoles la mano un poco como a figuras de ensueño.)*
¿A presenciar
la fiesta? Vayan pasando...
Y prepárense a escuchar.
(Rosario queda junto a Lola. Los dos amigos se confunden con el grupo de los otros.)

ROSARIO. Yo...

DON DIEGO. *(Interrumpiéndola, solemne.)*
Señores y milores:
En el mundo nadie ignora
que Lola es la cantaora,
única entre las mejores.
¿No se merece, señores,
diadema de emperadora?
(Ruidoso y unánime murmullo de asentimiento.)
(Don Diego, volviéndose a Chipiona.)
El estuche, secretario.

(Chipiona se lo da y él se lo presenta, abierto, a Lola.)

¿Te gusta?

LOLA. *(Realmente admirada de la belleza y riqueza de la joya, mientras José Luis la mira a ella ansiosamente temiendo que acepte.)*

¡Sí!

DON DIEGO. ¿Te acomoda?

JOSÉ LUIS. *(Sin poder contenerse.)*

¡Por Dios, Lola!

LOLA. *(Tomando el estuche de manos de Don Diego, que suspira satisfecho.)*

¡Extraordinario!
Lindo regalo de boda
a su sobrina Rosario.
(Y pone la joya en manos de Rosarito, con asombro de todo el mundo.)

DON DIEGO. *(Mohino y desconcertado.)*

¿Qué has hecho?

LOLA. *(Sencilla y natural.)*

Lo que usté haría
si estuviera en sus cabales.
Puesta en mí, parecería
de vidrios y de cristales
esta fina pedrería.
Mi pañuelo de crespón
y mi falda de percal,
don Diego..., dicen muy mal
con tan rica guarnición.
Joya que vale un cortijo
de los suyos, de chipén,
en la cabeza está bien
de la novia de su hijo.

DON NARCISO. *(Lleno de asombro y de entusiasmo.)*

¡No es una mujer!

ROSARIO. *(Queriendo devolverle la diadema.)*

Sería

absurdo. La joya es tuya.

LOLA. *(Negándose a tomarla.)*
No es mía... Pero si es mía
y yo se la doy, es suya.

DON DIEGO. *(Sin ocultar su despecho por el inesperado gesto de Lola.)*
Me desprecias.

LOLA. No es desprecio.
En más que vale se aprecia.

DON DIEGO. *(Enfurecido, sin contener su enojo.)*
Pero esa soberbia necia...

JOSÉ LUIS. *(Estallando, a su vez, contra el padre.)*
¡Usté es el loco y el necio!
(Padre e hijo van a lanzarse ciegos uno contra otro. Pero entre Galerna, Chipiona y Corta-el-Hipo sujetan fuertemente a José Luis, en tanto que Baena, el Niño del Arenal y los amigos de Rosario rodean a Don Diego, impidiéndole todo movimiento.)

DON NARCISO. ¡Pepe!

CHIPIONA. ¡A un padre!...

PANZA-TRISTE. *(Desahogando toda su bilis, su despecho y su veneno contra Lola.)*
Usté no ve
donde apunta esa lagarta,
don Diego... Una mujer harta
de rodar...
(Pero no ha acabado la frase cuando Heredia se le pone delante, preguntándole, terrible.)

HEREDIA. ¿Qué ha dicho usté?

PANZA-TRISTE. *(Evasivo y provocativo a la par.)*
Ya está dicho.

HEREDIA. Y ya está hecho,
¡granuja!
(Le da una bofetada tremenda a Panza-Triste. Este se tambalea, pero recuperan-

do el equilibrio se lanza sobre Heredia, blandiendo una navaja enorme.)

PANZA-TRISTE. ¡Cobarde!... ¿A mí?... ¡Tú verás!...

ROSARIO. ¡Ay!

(Casi desmayada.)

LOLA. ¡Heredia!

HEREDIA. *(Esquivando los viajes del otro hasta que consigue sujetarle por el brazo y retorciéndole la muñeca le hace soltar el arma.)*

Pincha, raja...
y trae p'acá esa navaja
que eso no lo gastan más
que los hombres.

(Se la quita, y sin soltarle el brazo, con fuerza irresistible, le hace dar de cabeza a los pies de Lola.)

A pedir
perdón ahora a esta mujer.

(Y levantándolo él mismo lo lleva a empellones al rompimiento de la extrema derecha.)

Y ahora, ¡a correr!

(Y como el otro trata aún de resistirse, le da un último empellón y mete mano al bolsillo del revólver, diciendo.)

Y a correr,
¡no me vaya a arrepentir!

(Y ante el ademán de Heredia, Panza-Triste huye, al fin, despavorido, ciego, derribándolo todo a su paso. Heredia se vuelve tranquilamente, ajustando un poco el desorden de su traje. Después pasea una mirada por la reunión y se da cuenta rápidamente, por la actitud de Don Diego y José Luis, de que el magno problema sigue en pie.)

LOLA *(Acudiendo, solícita, la primera.)*

¿Herido?

HEREDIA. *(Negando.)*
¡Bah! Se acabó.
Ahora ustedes, si les place
sigan aquí. Lo que hace
Lola y yo nos vamos.
DON DIEGO. ¡Oh!,
¿por qué?
HEREDIA. Porque quiero yo.
(Volviéndose a Lola, que asiente sugestionada y comprendiendo al par con Heredia la necesidad de irse.)
¿Verdad?
DON DIEGO. Yo no.
(Furioso.)
HEREDIA. *(Tranquilo, pero resuelto.)*
No le hace.
(Don Diego quiere replicar y hasta interponerse; pero los que le rodean han visto en la actitud de Heredia una decisión inmutable. Creen, además, desde aquel momento, en una relación íntima entre Lola y el tocaor, y detienen a Don Diego, al par que se dirigen a Heredia entre cariñosos y despechados, como los que sólo le reprochan el no haberlo dicho antes.)
CHIPIONA. Pero entonces...
CORTA-EL-HIPO. De ese modo...
N. DEL ARENAL. Haber dicho...
BAENA. Lola está...
CHIPIONA. Era tu...
HEREDIA. *(Cortando la frase y cogiendo al vuelo la explicación que le dan hecha sin que tenga él que soltar la palabra.)*
Era mi... Sí. ¡Ya,
lo saben ustedes todo!
(Y bajo a Lola.)
¡No me desmientas!

LOLA. *(Entrando de lleno en la combinación de Heredia.)*
¡Oh, no!

JOSÉ LUIS. *(Que no puede contenerse.)*
¡Habla, Lola!

LOLA. Yo...

HEREDIA. *(Bajo a Lola)*
¡Callada!

DON NARCISO. Pero...

HEREDIA. Ya lo saben.
(Aparte a Lola, con cómica sinceridad.)
Yo
soy el que no sabe nada.
(Y es la verdad. El ha asumido un papel, necesario y oportuno en aquel momento. Pero tan a favor de obra y talmente posesionado de él, que ya no sabe dónde acaba la ficción y comienza la realidad. Además, no quiere saberlo, y una vaga esperanza...)

ROSARIO. *(Es la única que lo adivina todo y no quita los ojos, admirados, de Lola.)*
¡Lola!

DON DIEGO. ¡Heredia!

HEREDIA. *(A Lola.)*
¡Anda de gorpe!
Vaya, ¡quitarse de en medio!

DON DIEGO. Pero Lola...

ROSARIO. Escucha.

HEREDIA. *(A Lola, que quiere acudir a la llamada de Rosario.)*
¡Torpe!
¿No ves que no hay más remedio?
(Y tomándola del brazo, lleno de orgullo, en actitud que por sí sola abre camino.)
Paso a la Lola, que ya
Sevilla se queda sola...

JOSÉ LUIS. Oye.
DON DIEGO. Espera, Lola.
JOSÉ LUIS. ¡Lola!
HEREDIA. *(Terminando la frase.)*
Porque la Lola se va.
(Y, efectivamente, Lola, del brazo de Heredia, se aleja por la vereda central, hacia el fondo, en medio de la estupefacción y también de la admiración general, mientras cae rápidamente el

TELON

ACTO TERCERO

CÁDIZ, SANLÚCAR, ALGECIRAS...

"Hall" de un pequeño hotel sobre la marina. Al fondo, terraza con barandas que da al mar, y que se supone termina a ambos lados por escalerillas que bajan a la misma playa. En primer término, a derecha e izquierda, puertas que se supone comunican: la primera, con las habitaciones interiores; la segunda, con el exterior. Pocos muebles, modestos, alegres y claros. En el centro, un velador, sobre el cual descansa, tendida, la guitarra de Heredia; a su lado, una silla de las llamadas de Vitoria, silla de enea, en cuyo respaldo pende el pañuelo de espuma, negro, de Lola. Tras el ancho barandal del fondo una gran extensión de mar y de cielo. Cuando la acción comienza son las cinco de una tarde de marzo o abril. Dos horas después, cuando se acaba, es casi de noche.

ESCENA PRIMERA

Lola, Heredia y Pato, el botero.—Al levantarse el telón la escena está sola, y así permanece unos instantes, hasta que por la lateral derecha salen Heredia y Lola, que se dirigen rápidamente a la terraza.

HEREDIA. *(Inclinándose hacia el mar, desde la barandilla grita:)*
¡Pato! ¡Maldito botero!...

LOLA. *(Riéndose de su impaciencia.)*
Ya lo bautizaste...

HEREDIA. *(Dando prisa a Pato, cuya lancha se supone atraca en aquel momento a la escalerilla derecha de la terraza.)*
¿Vamos
a ver?...

PATO. *(Todavía dentro; pero presentándose ya, gorra en mano, apenas terminada la frase.)*
¡Allá voy, patrón!
(Pato es un viejo marinero, antiguo tripulante de vapores mercantes andaluces, hoy acogido al oficio más tranquilo de botero para llevar y traer pasajeros y equipajes del puerto a los buques. Aunque ha navegado todos los mares y visto el mundo entero, vivió siempre en su barco antes, y ahora en su lancha. Tiene la socarronería del viejo mezclada con la ingenua sencillez del marino.)

LOLA. *(A Pato.)*
¿A qué hora sale el barco?

PATO. Al anochecer... Las ocho,
las ocho y media...

HEREDIA. Contamos
contigo para las siete.

PATO. ¿A las siete? ¿Tan temprano?

LOLA. Sí.

PATO. Pero ¿tienen ustedes
tantas ganas de dejarnos?
Con lo que aquí los queremos...
¡y en toíta España!... Claro
que para ustedes es chico
el mundo... Dos artistazos
enormes... ¡La Lola! ¡Heredia!
¡Qué matrimonio!

LOLA. *(Interrumpiéndole.)*
Oye, Pato,
¿conoces tú Buenos Aires?
PATO. De vista.
LOLA y HEREDIA. *(Riendo.)* ¿De vista?
PATO. *(Explicándose.)*
Vamos,
que he estado allí muchas veces.
Pero poco tiempo... Cuando
navegaba en los paquetes
de Pinillos y Macandros.
Llegar y volvernos... ¿Yo
quedarme allí?... ¡Ni por cuanto!...
Digo lo que el otro... ¿América?...
¡Para los americanos!
¡A tu tierra, grulla!
LOLA. *(Riendo.)*
¿Grulla?
PATO. *(Riendo también y aceptando la rectificación de Lola.)*
Pues ¡Pato, a tu agua!
HEREDIA. ¿Estamos
en que a las siete?...
PATO. Si no
hay remedio...
HEREDIA. ¡Qué pesado!
(Pero agradecido en el fondo al interés del buen Pato por ellos, replica:)
Es que puede ser que tengas
que ir a recoger los trastos
que llevaste esta mañana
nuestros, en vez de llevarnos
a nosotros.
PATO. ¡Ajolá!
HEREDIA. Porque estamos esperando
una razón de Madrid.
PATO. *(Con ingenua malicia, mirando a Lola.)*
¿De... París?

HEREDIA. *(Con amenazadora seriedad, que sale al paso de la picarilla insinuación de Pato.)*
De Madrid, Pato;
de la Villa y Corte.

PATO. *(Un poco desconcertado, aunque no cree en el fondo haber insinuado nada malo.)*
Bueno...
No se enfade... Ya me callo...
(Volviendo a su idea y encontrándola muy natural y además muy de desear.)
¡Aunque de una parejita
así!
(Nuevo gesto de Heredia amenazador. Pato calla y buscando en sus bolsillos saca un paquete que tiende a Heredia.)
¡Ah! ¡Tome usté!

HEREDIA. ¿Eh?

PATO. Tabaco..
¡De Gener, chipén!

HEREDIA. *(Tomando el paquete con mucho gusto.)*
¿Legítimo?
Toma.
(Le da un par de duros.)

PATO. Sobra...

HEREDIA. Para un chato.
(Pato se guarda el dinero contentísimo saluda, mira con admiración a Lola y Heredia, y parece que va a dirigir un último piropo a la "pareja", cuando Heredia añade despidiéndolo, ya en la terraza:)
¡Y vigila bien lo nuestro,
no vayan a pimpearlo!
(Y Pato se va.)

ESCENA II

Lola y Heredia.

HEREDIA. *(Viendo que Lola lo mira riendo.)*
¿De qué te ríes?

LOLA. De ti.
Hablas como un gaditano
y no llevamos en Cádiz
más que ocho días.

HEREDIA. Me hago
a todo en seguida... Más
a lo bueno que a lo malo,
naturalmente.

LOLA. ¿Y se puede
saber qué prisa te ha entrado
ahora por descomponer
lo de América? Un contrato
soberbio... Y, además, tú
lo dices, para quitarnos
del mundo que nos rodea
y dar a otro mundo el salto.

HEREDIA. En una isla desierta
y asfaltá, cantas tú cuatro
coplas, ¡y del aire brotan
cuatro mil enamorados!
Pero... además, ¿quieres tú
de veras soltar los cabos?
¿De veras? ¿Te embarcarás
con gusto?

LOLA. ¡Qué estás hablando!
Con gusto, ¿quién va a dejar
su tierra, este cielo claro
que la ha visto a una nacer,
y el aire que ha respirado
siempre, y esta luz que tiene
la sal y sol a puñados?

HEREDIA. Y... ¿nada más?
LOLA. Nada más,
Rafael. Pero... pensando
lo que tú piensas, debías
aprobar lo que yo hago.
Además que me parece
que mi proceder es claro.
HEREDIA. ¿Y si el de Madrí aceptase?
LOLA. ¡Qué va a aceptar! Le hemos dado
condiciones como para
—en vez de pagar—pegarnos.
HEREDIA. Las que tú pusiste.
LOLA. Las que
puse yo para quitárnoslo
de encima.
HEREDIA. Para elegir
un camino es necesario
que haya por lo menos dos.
Cada uno de esos contratos
es un mundo diferente,
y aunque sirven para el caso
los dos, uno dice: "vuelvo",
y el otro: "Dios sabe cuándo."
Y antes de cortar la amarra
piensa tú bien...
LOLA. ¡Es extraño!...
HEREDIA. ¿Es extraño?
LOLA. Sí. Lo mismo
me está diciendo Rosario.
HEREDIA. ¿Aun está ahí?
LOLA. Como ella
ha sabido que nos vamos
hoy... ha querido pasar
conmigo la tarde.
HEREDIA. ¡Claro!
Aprovechando tu sombra
hasta el fin. La has transformado
en otra mujer.

LOLA. En una
mujer.
HEREDIA. Y quiere pagártelo.
LOLA. ¿Qué dices?
HEREDIA. Que yo me entiendo...
A más le has hecho un regalo
en brillantes...
LOLA. ¿La diadema?
No la quiso. Ha vuelto a manos
de don Diego.
HEREDIA. Le dejaste
el novio libre.
LOLA. ¿El muchacho?
Desde la famosa noche
de la venta no ha chistado.
HEREDIA. No te fíes, por ahí anda,
y tiene aquí su abogado.
LOLA. Rafael, tienes tú mucha
imaginación.
HEREDIA. Acaso.
LOLA. Sin duda. José Luis
ha venido aquí cuidando
de su padre.
HEREDIA. ¿De don Diego?
A ése no lo parte un rayo.
Tan bueno está ya...
LOLA. Lo sé.
HEREDIA. Y eso que fué el gachapazo
de primera.
LOLA. ¿Sí?
HEREDIA. Una especie
de tabardillo pintado.
Con el vino y la calor...
y el genio... estuvo a dos pasos
de liarla. A los tres días,
tan fuerte y tan campechano
otra vez... ¡Y lo gracioso
es que ha salido cambiado

del to al to. Y él, que era el padre
de la juerga, y un jabato
para el vino y las mujeres,
ahora se come los santos,
gasta un cilicio y no sale
de la iglesia. ¡Otro milagro
tuyo!

LOLA. ¡Bah, qué disparate!...
Lo de siempre: el diablo harto
de carne...

HEREDIA. Los tres están
aquí desde que llegamos.
Y de los tres solamente
don Diego tragó el bromazo
de que tú y yo...

LOLA. Todo el mundo
lo creyó.

HEREDIA. Menos Rosario.

LOLA. Yo nunca lo he desmentido.

HEREDIA. Ni yo.

HEREDIA. ¿Entonces?

HEREDIA. ¿Me estás dando
pares y nones a mí
también, Lola? Por los clavos
de Jesús...

ESCENA III

Dichos y Paquita (criada), en la puerta de la izquierda

PAQUITA. Don Rafael...
Dos señores preguntando
por la señora...

HEREDIA. Que pasen.

LOLA. *(A Paquita.)*
Espera...

PAQUITA. *(Aprovechando la espera para acordarse.)*
¡Ah, sí!; que me han dado
estas tarjetas.
(Se las da a Lola.)
LOLA. *(Viendo las tarjetas.)*
Don Diego
y José Luis.
HEREDIA. *(Hace seña a la muchacha de que haga pasar a los visitantes, y dice a Lola:)*
Ya estamos
en las mismas.
LOLA. Pues recíbelos
tú.
HEREDIA. Vienen a verte.
LOLA. Claro;
pero yo... no quiero verlos.
HEREDIA. Lola...
LOLA. Si es muy necesario
avísame... o yo saldré
si no puedes despacharlos
pronto. Pero...
HEREDIA. *(Comprendiendo que no los tiene que despachar de mal humor.)*
Sí, ya sé;
con cuidado.
LOLA. No hay cuidado.
Tú eres un cómico bueno,
Rafael, y sabrás pintarlo...
HEREDIA. Pero... a lo mejor...
LOLA. ¿Qué?
HEREDIA. Lola...
LOLA. ¿Rafael?...
HEREDIA. Se me va la mano.
(Lola se va riendo por la puerta de la derecha. Heredia la mira irse y vuelve al centro de la escena a punto que por la

puerta de la izquierda entran Don Diego y José Luis.)

ESCENA IV

Heredia, Don Diego y José Luis.

HEREDIA. ¡Tanto bueno por aquí!
¡Don Diego!...

DON DIEGO. *(Dándole cordialmente la mano, mientras José Luis le hace un saludo frío y se aparta un poco del grupo que ellos forman.)*
¡Valiente chasco
nos diste, truhán!... En fin,
no hablemos de lo pasado...
Ya no soy aquel Don Diego,
ni hay en los nidos de antaño...
Dios ha querido tocarme
en el corazón..., acaso
movido de aquella santa
que se llevó de mi lado,
y, gracias a su infinita
misericordia, estoy sano
de cuerpo y de alma...

HEREDIA. ¡Bien,
don Diego!

DON DIEGO. ¡Bueno, muchacho!
Pero ¿por qué no haber dicho...?
Vade retro!... ¡Qué ca... nastos
me importa a mí ya! ¡A ganar
el tiempo desperdiciado
en servir a Dios, después
de haberle ofendido tanto!
He sabido que os marcháis
a Buenos Aires.

HEREDIA. Sí.

DON DIEGO. ¿Cuándo?
HEREDIA. Esta tarde... si Dios quiere.
DON DIEGO. No.
HEREDIA. ¿No quiere?
DON DIEGO. Calla.
HEREDIA. Callo.
DON DIEGO. Yo he venido a despedirme
de vosotros... Y, de paso,
yo quisiera...
HEREDIA. ¿Qué?
DON DIEGO. Pedirte
un favor..., que, bien mirado,
más que un favor que te pido
es un favor que te hago.
(Heredia lo mira curioso, en silencio, pero animándolo con su sonrisa.)
Pues... ello... Perdona..., Heredia,
pero...
HEREDIA. Hable usté sin empacho.
DON DIEGO. Lola y tú...
HEREDIA. ¿Qué?
DON DIEGO. Lola y tú...
HEREDIA. Diga.
DON DIEGO. No estaréis casados
como Dios manda.
HEREDIA. ¡Don Diego!
DON DIEGO. No te duela confesarlo.
HEREDIA. ¿Y qué quiere usté?
DON DIEGO. *(Exaltándose poco a poco en su obra de celo religioso y moral.)*
¿Qué quiero?
¡Que no viváis en pecado
mortal! Nadie sabe dónde
tiene su fin. Y, en llegando,
no hay remedio. Ya ves, yo...
ahora vivo de milagro...
Y hay que dar cuenta... ¡Y no vale
decir se me había olvidado!

Vais a emprender un viaje...

HEREDIA. *(Soslayando siempre—naturalmente—la cuestión.)*
Don Diego, hoy pasa el charco
todo el mundo tan tranquilo...

DON DIEGO. Nada, nada... ¡Ordeno y mando!

HEREDIA. Como siempre... Pero no
va a ordenar que espere el barco...

DON DIEGO. Tomáis otro.

HEREDIA. ¿Sí?

DON DIEGO. Total,
ocho días de retraso.
Por dinero no lo hagas.

HEREDIA. Mas...

DON DIEGO. Yo corro con los gastos.
Y yo só hacer bien las cosas.
¡Ay, no lo supiera tanto!

HEREDIA. Pero don Diego...

DON DIEGO. Es verdad
que os habla el hombre más malo
del mundo, como decía
nuestro paisano el Beato
Mañara. Pero es tan bueno
Dios, que os habla por mis labios
pecadores. Por lo menos
prométeme que, en llegando
a América...
(Hace la señal de echar las bendiciones.)
¡Y a vivir
como Dios manda, ca... nastos,
todo el mundo!

HEREDIA. Pero...

DON DIEGO. ¡Nada!
Y a este perillán lo caso
con su prima, *velis nolis*.
(Por José Luis.)

HEREDIA. ¿La señorita Rosario?...

DON DIEGO. La misma. Por cierto que...

(Echando una ojeada alrededor.)
Tú, ¿por qué no habéis parado
en el Gran Hotel?... Heredia,
este fondín es mediano.

HEREDIA. *(Por Rosario.)*
A lo mejor ella y Lola
andan ahora paseando
por la marina.

DON DIEGO. Pues voy
a ver si están y, de paso,
a recoger el segundo
correo, que habrá llegado.
Luego vendré a despedir
a Lola.

HEREDIA. Bien.

DON DIEGO. No le hablo
de nada, si tú me ofreces...

HEREDIA. Bueno, don Diego.

DON DIEGO. *(A José Luis, que ha permanecido callado en un extremo mirando a su padre con cariñosa inquietud, pero deseando que se calle y que se vaya.)*
¡Y tú, andando!

JOSÉ LUIS. Yo me quedo.

DON DIEGO. ¿Cómo es eso?

JOSÉ LUIS. Espero a usted y a Rosario,
puesto que van a volver.

DON DIEGO. Bien..., pero... ¡mucho cuidado!
Por más que...
(Tranquilizándose al pensar que está allí Heredia) Heredia, supongo
que...
(Como diciendo: "Supongo que no lo dejarás con Lola"; pero en el fondo el viejo juerguista duda y dice para sí:)
¡Este mundo es un fandango!
(Pero en seguida se arrepiente del mal

pensamiento y más aún de la expresión chabacana, y añade contrito:)
¡Dios me perdone!...
(Sale santiguándose muy de prisa.)

ESCENA V

Heredia y José Luis.—Los dos hombres se miran y callan. En la cara de José Luis se lee como una resolución firme, consecuencia de una obsesión, de un pensamiento único. En la de Heredia, la comprensión y una tranquilidad serena. El silencio se hace angustioso y Heredia se decide a romperlo con una banalidad.

HEREDIA. Es gracioso... y notable.
JOSÉ LUIS. *(Absorto en su idea fija.)* ¿Quién?
HEREDIA. Don Diego, su padre... En el fondo, siempre el mismo.
JOSÉ LUIS. Sí.
HEREDIA. Tan flamenco, y...
JOSÉ LUIS. Heredia.
HEREDIA. ¿Qué?
JOSÉ LUIS. De hombre a hombre. ¿Sabe usted a lo que vengo?
HEREDIA. Lo supongo: a ver a Lola.
JOSÉ LUIS. A Lola y a usted primero, para saber de usted mismo la verdad.
HEREDIA. ¿Habla usté en serio?
JOSÉ LUIS. Y tanto.

HEREDIA. Los siete sabios
de Grecia no la supieron.
¿Quiere usted que se la diga
un tocador de flamenco?
Ahora, si usted se conforma
con un saber más modesto...

JOSÉ LUIS. Heredia, sin circunloquios
ni bernardinas, hablemos.
Yo he venido...

HEREDIA. Usted ha venido
porque su prima le ha puesto
dos letritas.

JOSÉ LUIS. ¿Usté sabe?

HEREDIA. Eso, y algo más, sospecho.
Su prima no quiere ser
menos que Lola, pues menos
ser una mujer que otra
no es ser mujer, y al ejemplo
que Lola le dió, contesta
con un: si él te quiere, quiérelo,
alma de Dios. Y es su prima
el abogado perfecto
que hoy tiene usted.

JOSÉ LUIS. Y usted, Heredia,
¿quién es usted?

HEREDIA. ¿Yo? Un misterio
muy grande. Don Joselito,
el que se mira por dentro
se hace un lío.

JOSÉ LUIS. Si usted quiere
seguir hablando en proverbios,
como Salomón, más vale
dejarlo.

HEREDIA. Yo le contesto
en mi estilo.

JOSÉ LUIS. Y yo pregunto
al mío: sea sincero.
¿Quién es usted para Lola?

HEREDIA. Don Pepito, por saberlo
diera un dedo de la mano,
que es mucho para un maestro
de guitarra. Sólo sé
el papel que represento,
que es, en este caso, un mixto
de secretario y portero;
la noche de la tormenta,
el hombre de Lola, un seco
entre borrachos, la voz
que dice: niños, respeto
a una mujer, y la punta
de un zapato en el trasero
de un púa—vaya sumando—;
y antes lo que sigo siendo:
el guitarrista que va
con Lola.

JOSÉ LUIS. ¿Y después?

HEREDIA. Veremos.
Ahora, a lo que a usted importa.
Don Joselito, a su pleito.

JOSÉ LUIS. Pero yo quiero saber
si es verdad...

HEREDIA. ¡Otra te pego!
La verdad que usted pretende
averiguar se está haciendo.
Usted quiere a Lola y yo...

JOSÉ LUIS. Usted, Rafael...

HEREDIA. La quiero
como cuatrocientas veces
más que usted; pero dejemos
lo mío, porque, si ella
lo quiere a usted, yo contento;
usted se queda con Lola,
y Heredia, la mar adentro.

JOSÉ LUIS. Rafael, es usted más noble
de lo que pensé.

HEREDIA. Me alegro.

Y avive, porque en seguida
viene el bote. Hay poco tiempo.
Y una advertencia: muy pocas
ilusiones. Y un consejo:
procure usted que la Lola
no repare en los manejos
de Rosario; para que
se quede Lola hay pretextos
de sobra, falta un motivo.
¿Me entiende usted? Hasta luego.
Yo me voy.

ESCENA VI

Dichos y Lola y Rosario.

LOLA. *(Imperativa y dirigiéndose a Heredia.)*
No. Tú te quedas.
José Luis, que me alegro
de verlo... ¿No nos obsequias,
Rafael? ¿No hay una copa?...
(Y se dirige hacia la mesa donde está el cañero con las botellas, seguida de Heredia, y permanece con éste en un segundo término, hasta que el texto lo indica, dejando que Rosario y José Luis cambien el rapidísimo diálogo que sigue:)

JOSÉ LUIS. *(A Rosario.)*
Tu carta...

LOLA. *(A Heredia, que va a echar vino de una botella empezada.)*
No, hombre; una nueva.
La solemnidad del caso
merece...

ROSARIO. *(A José Luis.)*
No me agradezcas

mi carta, que no la he escrito
por ti.

HEREDIA. *(A Lola, por Rosario y José Luis.)*
¿Ves?

ROSARIO. *(A José Luis.)*
Sino por ella.

LOLA *(A Heredia, que le enseña una botella cerrada.)*
Pues se abre. Trae. Yo te ayudo.
(Pero es Heredia el que descorcha la botella: Lola la toma y sirve cuatro cañas, que deja en la mesa en fila.)

ROSARIO. *(A José Luis, por Lola.)*
¡Nobleza pide nobleza,
y ahora soy yo, ¡yo!...

JOSÉ LUIS ¡Rosario!

ROSARIO. Quien quiere que ella te quiera.

JOSÉ LUIS. Mas Lola se va.

ROSARIO. ¡Quién sabe!

JOSÉ LUIS. Ahora...

ROSARIO. Cuando yo lo vea.
lo creeré.
(Volviéndose a Lola y a Heredia, ocupados en preparar las cañas, por disimular y cortar el diálogo con José Luis.)
No se molesten.

JOSÉ LUIS. Si te equivocas...

ROSARIO. Paciencia.
(Viniendo a primer término.)

LOLA. ¿No habíamos de tomar
la última caña?...

HEREDIA. No, reina;
la penúltima. ¡La última
no se toma nunca!

LOLA. ¡Sea!
(Y dirigiéndose a José Luis.)
Celebro verlo a usté aquí,
José Luis, porque fuera

de mala sombra embarcarse
sin ver a la gente buena
y decirle adiós. ¿Qué dices
tú, Rafael?

HEREDIA. Que, a la vera
de la mar, las despedidas
deben ser cosa muy seria.

LOLA. José Luis, poco tiempo,
porque los barcos no esperan,
tenemos para un adiós
sin lágrimas de comedia.

ROSARIO. ¿Qué, al fin te vas?

LOLA. Sí, nos vamos,
porque el de Madrid no acepta.

ROSARIO. ¿Lo sabes?

LOLA. Me lo figuro.
No ha contestado siquiera.
Lo que yo me suponía.
Nos vamos, ¿verdad, Heredia?
(Heredia se encoge de hombros.)
¿Qué dices? *(Idem.)*
¿Qué dices?

HEREDIA. Nada.

LOLA Di algo.

HEREDIA. Amén.

LOLA. *(A José Luis)* Y cuando vuelva...
Pues si es verdad lo que he oído
al mundo se le rodea
tan pronto que antes del mes
se viaja con la cabeza
boca abajo... ¿Es eso cierto,
tú, Rafael?

HEREDIA. Consecuencia
de vivir sobre una bola.
Eso se aprende en la escuela.

LOLA. Cuando vuelva y nos veamos,
José Luis, que usted sea

feliz con quien puede, y cada
oveja con su pareja.
(Conmovida y tratando de disimular su emoción.)
¿Qué haces, Rafael?

HEREDIA. Escucho
y pienso.

LOLA. ¿En qué?

HEREDIA. En la falseta
de tu discurso, y no acierto...
Pero ¿qué me mandas?

LOLA. Vengan
esas cañitas. ¡Qué hombre!

HEREDIA. *(Tomando y repartiendo las cañas de manzanilla.)*
Servida. Vino sin juerga;
por una vez *(A Rosario)*, señorita...
(A José Luis.)
Don José...

LOLA. Cuando se deja
la tierra en que se ha nacido,
gusta llevarse en la lengua
y en los labios un poquillo
del sabor del jugo de ella.
(Antes de beber, los cuatro se miran unos a otros sintiendo la solemnidad del momento y la compleja angustia de una situación que hay que despejar definitivamente. Es preciso que José Luis y Lola hablen. Así lo quieren también Rosario y Heredia. Y entonces, después de beber sus cañas se forman dos parejas y se entablan dos diálogos paralelos. Rosario lleva a Heredia—que se deja hacer—hacia la mesa donde está la guitarra. José Luis procura apartarse con Lola todo lo posible.)

ROSARIO. *(A Heredia, apartándose un poco con él.)*
Oiga, maestro, ¿es difícil
la guitarra?

HEREDIA. Hay dos maneras
de aprender

ROSARIO. Dígame.
(Se aparta algo.)

JOSÉ LUIS. Lola.

HEREDIA. Como en todo: una es paciencia,
y es la otra...

LOLA. A cara o cruz
lo echamos, a mar o tierra.
La suerte parece que
decide soltar las velas.

JOSÉ LUIS. ¿Yo nada soy para ti,
Lola?...

LOLA. Sí, lo que se deja
cuando se elige.

JOSÉ LUIS. No es mucho.

LOLA. Más de lo que tú te piensas.
Y acuérdate de la copla:
Sólo un corazón de piedra
elige entre dos amores
sin que ninguno le duela.

JOSÉ LUIS Si has elegido...

LOLA. Yo acepto
lo que Dios quiso que fuera
Y no me acobardo. Pronto
irán la Lola y Heredia
por esos mares de Dios
navegando hacia otras tierras,
la canción y la guitarra
solas bajo las estrellas.
Iré contenta hacia el mar
porque de niña me tienta
un antojo de saber
si es tal como lo ponderan,
y de escuchar, si es posible,

el cante de las sirenas;
y porque el arte flamenco
empieza a ser cosa vieja,
y... porque... no quiero, ¿sabes?,
quererte ni que me quieras.

HEREDIA. *(A Rosario.)*
Para eso se ha menester
una concepción flamenca
del mundo y saber decir
con gracia dos cosas serias.

ROSARIO. ¿Y es una?

HEREDIA. ¡Tu cuerpo, niña!

ROSARIO. ¿Y la otra?

HEREDIA. ¡Requien eternan!

JOSÉ LUIS. *(A Lola.)*
¿Porque no quieres quererme
huyes de mí y de la tierra
en que nacimos?

LOLA. Lo digo
de verdad y tan serena
como esa mar. Y si miento,
que esa mar se nos revuelva
y nos trague.

HEREDIA. *(A Rosario, continuando su conversación.)*
La guitarra
tiene también ocurrencias
propias.

ROSARIO. ¿Qué dice usted?

HEREDIA. Que algunas veces contesta
al tocador y le dice
lo que se le antoja a ella,
y hay que dejarla. O mejor,
hay que sentir en las yemas
de los dedos lo que quieren
decir al temblar las cuerdas.
Filosofía: Tres tiempos
tiene mi arte y tres faenas.

La primera es traducir
al flamenco las seis lenguas
de la guitarra, que es
una babel de madera.
Luego tiene que decir
algo: lo que se le enseña.
Al fin, cuando la guitarra
sabe cosas, siente y piensa
por sí misma y ya no es
instrumento, es compañera
del tocaor.

LOLA. *(A José Luis.)*
¿Qué, te extraña?
¿Tan raro es que Lola sea
la mujer de un guitarrista?
Más estrambótico fuera
lo que tú me proponías.

JOSÉ LUIS. ¿Será verdad que no puedes
dejarlo?

LOLA. ¡Dejarlo!

JOSÉ LUIS. ¡Sí!

LOLA. ¡Si vieras qué mal me suena
esa palabra!

ROSARIO. *(A Heredia.)* Y usted,
Rafael...

HEREDIA. Diga.

ROSARIO. Pudiera
solo, es decir...

HEREDIA. Sí, comprendo.
Desde Granada hasta Huelva,
desde Cazorla a Sanlúcar,
me llamo el maestro Heredia.

ROSARIO. Lo sé; pero le pregunto
otra cosa.

HEREDIA. Y yo quisiera
contestarle. Lola y yo
venimos siendo pareja
de flamenco, y esto tiene

muchísima trascendencia.
Lola es la canción y yo
el toque, pero con letras
mayúsculas, es decir,
que entre los dos se completa
algo muy grande.

ROSARIO. Sin duda.

HEREDIA. Una relación flamenca
de hombre y mujer, que no es
un matrimonio cualquiera
entre cristiano y cristiana,
sino algo más.

JOSÉ LUIS. *(A Lola.)* Pero deja
hablar a tu corazón
y que él diga lo que sienta.
El mío, en cada oleada
de sangre que da a mis venas
dice, Lola, Lola, Lola,
y lo dice todo.

LOLA *(Por Rosario.)* ¿Y ella?

ROSARIO. *(A Heredia.)*
¿Qué haría usted?

HEREDIA. ¿Yo? Lo que usté.
¿No lo ve usté? pero...

ROSARIO. Heredia...

HEREDIA. Permítame que le diga
que no es camino.

ROSARIO. ¿Usté piensa?

HEREDIA. Quien piensa es usté, usté quiere
ahora demostrarle a ella
quién es la más generosa.
De paso que le demuestra
a José Luis que a usté
sus achares no la queman.
¡Pesqui!

ROSARIO. No. Yo quiero el bien
de todos... Sólo que... Heredia...

HEREDIA. Lo que está de Dios sucede.

Por mí no pase usted pena.

ROSARIO. Es usté un hombre cabal.

HEREDIA. Y usté una mujer de veras.

JOSÉ LUIS. *(Continuando su conversación con Lola.)*
¿Pero puedes tú tener
una voluntad tan recia?
Lola, yo te quiero. Yo
te quiero, aunque tú no quieras,
y no te dejo marchar.

LOLA. Es la suerte quien me lleva,
José Luis. Nadie puede
ir contra su sino.

JOSÉ LUIS. Esa
no es la verdad... Dime tú,
¿si los de Madrid aceptan?

LOLA. ¡Bah!

JOSÉ LUIS. Pero si aceptan...

LOLA. No,
no sé..., déjame.

JOSÉ LUIS. ¡Mi reina!

ROSARIO. *(A Heredia.)*
¿Una copla?

HEREDIA. Puede ser
una copla. Pero mientras,
es una verdad muy grande.

ROSARIO. ¿Sí?

HEREDIA. Para las tres parejas
que estamos aquí.

ROSARIO. No veo
más que dos.

HEREDIA. Tres. Ese y ella.
Ella y yo: la de flamenco.
Y usté y yo; tres, por mi cuenta.
(Rosario se echa a reír y Lola aprovecha la ocasión para cortar su aparte con José Luis, decidida a que todos hablen claro y sin reservas, a poner definitivamente las cartas boca arriba, con lo

que la escena entra en una nueva fase que culmina luego en la decisión final de Lola a la llegada del parte de Madrid.)

LOLA. ¿Qué es eso?

HEREDIA. *(Explicando.)*
Conversaciones
que aquí traemos, muy serias,
doña Rosarito y yo.

ROSARIO. Repítale la sentencia.

HEREDIA. *Camino que no es camino*
de más está que se emprenda;
porque más nos descarría
cuanto más lejos nos lleva.

LOLA. Y eso... ¿por quién va?

HEREDIA. No va
por nadie. Una copla nueva.
Pero se puede cantar,
serrana, al son que tú quieras.

(Hay un silencio, que rompe José Luis, decidido, acercándose a Lola.)

JOSÉ LUIS. Yo sólo te digo: quédate
aquí. ¡No te vayas!...

LOLA. ¡Ea!...
¿Y tú, Rafael?

JOSÉ LUIS *(Sin contenerse.)*
¡Qué importa!

HEREDIA. *(Sereno y dominándose.)*
Es verdad... ¿Qué importa?

LOLA. *(A Heredia, imperiosa.)* Venga
tu palabra.

HEREDIA. No. Yo nada
te digo. Lo que tú quieras
es sagrado para mí.

ROSARIO. ¡Y para todos!... Heredia,
¡bien!

LOLA. Pero mi corazón
no es barco que se carena

y, a fuerza de martillazos,
hasta el hierro se blandea.

JOSÉ LUIS. Yo..., Lola...

LOLA. José Luis...
Por tu voz me habla la tierra
en que nacimos; sus valles,
sus montes y sus praderas
tendidas al sol... La paz
de una alegría sin fiesta.
...No sé por qué, al escucharte,
siempre se me representa
esa casita en el campo
que dice la copla... Aquella
de: "Vente conmigo, haremos
una chocita..."

JOSÉ LUIS. ¡Sí, reina,
sí!...

LOLA. Pero otra voz más grande
y más adentro me llega.

JOSÉ LUIS. ¿Cuál?

LOLA. La de la mar... Es como
un suspiro inmenso... Y ésa
no sé lo que dice, pero
tan hondo en el alma suena
que... ¡muchas veces, más bien
creo que me sale de ella!

ESCENA VII

Dichos y Don Diego.

DON DIEGO. Dios guarde a la buena gente,
Lola...

LOLA. Mande usté, don Diego.

DON DIEGO. Lola... ¿me perdonas?

LOLA. ¿Yo?

DON DIEGO. ¿Me perdonas?

LOLA. Yo ¿qué tengo
que perdonarle? Usté a mí,
si acaso.

DON DIEGO. No hablemos de ello.
Desde el fondo de mi alma
te he perdonado. Y te quiero,
pero de distinto modo,
Lola; como debe un viejo
querer a una niña.

LOLA. Vaya.
Y ha venido usté, ¡qué bueno!,
a despedirme; no sabe
usté cuánto le agradezco...

DON DIEGO. Conque a América... ¿Y por qué
irse, chiquilla, tan lejos?
Teníais en Madrid—me dijo
ésta—un contrato soberbio.

LOLA. Le ha dicho... ¡Ah, vamos!

ROSARIO. Yo, tío
no he dicho. Es que aguardo..., creo.

LOLA. Muy bien... Pues no han contestado
ni contestarán..., a menos...
que...

ROSARIO. Todavía...

ESCENA VIII

Dichos y criada.

CRIADA. Señorita
Lola. Aquí han traído esto
para usted.
(Entregándole un telegrama.)

ROSARIO. (¡Gracias a Dios!)

LOLA. De Madrid.

HEREDIA. Llegó el momento.

ESCENA IX

Dichos, menos la criada.

ROSARIO. Ya ves como vino.
LOLA. Sí.
ROSARIO. Ahora.
JOSÉ LUIS. ¡Lola!
ROSARIO. A ver.
DON DIEGO. Sí, a verlo.
LOLA. *(Dando el telegrama sin abrir a Heredia.)* Toma. Ya sé lo que dice.
HEREDIA. *(Devolviéndoselo sin abrirlo tampoco.)* Yo también.
ROSARIO. ¿Quieres leerlo?
LOLA. Por ti, nena... "Condiciones absurdas..."
ROSARIO. *(Delatándose.)* ¡No dice eso!
LOLA. ¡Claro que no! Pero... ¿cómo lo sabes tú?
ROSARIO. ¿Yo?... Sospecho...
LOLA. Y yo también. ¡Señorita Rosario, señor don Diego, José Luis!... Ya está bien, ¿vamos a dejarlo?
DON DIEGO. *(Leyendo el telegrama, que toma de manos de Lola.)* "Acepto condiciones..." Pues tenía ésta razón.
(Por Rosario.)
LOLA. Ya lo creo...
DON DIEGO. Y ¿qué respondes?
LOLA. Yo, nada.
¿Y tú, Rafael?
HEREDIA. ¿Yo?, menos.

Pero tengo que decirte:
de ir tan allá siempre hay tiempo,
de alejarse tanto, de
poner esa mar por medio
de la gente que uno quiere,
de...

LOLA. ¿Tienes tú mucho miedo
de embarcarte?

HEREDIA. ¿Yo? Ninguno.
Pero tú piensa que...

LOLA. Bueno.
Esta es la contestación.
(Rompiendo el telegrama.)

HEREDIA. ¿Qué haces?

LOLA. ¿No lo ves? Romperlo.
¿No pudo salir el barco
hace una hora? Pues hecho.
Ya estamos en alta mar.
¿Qué le parece, don Diego?

DON DIEGO. Que eres la misma de siempre;
lo que tú quieres...

LOLA. Lo quiero.
Esa es la razón. A todos,
mi gratitud y mi aprecio,
y a cada cual lo que quiera
de mí... con el pensamiento.
Porque todo me parece
poco para ustedes... Pero
mi persona tiene ya
su destino..., malo o bueno;
conque... dejar a esta pobre
cantaora de flamenco
que vaya por su camino
sin cortarlo ni torcerlo.
Y otra vez grácias... Y aviva,
Rafael, que se va el tiempo.

HEREDIA. Espera...

ROSARIO. Lola...

LOLA. Rosario...
ROSARIO. ¿No hay remedio?
LOLA. No hay remedio.
ROSARIO. Me venciste... Pero mira
lo que dejas.
LOLA. Lo que dejo
lo sé yo mejor que nadie,
nena, y también lo que llevo.
ROSARIO. Me da pena de él.
(Por José Luis.)
LOLA. Sus males
son de los que cura el tiempo,
y esos ojos.
ROSARIO. No. ¿Qué dices?
Nada queda en mí de aquello...
LOLA. Para quererlo, ya es algo
el no tener que quererlo.
Acuérdate.
ROSARIO. Y tú de mí.
HEREDIA. *(A Don Diego.)*
Ella manda y yo obedezco.
DON DIEGO. ¿Cuándo embarcáis?...
HEREDIA. A las siete
viene el bote a recogernos.
DON DIEGO. Vosotros la mar afuera
y nosotros tierra adentro.
LOLA. A Sevilla.
DON DIEGO. No. Ahora al campo.
Después..., después..., ya veremos.
Vamos, niña, bien está;
y tú, joven inexperto,
a viaje largo, adiós corto.
Y, si es posible, hasta luego.
(Se va con Rosario.)
JOSÉ LUIS. Adiós, Lola.
LOLA. Adiós, José
Luis.
(Se aleja hacia el fondo de la terraza.)

*

HEREDIA. *(Dirigiéndose a José Luis.)*
Ya usté ve que he hecho
lo que he podido. Si usté
no lo ve, o no quiere verlo,
usté sabe que me tiene
a todo—y siempre—dispuesto.
Aun hay lugar.

JOSÉ LUIS. *(Convencido de la lealtad de Heredia le tiende la mano.)*
Sin rencor.
¿Quiere usted?

HEREDIA. *(Tomando su mano entre las dos suyas, y conmovido.)*
¡Cómo si quiero!

JOSÉ LUIS. Y sea usted muy feliz
con ella.

HEREDIA. Gracias... Veremos...

ESCENA X

Lola y Heredia.

HEREDIA. Las seis... Lola...

LOLA. ¿Qué me quieres?

HEREDIA. A ver... ¿Qué es eso? ¿Mi reina
llorosa?...

LOLA. No hay despedida,
dice el cantar, que no duela.
El que se despide siempre
lleva un polvillo de tierra
en los ojos.

HEREDIA. Puede ser.

LOLA. Y, sobre todo, si deja...
el terreno en que ha nacido.

HEREDIA ¿Y no más?

LOLA. No más, Heredia.
¿Cuándo viene Pato?

HEREDIA. Pronto.

(Se oye la sirena de un barco.)

LOLA. ¿Has oído?

HEREDIA. La sirena
de un barco.

LOLA. ¿Del nuestro?

HEREDIA. No.
El nuestro tiene más recia
la voz. Pronto sonará.
Eso es un pito de feria.
(Pausa.)
¿Te gusta la mar?

LOLA. De niña
soñaba mucho con ella.
era una mar de juguete,
con sus barquitos de vela,
todos de plata y con remos
de coral.

HEREDIA. Y ahora, a su vera,
¿qué te parece?

LOLA. Me gusta;
no está mal, ancha y serena...

HEREDIA. Y con la sal por arrobas.
De las tres cosas flamencas
que hizo el Señor, me parece
que la mar es la tercera.

LOLA. ¿Las otras dos, Rafael,
cuáles son?

HEREDIA. ¿Quieres saberlas?
La garganta de la Lola
y la guitarra de Heredia.
¿Qué te parece?

LOLA. Conformes.

(Larga pausa. Heredia va a hablar varias veces y se arrepiente.)

HEREDIA. Lola...

LOLA. Me llamo.

HEREDIA. ¿Te acuerdas?...

LOLA. ¿De qué, Rafael?
HEREDIA. Venías
tú, con tu madre, de Ecija:
yo, del Puerto; hacia Sevilla
los dos.
LOLA. Recuerdo, en Utrera.
De entonces acá diez años.
HEREDIA. Diez años de juerga en juerga,
y de tablado en tablado,
y de tormenta en tormenta
llevamos por esos mares
del zumo de las bodegas;
dos hermanos de flamenco,
tocando y cantando penas.
La canción y la guitarra,
cuerpo y sombra, tronco y hiedra.
Diez años van que soy tuyo
lo que quisiste que fuera;
no lo que yo pretendía,
Lola.
LOLA. Verdad. ¿Y hoy te apena?
HEREDIA. No, mujer. Pero a la orilla
de la mar, cuando se empieza
un viaje largo, conviene
un repasito de cuentas
del corazón; no ha de ser
todo arreglar las maletas.
Tres cosas tiene un viaje
que importan: lo que se queda
en la tierra que dejamos;
lo que se busca o se espera,
que es la razón de pasar
el charco, y lo que se lleva.
Yo dejo poco, no busco
nada, porque no me tientan
la gloria ni la fortuna;
llevo un corazón en pena
que hace hablar a la guitarra

lo que ha callado la lengua
diez años, que no son pocos,
de sed junto al agua fresca.
Lola, yo te quiero, dice
mi guitarra cuando suena;
y, cuando cambia de tono,
dice: ¡si tú me quisieras!
Diez años mi corazón
encerrado en la madera
de esta caja..., que no es
su sitio, aunque tú lo creas.

LOLA. Diez años de aquella noche
tan cuajadita de estrellas
como el manto de la Virgen.
La Lola también se acuerda.

HEREDIA. ¿Es verdad?

LOLA. Sí, desde entonces,
llevamos la sed a medias;
pero ¿dónde está la fuente,
Rafael?

HEREDIA. Dónde. Muy cerca,
en tus labios.

(Se acerca a Lola para besarla.)

LOLA. No. Mis labios
cantan, pero no se besan.

(Apartándose.)

HEREDIA. Escúchame, Lola, aun es
tiempo de que te arrepientas,
de tomar lo que dejaste
y de cambiar lo que llevas,
que las palabras no obligan
más que en los tratos de feria.
Pero si tú has elegido
con el corazón...

LOLA. Heredia,
el corazón de la Lola
sólo en la copla se entrega.
Déjame besar tus manos,

y adiós.

HEREDIA. ¿Adiós?

(Con asombro.)

LOLA. Cuando venga
Pato, la Lola se embarca,
y tú, Rafael, te quedas
libre como el aire. Si
era de verdad cadena
nuestra unión, no hay que llevarla
más tiempo, sino romperla.

HEREDIA. ¿Tú has elegido?

LOLA. Entre dos
amores, el de más fuerza
y el mejor.

HEREDIA. ¿El mío?

LOLA. ¡El tuyo!
Por él dejé—no me pesa—
un amor muy parecido
al que declara tu lengua,
y porque no se manchara
ése de que tú reniegas,
amor de copla y guitarra,
que junta una misma pena.
Diez años, verdad; tú fiel
a mi canción; yo a las cuerdas
de tu guitarra. Un amor
que se sabe y no se mienta
era el nuestro. Yo creía
que era el mejor de la tierra.
Si a ti hoy te duele...

HEREDIA. No, Lola.

LOLA. Te duele, porque quisieras
cambiarlo por otro... ¡Adiós!

HEREDIA. ¡Adiós, no!

LOLA. La Lola lleva
en su garganta más oro
que necesita; y a Heredia

con su guitarra le sobra
para vivir.
(Suena la sirena de un barco.)
¿La sirena
del barco?

HEREDIA. Sí.

LOLA. Déjame
sola, Rafael.

HEREDIA. No puedo.

LOLA. ¡Qué es no poder!

HEREDIA. Donde vayas
contigo iré, no te dejo;
por la tierra y por la mar,
la sombra soy de tu cuerpo;
yo me arrancaré la lengua
para guardarte el silencio,
y me saltaré los ojos
si quieres, ¡seré tu ciego!
Pero, donde Lola cante,
toca Heredia.

LOLA. Así te quiero,
Rafael.

ESCENA XI

Dichos y Pato.

PATO. Al fin ¿nos vamos?

LOLA. Nos vamos, sí.

PATO. Pues no hay tiempo
que perder. ¿Y esa guitarra,
patrón?

HEREDIA. Yo mismo la llevo.

PATO. ¿Y ese mantón?

LOLA. Tiene dueña.
(Se lo pone y se va, con Heredia de la

mano, por el fondo derecha, donde se supone la escalerilla que baja a la pla ya. El botero les contempla un momen to encantado y se va en seguida tra ellos.)

PATO. Matrimonio más flamenco
no lo vió la mar.

(Vase.)

(Cuando se supone que ha pasado e tiempo para llegar al bote, se oye mú sica de guitarra y la voz del botero, que canta desde el mar:)

La Lola.
La Lola se va a los Puertos,
la Isla se queda sola.

El telón empieza a descender, pero cuando se oye el comienzo de la copla se detiene. Al terminarse de oír es cuando cae ya, definitivamente, el

TELON

Date Due

219

862.59 M14A

a39001 008138300b

862.59
M14a

C.I.A.P.

Precio: 5 pesetas

PRINTED IN SPAIN